

Bushidō

Notas del Samurái

武士道 侍の覚書

Filosofía japonesa para la disciplina interior y el carácter



Ediciones
Clio

Traducción del japonés, prólogo,
edición y establecimiento del texto:
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Chōmei, Musashi, Munenori, Yūzan, Tsunetomo

BUSHIDŌ
NOTAS DEL SAMURÁI
武士道 . 侍の覚書

Filosofía japonesa para la disciplina interior y el carácter

Edición, traducción y Prólogo.
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, 2025

Bushidō. Notas del Samurái
Filosofía japonesa para la disciplina interior y el carácter



Chōmei, Musashi, Munenori, Yūzan, Tsunetomo (autores).

@ Fundación Ediciones Clío

Noviembre de 2025

Maracaibo, Venezuela

1^a edición

ISBN:

Diseño de portada: Janibeth Maldonado

Diagramación: Julio César García Delgado

© 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección. Exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

Bushidō. Notas del Samurái reúne cinco obras esenciales del pensamiento japonés —Hōjōki, Dokkōdō, Heihō Kadensho, Budō shoshinshū y Hagakure— que exploran la formación ética y espiritual del ser humano a través de la figura del samurái. Lejos de exaltar la violencia, estos textos revelan una disciplina interior basada en la serenidad ante la impermanencia, el desapego, la claridad mental, la rectitud cotidiana y la resolución del deber. A lo largo de siete siglos, sus autores muestran que la verdadera batalla del guerrero ocurre dentro de sí mismo y que sus principios ofrecen una guía vigente para vivir con autenticidad y propósito.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Índice general

Sentir el Bushidō: la senda del guerrero como filosofía de vida.	7
Introducción	11
Principios del Samurái. Antología esencial de la filosofía japonesa (siglos XIII–XVIII)	11
Hōjōki	15
Dokkōdō.....	37
Heihō Kadensho	47
Budō shoshinshū.....	67
Hagakure	97
Epílogo	156
Referencias.....	159
Epílogo. El legado interior del guerrero.....	161
Nota sobre los criterios de traducción y edición.....	165
Glosario de términos.....	167

Sentir el Bushidō: la senda del guerrero como filosofía de vida

Julio César García Delgado*

Hay libros que se leen como si fuera el transitar un camino; no porque conduzca a un destino claro, sino porque al recorrerlos, sentimos el cambio de ritmo en nuestro interior, a veces sin saber qué pero lo sentimos. Esta antología de textos, sin duda, pertenece a esta estirpe de obras que no solo buscan enseñar una doctrina, sino también resulta en una invitación a un modo de habitar el mundo, de vivir nuestra existencia. La figura del samurái se libera de sus estereotipos de guerrero con katanas, mostrando su faceta más íntima: la de un ser humano en diálogo permanente con su propia fragilidad.

Antes de que el bushido se convirtiera en un tratado coherente, incluso antes de la paz del período Edo propiciara la metamorfosis del samurái en un funcionario disciplinado, hubo en Japón hombres que miraron de frente el desorden del mundo y —a pesar de ello— descifraron enseñanzas en medio del caos. Entre terremotos, incendios, derrotas políticas, duelos, errancias y largos períodos de estabilidad que exigían reinventar la identidad, estos autores descubrieron que la vida humana no puede edificarse sobre aquello que cambia, sino sobre la lucidez con que aceptamos ese cambio.

* Msc. en Antropología, Mención: Antropología Social y Cultural (Universidad del Zulia). Doctor en Educación (Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt”). Profesor de la Universidad del Zulia (Maracaibo-Venezuela) adscrito al departamento de Ciencias Humanas. Profesor de la Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt”, adscrito al departamento de Ciencias Sociales y al Centro de Investigaciones Educativas de la mencionada institución. Profesor de la Universidad Rafael Urdaneta Miembro de número de la Academia de Historia del estado Zulia. Contacto: juliogarciad@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0001-9213-2593>.

Este libro comienza con *Hōjōki*, obra escrita desde la intemperie del alma. Chōmei, retirado a su choza diminuta, observa cómo la capital se derrumba una y otra vez, cómo la existencia se deshace con una facilidad que asusta. Pero en vez de rendirse a la desesperación, encuentra una claridad nueva: lo efímero no es un obstáculo, sino una puerta. La impermanencia —esa palabra que volverá a sonar en estas páginas como un eco insistente— se convierte aquí en la condición de una vida más ligera, más consciente, más verdadera.

Siglos más tarde, Musashi, la al borde de la muerte, redacta sus veintiún preceptos con la misma serenidad con la que blandió su espada.

Siglos después, Musashi, ya al borde de la muerte, escribe sus veintiún preceptos con la misma serenidad con la que blandió su espada. *Dokkōdō* es un testamento sin adornos, un acto de desprendimiento radical: renunciar al elogio, al deseo, a la posesión y a la expectativa. Para él, la soledad no es aislamiento, sino plenitud interior. El guerrero, lejos de ser una figura trágica, aparece como un hombre que ha aprendido la libertad más difícil: la libertad de sí mismo.

El camino cambia de forma Con Yagyū Munenori, *Heihō Kadensho* enseña a mirar antes de actuar, a percibir antes de decidir. La estrategia deja de ser cálculo y se vuelve claridad, una manera de cortar no el cuerpo, sino la intención que lo guía. En sus páginas resuena el Zen, pero también una intuición profunda: que la violencia brota, muchas veces, de la confusión; que la verdadera victoria consiste en disolver el conflicto antes de que se manifieste. Munenori transforma la espada en una metáfora de la conciencia despierta.

Más tarde, cuando la paz del shogunato convierte al samurái en un heredero de una tradición sin campo de batalla, Daidōji Yūzan escribe para quienes nunca han probado la guerra. Su *Budō shoshinshū* no busca infundir ferocidad, sino custodiar la dignidad. Frugalidad, prudencia, sinceridad, responsabilidad doméstica: virtudes pequeñas en apariencia, pero decisivas para quien debe sostener una vida recta sin la urgencia del peligro. Yūzan define un heroísmo discreto, cotidiano, casi invisible: el heroísmo de la constancia.

Finalmente, en el *Hagakure*, Tsunetomo devuelve al deber su filo más tajante. Su célebre afirmación —“el camino del samurái está en la muerte”— ha sido malinterpretada tantas veces que casi ha perdido su sentido original. Pero aquí, al escuchar su voz sin intermediarios, descubrimos que no habla de destrucción sino de resolución. La muerte es una imagen, un espejo en el que se refleja la claridad definitiva: si nada está garantizado, entonces no queda espacio para la vacilación. La vida, comprendida en su fugacidad, se vuelve un acto de presencia absoluta.

Leídos en conjunto, estos textos no componen un código, sino una constelación. Cada uno ilumina un rostro distinto del espíritu japonés, pero todos convergen en una misma certeza: **que la batalla más decisiva no ocurre en el mundo exterior, sino en el corazón que duda, teme, se dispersa o se aferra.** El enemigo no es el otro; es la sombra que uno mismo proyecta cuando la mente pierde su centro. Por eso estas obras, aunque nacidas en tiempos de espadas, hablan con una frescura desconcertante a nuestro presente.

Vivimos en un mundo saturado de movimiento, urgencias, estímulos y exigencias múltiples. Cada día, sin darnos cuenta, imitamos al samurái de otras épocas: combatimos el ruido, el miedo, la incertidumbre, el deseo desordenado, la presión de los demás, la voz interna que quiere rendirse. Lo hacemos sin espada y sin armadura, pero con una vulnerabilidad parecida. Por eso esta antología no es una reliquia histórica. Es una guía silenciosa, una compañía discreta para quien busca vivir con claridad en medio del caos

Introducción

Principios del Samurái. Antología esencial de la filosofía japonesa (siglos XIII–XVIII)

A lo largo de más de setecientos años, Japón produjo un conjunto de textos que, aunque nacidos en momentos históricos muy distintos, convergen en una preocupación común: la formación del carácter humano. No se trata únicamente de tratados sobre la guerra ni de manuales técnicos para el combate, sino de una tradición intelectual que entiende la existencia como un camino donde la disciplina, la claridad interior, la renuncia y la responsabilidad constituyen las bases de una vida auténtica. Esta antología reúne cinco obras fundamentales —*Hōjōki*, *Dokkōdō*, *Heihō Kadensho*, *Budō shoshinshū* y *Hagakure*— que, leídas en conjunto, revelan la complejidad profunda del pensamiento japonés sobre el deber, la autoconciencia y la serenidad ante la impermanencia.

Si bien estos textos suelen agruparse bajo el imaginario del “samurái”, conviene recordar que la figura del guerrero japonés fue transformándose a lo largo de los siglos. El samurái medieval, definido por la guerra y el riesgo, no es el mismo que el burócrata armado del periodo Edo. Las obras aquí presentadas permiten recorrer esa evolución: desde la contemplación espiritual del siglo XIII hasta los códigos éticos de los siglos XVII y XVIII, cuando la paz prolongada exigió redefinir qué significaba ser un “hombre de armas” en un mundo sin batallas.

El punto de partida es *Hōjōki*, escrito por Kamo no Chōmei a comienzos del siglo XIII. Aunque anterior a la formación del bushidō, este breve tratado establece el fundamento filosófico de toda la tradición pos-

terior: el reconocimiento radical de la impermanencia. Chōmei observa incendios, terremotos, hambrunas y cambios políticos que deshacen la vida humana con la misma facilidad con que el viento disipa el humo. Su retirada a una choza de diez pies no es un rechazo del mundo, sino una clarificación: quien comprende la fragilidad de las cosas aprende a vivir con ligereza, sin aferrarse a lo que no puede retener. Este espíritu —la aceptación lúcida de lo efímero— se convertirá en uno de los ejes del pensamiento samurái, que exige actuar con decisión precisamente porque nada está garantizado.

Cuatro siglos más tarde, Miyamoto Musashi redacta su *Dokkōdō* (“El camino de la soledad”), una serie de veintiún preceptos escritos días antes de su muerte. Aquí la impermanencia se transforma en desapego activo: Musashi enseña a no depender del aplauso, del deseo ni de los bienes materiales. Es un texto aforístico, austero, que condensa la experiencia vital de un guerrero errante para quien la rectitud interior es la única fortaleza estable. Si Chōmei había mostrado la fragilidad del mundo, Musashi muestra la fragilidad del yo cuando se entrega a caprichos y apetitos. La soledad que propone no es aislamiento, sino independencia moral.

El *Heihō Kadensho* de Yagyū Munenori representa el momento en que la técnica marcial y la filosofía espiritual confluyen definitivamente. Maestro de espadas de la familia Tokugawa, Munenori comprende que la guerra ha desaparecido como experiencia cotidiana, pero que la mente del guerrero sigue expuesta a la confusión, el miedo y el orgullo. Su tratado transforma la esgrima en un arte de percepción: ver antes de actuar, estar presente antes de decidir, cortar la intención antes que el cuerpo. Influído por el Zen, enseña que la victoria auténtica no consiste en destruir al adversario, sino en evitar la aparición del conflicto mediante una claridad interior que disuelve la hostilidad. En Munenori, el combate deja de ser un acto de violencia para convertirse en una metáfora del dominio de uno mismo.

La paz establecida por el régimen Tokugawa plantea una nueva dificultad: ¿cómo preservar la identidad del samurái en un mundo donde ya no se lucha? A finales del siglo XVII, Daidōji Yūzan responde con

el *Budō shoshinshū*, un manual destinado a los jóvenes guerreros que crecían sin conocer la guerra. Su propuesta es sencilla y profunda: el samurái debe sostener su dignidad mediante la frugalidad, la rectitud, la prudencia, la honestidad en la palabra, la piedad filial, la administración responsable del hogar y el autocontrol de las pasiones. La espada se vuelve símbolo y obligación moral. La batalla ocurre ahora en el ámbito cotidiano: en el gasto moderado, en la disciplina del carácter, en la elección de amistades virtuosas. Yūzan convierte la ética del guerrero en un compromiso con la integridad, más que en una técnica de la muerte.

Finalmente, el *Hagakure*, dictado por Yamamoto Tsunetomo y recopilado por Tashiro Tsuramoto entre 1709 y 1716, lleva el ideal del deber a su expresión más radical. Aquí la idea de que “el camino del samurái está en la muerte” no es una apología del suicidio, sino una pedagogía de la resolución. Para Tsunetomo, solo quien se desprende del miedo a la muerte puede actuar sin vacilación, con pureza de intención y fidelidad absoluta. Su obra es una crítica vehemente a la decadencia moral que percibía en su tiempo: la comodidad, la tibieza, la falta de valentía en la vida cotidiana. El *Hagakure* no es un tratado sistemático, sino un mosaico de reflexiones que reivindican una verdad simple y exigente: la virtud no nace en la reflexión abstracta, sino en los actos concretos de servicio, gratitud, cortesía y sacrificio.

Leídas en conjunto, estas obras revelan la riqueza y diversidad del pensamiento japonés sobre el carácter humano. Desde la contemplación poética hasta la ética del deber, desde la estrategia mental hasta la disciplina doméstica, todas coinciden en señalar que el mayor enemigo del hombre es su propio corazón: la dispersión, el apego, la ira, la indecisión, la vanidad. La verdadera batalla del samurái no es exterior, sino interior. La victoria consiste en ordenar la mente, gobernar el deseo y actuar con claridad incluso en medio de la incertidumbre.

Esta antología busca ofrecer al lector una visión amplia y coherente de ese largo proceso de elaboración ética. No pretende fijar una definición única de bushidō, pues cada autor lo entiende de manera distinta, pero sí mostrar cómo estos textos forman una genealogía espiritual que trasciende los límites del Japón feudal. Hoy, en un mundo acelerado,

saturado de estímulos, ansioso y fragmentado, su mensaje conserva una vigencia sorprendente: vivir con disciplina, hablar con sinceridad, actuar con resolución, cultivar la serenidad interior y enfrentar cada día con la dignidad de quien comprende que la vida es breve y, precisamente por eso, valiosa.

Este volumen invita a recorrer un camino que comienza en la fragilidad del mundo, pasa por el desapego interior, se afina en la percepción estratégica, se ordena en la ética cotidiana y culmina en la resolución del deber. Quien lo recorra descubrirá que, más allá de épocas y culturas, los principios del samurái no pertenecen al pasado: son una forma de vida que desafía, orienta y ennoblecen al ser humano en cualquier tiempo.

HŌJŌKI

La cabaña de los diez pies

Kamo no Chōmei

Prólogo

Hay obras cuya luz no proviene del esplendor, sino de su sobriedad. Textos que parecen pequeños, casi modestos, y sin embargo contienen una profundidad que excede su tamaño. El *Hōjōki* de Kamo no Chōmei pertenece a ese linaje raro: el de los libros que no buscan imponerse, sino revelarse; que no desean atraer la atención, sino orientar la mirada hacia lo esencial. Puede leerse en una tarde, pero su eco intelectual y emocional acompaña al lector durante años. Su brevedad no es pobreza, sino destilación: en su interior se condensa una visión del mundo tan clara como implacable y, al mismo tiempo, tan compasiva como sutil.

Para comprender la fuerza de esta obra es necesario situarla en un tiempo de intensas transformaciones. A comienzos del periodo Kamakura (siglo XIII), Japón vivía bajo el signo de lo inestable. La capital sufría incendios devastadores que arrasaban barrios enteros; terremotos que hacían temblar los cimientos de templos ancestrales; hambrunas que abatían a la población; epidemias que barrían vidas sin distinción de rango; y disputas políticas que reconfiguraban el poder de forma repentina. La estabilidad, ese bien tan frágil como deseado, era una ilusión que se deshacía una y otra vez ante los ojos de quienes pretendían aferrarse a ella.

No sorprende que en un clima semejante surgieran voces que observaran el mundo con un desencanto lúcido. Chōmei fue una de esas voces. Para él, las calamidades no constituyeron solo un trasfondo histórico, sino una pedagogía radical: cada tragedia le enseñó algo sobre la verdad del mundo, sobre la fugacidad de la forma, sobre el engaño del prestigio, sobre la naturaleza extremadamente frágil de aquello que los seres humanos buscan preservar. Allí donde otros veían caos o injusticia, Chōmei percibía un mensaje: nada permanece. Y en la medida en que

esta verdad se aceptaba, se desvanecía la angustia que nace del apego. De esta manera, la impermanencia —*mujo*— dejó de ser un dogma para convertirse en experiencia.

Esta revelación lo empujó gradualmente a interrogarse sobre la vida cortesana, en cuya órbita había crecido. Chōmei nació en una familia de profunda tradición religiosa vinculada al santuario sintoísta Kamo, y desde joven destacó por su talento para la poesía y la música. La cultura aristocrática del período todavía respiraba la elegancia heredada del mundo Heian: ceremonias refinadas, sensibilidad estética, composición poética como forma de vínculo social, atención al detalle y a la fugacidad de la naturaleza. Pero bajo esa superficie exquisita se agitaban rivalidades, envidias y ambiciones que hacían de la corte un escenario tan brillante como inestable. Cuando el cargo hereditario al que aspiraba le fue negado, comprendió que incluso las aspiraciones más legítimas están sometidas al capricho del destino y al juego de influencias invisibles.

Su retiro no fue un arrebato, sino un proceso lento, casi inevitable. Chōmei empezó a distanciarse de la vida cortesana con la naturalidad con que una hoja se desprende del árbol cuando llega el otoño. Lo que antes lo atraía comenzó a resultarle vacío; lo que antes lo inquietaba dejó de tener importancia. Observó que los hombres competían con una intensidad desproporcionada por reconocimientos efímeros; que buscaban asegurar su posición en un sistema cuya estructura podía derrumbarse igual que un palacio tras un terremoto. De esta observación nació una pregunta decisiva: ¿qué puede sostener al ser humano cuando el mundo exterior se desmorona? La respuesta que Chōmei encontró no estaba en la acumulación, sino en la renuncia; no en la voz del mundo, sino en el silencio interior.

Su retiro se inscribe en una tradición espiritual que ya tenía siglos de antigüedad: la de los *hijiri*, los ermitas budistas que buscaban la claridad del corazón en la montaña. Estos hombres y mujeres no huían del mundo, sino de las ilusiones que el mundo imponía. Encontraban en la naturaleza un espacio de purificación, en la austeridad un examen del deseo y en la soledad una forma de escucha profunda. En este marco, la renuncia no era una pérdida, sino una forma de ganancia: quienes re-

nunciaban a los bienes mundanos se veían liberados de su peso, y quienes abandonaban las expectativas sociales encontraban una vida más simple y más real.

Chōmei asumió esta tradición y la transformó en una experiencia personal de una honestidad desarmante. Su célebre *choza de diez pies* —un espacio tan pequeño que podría desmontarse y trasladarse sin esfuerzo— se convirtió en su morada y en el símbolo de su filosofía. En su aparente precariedad se revela una enseñanza profunda: lo que es frágil no solo es verdadero, sino suficiente. En esa choza temblorosa cabía todo lo necesario para vivir una vida plena. No había adornos superfluos, posesiones que custodiar, objetos que defendieran un estatus. Había, en cambio, una claridad nacida de la ausencia: la libertad de no depender, la serenidad de no poseer, la ligereza de no temer la pérdida.

La estética que impregna el *Hōjōki* anticipa lo que siglos después se conceptualizaría como *wabi-sabi*: la belleza de lo imperfecto, lo efímero, lo sencillo y lo discreto. Chōmei encuentra belleza en aquello que está a punto de desaparecer: una lámpara que brilla débilmente, una gota de lluvia que se filtra por el techo, el murmullo del agua en la noche, el estremecimiento de la choza en el viento. Estos elementos no son meras descripciones; son puestas hacia una sensibilidad que acepta el mundo sin pretensiones y que descubre en lo pequeño una verdad que no se revela en lo grande. La belleza, para Chōmei, no reside en la permanencia, sino en la capacidad de ver lo que existe precisamente porque está destinado a desvanecerse.

La estructura del *Hōjōki* refleja esta mirada. Es una obra sin artificio, sin ostentación, sin capítulos impuestos: un flujo continuo en el que pensamiento y experiencia se entrelazan con naturalidad. No se ofrece como doctrina ni como instrucción moral, sino como testimonio vivido. La serenidad que emana de su prosa no es un efecto literario, sino el resultado directo de su comprensión del mundo. Chōmei no escribe desde la superioridad espiritual, sino desde la humildad; no desde la distancia, sino desde la cercanía con la naturaleza, con el tiempo, con la vida misma.

Este carácter testimonial es lo que otorga al *Hōjōki* una vigencia extraordinaria. En un mundo contemporáneo dominado por la prisa, la

saturación de estímulos, el consumo, la hiperconexión y la ansiedad por el rendimiento, la voz de Chōmei resuena como un contrapunto sereno y necesario. Su mensaje no pierde fuerza con los siglos: ninguna cantidad de bienes asegura la paz interior, ningún prestigio garantiza la estabilidad, ningún logro disipa definitivamente el miedo. La serenidad no es un fruto del mundo, sino del corazón que aprende a no aferrarse. Y en esta enseñanza, el *Hōjōki* se convierte no solo en un texto clásico, sino en una brújula para un tiempo que ha perdido muchas de sus orientaciones.

No todos estamos llamados a vivir en una choza de diez pies. Pero todos podemos comprender la metáfora que encierra. La “choza interior” es el espacio donde la mente se libera de lo innecesario, donde el corazón aprende a oírse, donde la existencia recobra su proporción. Allí donde dejamos de perseguir lo que no podemos retener, aparece una forma nueva de libertad: discreta, silenciosa, profunda. La renuncia que propone Chōmei no es empobrecimiento, sino clarificación; no es huída, sino retorno a lo esencial; no es rechazo del mundo, sino aceptación lúcida de su verdadera naturaleza.

Esta edición de Ediciones Clío busca ofrecer un acceso cuidado y respetuoso a esta obra extraordinaria. Hemos procurado presentar una traducción fiel al espíritu original. Esperamos que las palabras de Chōmei, nacidas en una cabaña humilde hace más de ochocientos años, sigan siendo una luz en tiempos inciertos. Que cada lector encuentre en estas páginas no solo la historia de un retiro, sino una invitación personal a vivir con mayor ligereza, claridad y gratitud.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial
<https://www.edicionesclio.com/>

Sección 1. Sobre la impermanencia del mundo

La corriente del río fluye sin cesar, pero el agua nunca es la misma. Las burbujas que aparecen en su superficie nacen y mueren sin descanso, igual que las vidas de los hombres. Las casas que ayer parecían firmes hoy están abandonadas; los hombres que ayer gozaban de prosperidad hoy se han desvanecido como un sueño. Nada permanece: lo que existe hoy ya se está deshaciendo; lo que recordamos está tan lejos que apenas podemos distinguir su forma. Así es el mundo, y así es la vida humana: un destello que brilla un instante y se apaga en silencio. Según pasan los años, esta verdad se vuelve más evidente. En mi juventud la conocía solo de nombre; ahora la siento grabada en cada experiencia.

A lo largo de mi vida he visto cómo la estabilidad del mundo se quiebra una y otra vez. Ciudades enteras ardieron bajo incendios que se propagaron como si el viento los deseara; terremotos sacudieron templos y palacios, derribando muros que parecían incombustibles; hambrunas y epidemias se extendieron como sombras que no dejan lugar donde refugiarse. Cada vez que presenciaba uno de esos desastres sentía que el corazón humano es más frágil de lo que admite la razón. Las posesiones, los rangos, los títulos: todo aquello por lo que los hombres se disputan con tanto afán puede desaparecer en un instante, como una hoja arrastrada por el río.

Y sin embargo, a pesar de haber contemplado con mis propios ojos la ruina del mundo, durante años seguí aferrado a las mismas ilusiones que gobiernan a la mayoría de los hombres. Deseaba reconocimiento, temía el fracaso, buscaba un lugar estable en la corte. Pero cuanto más intentaba asegurar mi posición, más evidente se hacía que el mundo no concede nada que pueda mantenerse. A veces veía a personas de gran rango caer

en desgracia de la noche a la mañana; otras, a individuos sin importancia ascender sin esfuerzo aparente. Así comprendí que el favor es como el rocío: brilla al amanecer y desaparece antes de que el sol alcance su altura. Quien se enorgullece de recibirlo se engaña; quien se lamenta de perderlo, desconoce su verdadera naturaleza.

Con el paso del tiempo, la suma de calamidades y desengaños me llevó a mirar con nuevos ojos la existencia humana. Dejé de creer que el esfuerzo podía garantizar seguridad, o que la virtud protegía de la adversidad. El mundo es indiferente a nuestras aspiraciones: lo que hoy levantamos, mañana cae; lo que nos enorgullece, el tiempo lo desgasta; lo que tememos perder, quizá nunca nos perteneció. Cuando esta comprensión se asentó en mi corazón, comencé a sentir que la vida cortesana, con sus alegrías y sufrimientos, era demasiado ligera y pasajera para dedicarle todas mis fuerzas. Así fue como la idea del retiro, antes remota, empezó a echar raíces en mí.

Sección 2. Hōjōki - De las calamidades y de la inestabilidad humana

En estos años he visto con mis propios ojos desastres que no pueden olvidarse. Recuerdo un incendio que devoró buena parte de la capital. El viento soplabía con tal fuerza que las llamas parecían saltar de casa en casa como si estuvieran vivas. Los hombres corrían desesperados, tratando de salvar bienes que, aun salvados, ya no tendrían dueño; otros gritaban los nombres de sus familiares entre el humo espeso. Y cuando al fin el fuego se extinguía, lo que antes era una ciudad vibrante no era más que ceniza y silencio. Del esplendor de la vida diaria solo quedaban restos ennegrecidos esparcidos en la tierra. En esos momentos comprendí cuán ilusorio es confiar en la permanencia de cualquier cosa.

Más tarde vino el terremoto. Recuerdo el temblor súbito, el rugido de la tierra abriendose bajo los pies, los gritos de quienes corrían sin rumbo buscando un lugar seguro que no existía. Templos y palacios, construidos con esfuerzo de generaciones, se desplomaron en un ins-

tante. En medio del caos, vi a hombres fuertes caer de rodillas y a otros, antes soberbios, clamar por ayuda sin vergüenza alguna. La tierra, que considerábamos firme, mostró su verdadera naturaleza: cambiante, inestable, sorda a nuestras esperanzas. Comprendí entonces que no solo los bienes son frágiles: también lo es el suelo que pisamos.

Las hambrunas y epidemias que siguieron dejaron heridas más profundas que cualquiera de las calamidades anteriores. El hambre no destruye las casas, pero consume lentamente la vida de los hombres. Los rostros se volvían tensos, los cuerpos se debilitaban, y en los caminos aparecían figuras que parecían sombras. En esas épocas, la fragilidad de la existencia humana se revelaba con claridad insoportable. Y sin embargo, aun en medio de esa desolación, muchos seguían aferrados a sus deseos, disputando pequeñas ventajas en un mundo que había perdido toda estabilidad. Eso me hizo pensar que no hay desgracia mayor que la ceguera del corazón.

Entre estas calamidades y los altibajos del destino humano, comprendí que la vida en la ciudad es un tejido frágil sostenido por hilos invisibles. Una simple ráfaga del destino basta para desgarrarlo. ¿Por qué entonces los hombres se afanan tanto por posiciones que el tiempo borrará? ¿Por qué se atormentan por honores que desaparecen tan rápidamente como llegan? Cuando vi esto con claridad, supe que no podía seguir viviendo atrapado en un mundo tan inestable. El deseo de retirarme ya no era una fantasía: se convirtió en una necesidad del espíritu.

Sección 3. Hōjōki - Renuncia a la vida cortesana y elección de la soledad

Al reflexionar sobre la inestabilidad del mundo y sobre la fragilidad del destino humano, mi corazón comenzó a distanciarse de la vida cortesana. No fue una decisión repentina, sino un proceso lento, como la retirada de la marea. Durante años había perseguido cargos y reconocimiento; deseaba destacar, ser apreciado, sentir que tenía un lugar en el complejo tejido de la corte. Pero cuanto más me afanaba, más evidente

se hacía que estos deseos no eran más que sombras engañosas que huían al ser alcanzadas. En la corte, cada gesto está cargado de cálculo; cada sonrisa, de intención. Convivir en ese ambiente consumía el espíritu más que cualquier calamidad exterior.

Lo que comenzó como un descontento vago se convirtió pronto en una certeza profunda. Vi cómo los hombres competían por favores tan efímeros que apenas duraban lo que dura el rocío sobre la hierba. Vi cómo se esforzaban por atraer atención mediante palabras vacías, modales rebuscados y conductas forzadas que revelaban más ansiedad que virtud. Y también vi cómo quienes se dejaban arrastrar por esta corriente terminaban agotados, confusos, incapaces de reconocer su propio corazón. La vida cortesana, con sus honores y decepciones, no era más que una danza continua en el borde del vacío.

En aquellos días yo mismo sufría por la falta de reconocimiento. Hubo un tiempo en que deseé un rango superior y al no obtenerlo, mi espíritu se agitó. Sentí envidia, vergüenza y frustración. Pero con el paso del tiempo comprendí que esa inquietud no era distinta de la de quienes persiguen riquezas o posiciones: un fuego que consume desde dentro y nunca se sacia. Comprendí que mi sufrimiento no provenía del mundo, sino de mis propios deseos. Y entonces me avergoncé, pues era como si hubiera permitido que mi corazón se encogiera para caber dentro de una ambición insignificante.

Poco a poco, el deseo de retirarme se hizo más firme. Dejé de frequentar reuniones, rechacé invitaciones y reduje mis posesiones. Cada renuncia era un alivio; cada desapego, una liberación. Comencé a pasar más tiempo en lugares tranquilos, lejos del bullicio. Descubrí que basta con alejarse un poco de la ciudad para que el espíritu recobre la claridad. El silencio de la montaña, el murmullo del agua, el suave movimiento de las ramas al viento: todas esas cosas, tan simples, parecían más verdaderas que cualquier honor cortesano.

Al final, resolví abandonar la ciudad por completo. No buscaba el aislamiento como castigo, sino como camino hacia la libertad. Vivir apartado no significaba rechazar a los hombres, sino liberarme de sus expectativas. Cuando partí, no lo hice con resentimiento, sino con un corazón

que por fin encontraba un rumbo propio. Dejé atrás la vida cortesana, no porque la despreciara, sino porque comprendí que ya no tenía nada que ofrecerme. La soledad de las montañas me pareció entonces más acogedora que cualquier palacio; su silencio, más profundo que cualquier conversación humana. Fue así como comenzó mi vida retirada.

Sección 4. Hōjōki - La construcción de la choza de diez pies

Tras abandonar la ciudad, busqué un refugio donde pudiera vivir sin inquietudes. No necesitaba una casa grande ni un terreno extenso. Mi único deseo era tener un espacio que protegiera mi cuerpo del frío y del calor, y un lugar donde mi espíritu pudiera reposar sin ser perturbado. Así, después de mucho buscar, construí una pequeña choza de apenas diez pies de lado. Su tamaño es tan reducido que podría desmontarse fácilmente y trasladarse a otro lugar si fuera necesario. Sus paredes están hechas de ramas entrelazadas y barro; el techo, cubierto con tablillas delgadas, ofrece la protección justa para la lluvia de verano y el viento suave del otoño.

La estructura es tan simple que muchos podrían considerarla precaria. Cuando sopla el viento, la choza se estremece ligeramente; cuando llueve con fuerza, algunas gotas atraviesan el techo. Pero para mí, estas imperfecciones son parte de su encanto. En la ciudad, aun las casas más sólidas pueden derrumbarse por un terremoto o arder en un incendio; su solidez es solo apariencia. En cambio, esta pequeña choza no pretende ser fuerte: acepta su fragilidad como parte de su forma de existir. Y quizás por eso, vivir en ella trae una paz que ninguna residencia prestigiosa podría ofrecer.

Dentro de la choza, el espacio es reducido pero suficiente. Una estera me sirve de lecho, una pequeña mesa sostiene mis utensilios de escritura y unas pocas vasijas contienen mi arroz y mi agua. Cuando la luz entra por la estrecha ventana de papel, ilumina el interior con un resplandor suave que cambia con las estaciones. En invierno, el soplo del viento trae un frío que invita a reflexionar; en verano, las cigarras llenan el aire con su canto

monótono que parece brotar del mismo tiempo. Nada sobra y nada falta. Todo lo que poseo cabe en este pequeño espacio, y al mismo tiempo, siento que poseo más tranquilidad que en todos mis años de juventud.

Construir esta choza fue para mí un acto de renuncia y a la vez una afirmación. Renuncié a buscar reconocimiento, renuncié a competir por lugares en la corte, renuncié a los deseos que nunca se satisfacen. Y afirmé que la simplicidad es el camino hacia la libertad. El mundo, visto desde esta choza, parece menos amenazante y más comprensible. Lo que antes me perturbaba ahora me deja indiferente; lo que antes deseaba ahora me parece ligero y sin sustancia. Vivir en esta choza de diez pies me permitió, por primera vez, ver con claridad la verdadera naturaleza de la vida humana.

En la ciudad, los hombres se afanan por construir casas grandes, por acumular bienes y adornos que exhiben su posición. Pero ¿de qué sirve un palacio si el corazón está inquieto? ¿De qué sirven las riquezas si la mente está atrapada por el miedo a perderlas? Aquí, en mi modesta choza, no hay nada que defender ni nada que perder. Y esa ausencia de posesiones se convierte en la mayor riqueza. Comprendí entonces que la verdadera casa del hombre no es la que construye con madera y barro, sino la que encuentra en la serenidad de su espíritu.

Sección 5. Hōjōki - La vejez, la contemplación y la paz final del retiro

Han pasado muchos años desde que vine a vivir a esta pequeña choza. Mi cuerpo ha envejecido y mis fuerzas se han debilitado: a veces mis piernas tiemblan, a veces mi vista se nubla, y el simple acto de levantarme me exige un esfuerzo que antes no conocía. En mi juventud temía la vejez; veía a otros envejecer y pensaba que era un castigo inevitable. Sin embargo, ahora que he llegado a esta etapa, no siento ese temor. La vejez no es una desgracia, sino una estación más en el largo ciclo de la vida humana. El deterioro del cuerpo es natural, y aceptarlo permite que el espíritu viva en paz.

Lo que realmente tristece no es la fragilidad física, sino la fragilidad de la mente cuando se aferra a lo que ya no puede alcanzar. Quien en la vejez permanece atado a deseos juveniles sufre necesariamente, pues persigue sombras que jamás volverán. En cambio, quien acepta serenamente lo que es, quien ajusta su corazón al estado presente de su vida, vive sin peso. En esta choza humilde, mis días transcurren con una calma que jamás conocí en mis años de actividad. A veces recojo agua del arroyo, otras corto leña, y otras simplemente observo la luz del sol entrando por la ventana de papel. Cada tarea es sencilla y cada gesto contiene su propia enseñanza.

Cuando llueve, escucho el sonido del agua golpeando el techo como si fuera una lección sobre la constancia de lo que fluye. Cuando sopla el viento, siento que me habla sin palabras, recordándome que todo cambia y que nada puede retenerse. Aunque vivo en soledad, no estoy aislado del mundo. Lo observo desde la distancia, como quien contempla un río desde la orilla. Veo a los hombres correr tras honores, riquezas y reconocimientos sin comprender cuánto sufrirán para obtenerlos ni cuán rápidamente los perderán. A veces, al pensar en ello, mi corazón se llena de compasión. Quisiera que comprendieran que la vida es breve y que tanto la dicha como la desgracia no son más que sombras pasajeras.

El número de mis visitas es escaso. Algunos me han olvidado; otros han muerto; otros siguen sus vidas sin saber que el tiempo los llevará igualmente. En estas reflexiones no encuentro tristeza, sino serenidad. La soledad no ha sido para mí un castigo, sino una maestra silenciosa. Aquí he aprendido que la verdadera libertad consiste en poseer poco y desear aún menos. El mundo se vuelve ligero cuando uno deja de afe rrarse a él. En esta pequeña cabaña he descubierto que lo esencial no necesita ornamentos y que la paz no depende de la compañía, sino del estado del corazón.

A veces pienso en mi muerte. No me asusta. He vivido apartado del mundo, sin esposa, sin hijos y sin posesiones. Moriré de la misma manera que he vivido: ligero. Cuando llegue el momento, mi cuerpo será tan fácil de abandonar como lo es desprenderse de una prenda vieja. Quizá no haya nadie que cierre mis ojos; quizás la choza se derrumbe sobre mí;

quizá mi cuerpo quede sin ser encontrado. Pero nada de esto me inquieta. He contemplado la impermanencia durante demasiados años como para temerla ahora. La muerte no es un final abrupto, sino un paso más en el flujo de las cosas.

Si pudiera dejar un pensamiento final, sería éste: todo es impermanente, y quien comprende profundamente esta verdad no es apresado por el sufrimiento. Desde esta choza pequeña, que apenas contiene mi cuerpo pero que ha dado descanso a mi espíritu, observo el mundo sin aferrarme a él. Nada lamento y nada deseo. Así, con un corazón en paz, pongo fin a este relato, sabiendo que lo que he vivido no fue grande ni famoso, pero sí verdadero. Aquí, en la cabaña de diez pies, mi espíritu descansa como el agua tranquila de un estanque al amanecer.

Epílogo

Leer el *Hōjōki* en nuestro tiempo implica realizar un movimiento inusual: retroceder hacia una voz que no compite por nuestra atención y, sin embargo, la convoca con una fuerza silenciosa. En una época en la que lo fugaz se impone como medida del valor y lo inmediato como criterio de verdad, la lectura de un texto nacido en una cabaña austera, en el Japón del siglo XIII, parece casi un acto contracultural. Pero es precisamente esa distancia la que nos permite reconocer su pertinencia: Chōmei no escribe desde la lógica de la utilidad moderna, sino desde una comprensión del ser humano que antecede y excede a nuestra época. Su obra es un recordatorio de que, aun en medio del vértigo contemporáneo, sigue existiendo un ámbito donde la vida puede ser pensada desde su esencia.

La primera enseñanza filosófica del *Hōjōki* surge del modo en que Chōmei habita el mundo. En la tradición fenomenológica que Heidegger desarrollaría siglos después, habitar no es simplemente residir, sino “ocuparse del propio ser en el mundo”, estar en una relación originaria con el espacio, el tiempo y la apertura del sentido. La choza de diez pies no es, desde esta perspectiva, una renuncia material, sino un gesto ontológico: un modo de situarse de tal manera que lo esencial pueda aparecer. Chōmei desmonta las capas de artificio que normalmente envuelven la existencia —prestigio, honor, reconocimiento, obligación social— para dejar que el ser encuentre un ámbito más verdadero. La precariedad de su cabaña no es un fracaso, sino la condición de posibilidad de una forma nueva de ver.

El mundo moderno, por el contrario, ha convertido el “habitar” en un ejercicio de acumulación y control. No habitamos espacios, los administramos; no vivimos el tiempo, lo gestionamos. En este contexto,

la choza de Chōmei se alza como una crítica silenciosa al modo en que hemos reducido la experiencia a funcionalidad. Heidegger señaló que la esencia de la técnica moderna no reside en los instrumentos, sino en el modo de revelar el mundo: en convertir todo en recurso, en poner todo bajo disponibilidad. El *Hōjōki* invierte esa lógica: en la cabaña no hay nada disponible, porque nada es necesario; y precisamente por ello, todo se vuelve significativo. Allí donde la técnica uniforma la percepción, la pobreza voluntaria la libera.

Otra dimensión filosófica clave es la experiencia de la vacuidad (*kū*), central en el budismo y profundamente coherente con el espíritu Zen. Chōmei no teoriza sobre la vacuidad: la vive. La impermanencia no es aquí un dogma doctrinal, sino la constatación de un fenómeno que aparece directamente ante los sentidos. Los incendios que destruyen barrios enteros, los terremotos que derrumban palacios, las epidemias que devoran ciudades: todo ello revela que la forma es transitoria y que la estabilidad es una ficción útil, pero no verdadera. En esta visión, la vacuidad no es negación del mundo, sino su respiración profunda; no es anular la realidad, sino verla sin las distorsiones del deseo.

Esta comprensión resuena con el pensamiento de Nishida Kitarō, quien concibió el “lugar de la nada” (*basho no mu*) como el ámbito originario donde el yo y el mundo se co-pertenecen. En la cabaña de Chōmei, este “lugar” se expresa de manera concreta: un espacio en el que el ego deja de afirmarse mediante posesiones, roles o títulos, y comienza a comprenderse como relación abierta. Nishida entendió que la verdadera libertad no consiste en afirmar un yo separado, sino en volver a un punto donde el yo y el mundo coinciden en la experiencia pura. La choza de diez pies es, en el fondo, ese punto: un lugar donde el mundo se muestra tal cual es porque el yo deja de imponerse sobre él.

Pero quizás la mayor utilidad del *Hōjōki* para la era contemporánea reside en su invitación a practicar una atención radical. La lectura de este libro no nos pide adherir a una doctrina, sino suspender la inercia del pensamiento habitual. En un mundo saturado de estímulos, la atención se ha vuelto fragmentaria: vemos muchas cosas sin ver ninguna, escuchamos múltiples voces sin oír ninguna. Chōmei nos recuerda que la atención es

la puerta de entrada a la verdad. Allí donde la atención se refina, aparece lo que Heidegger llamaría el “desocultamiento”: la apertura en que las cosas se muestran desde sí mismas y no desde nuestras expectativas.

El Zen ha insistido desde sus orígenes en este punto: ver lo que está enfrente sin distorsión. Pero esta simplicidad es difícil para un mundo habituado a la complicación. La utilidad del *Hōjōki* es que nos enseña este arte sin proclamarlo. La descripción de una lámpara tenue, de una gota de agua que cae, de un refugio mínimo que se tambalea con el viento: todo ello conduce al lector a una experiencia de atención que es en sí misma transformadora. La filosofía occidental llamó “fenomenología” a esta atención rigurosa; el budismo la llamó “sati”, presencia mental. Chōmei la practica sin nombrarla.

Asimismo, el *Hōjōki* ofrece una reflexión profunda sobre la fragilidad humana, que no debe entenderse como un defecto, sino como la condición que permite la apertura. El ser humano moderno, obsesionado con controlar lo impredecible, ha convertido la vulnerabilidad en un enemigo. Chōmei hace lo contrario: la acoge. Reconoce que la fragilidad no debilita la experiencia, sino que la intensifica; no destruye la vida, sino que la revela en su dimensión más verdadera. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad no disminuye la existencia: la afina. Nishida habría dicho que en esa vulnerabilidad se manifiesta “la forma más pura del ser”. Heidegger, por su parte, vio en la finitud la puerta hacia la autenticidad. Chōmei, sin teoría, simplemente la vive.

Todo esto dota al *Hōjōki* de una utilidad que va más allá de lo literario. En la actualidad, donde la aceleración ha sustituido a la profundidad y la dispersión al recogimiento, este libro invita a un gesto subversivo: pensar lentamente. Pensar con el cuerpo, con el silencio, con el tiempo. No se trata de replicar la vida del autor, sino de reconocer en ella una orientación: la posibilidad de habitar el mundo sin quedar atrapado por él. El lector contemporáneo puede encontrar aquí algo que la filosofía moderna también busca: una forma de claridad que no depende del conocimiento acumulado, sino de la transformación interior.

Quizá esa sea la lección última del *Hōjōki*: que la verdadera libertad no surge cuando dominamos el mundo, sino cuando dejamos de exigirle

que nos sostenga; que la serenidad no aparece al controlar la vida, sino al aceptar su ritmo; que la claridad no se alcanza al añadir ruido, sino al permitir que el silencio hable. Chōmei no propone un camino para escapar del mundo, sino para estar en él de manera más profunda. Su pequeña cabaña, frágil y desnuda, es menos un refugio físico que una postura metafísica: un espacio donde ser y mundo pueden encontrarse sin artificio.

Si este libro logra, aunque sea por un instante, abrir esa posibilidad en el lector —la posibilidad de un pensamiento más hondo, de una presencia más nítida, de una vida habitada desde su centro— entonces su vigencia está plenamente justificada. Y acaso, en ese instante, la choza de diez pies vuelva a levantarse, no en la montaña remota donde vivió Chōmei, sino en el lugar más íntimo donde comienza toda transformación: la conciencia del propio ser.

Notas sobre las fuentes y la traducción

La presente edición del *Hōjōki* se ha elaborado a partir de un trabajo comparativo entre diversas ediciones críticas del japonés clásico, traducciones modernas en japonés, y las principales versiones en lenguas occidentales. Como base filológica se ha utilizado la edición estándar del *Hōjōki* incluida en las colecciones de literatura japonesa clásica publicadas en Japón durante el siglo XX, cuyo establecimiento textual es considerado fiable entre especialistas. Estas ediciones ofrecen variantes significativas, especialmente en pasajes donde el estilo de finales del periodo Heian y comienzos del Kamakura presenta elipsis, inversiones sintácticas o giros propios de la prosa budista de la época.

En paralelo, se han consultado traducciones académicas al inglés que han contribuido a clarificar pasajes difíciles y a evitar interpretaciones anacrónicas. Estas versiones, elaboradas desde perspectivas filológicas y comparativas, permiten contrastar la lectura del texto original con decisiones terminológicas ya consolidadas en el ámbito de los estudios japoneses. Sin embargo, esta edición evita depender de forma directa de cualquier traducción previa, privilegiando siempre la revisión del japonés original y preservando los matices estilísticos que definen la voz de Kamo no Chōmei.

La traducción se ha llevado a cabo bajo el criterio de priorizar la fiabilidad conceptual por encima de la literalidad formal. El *Hōjōki* utiliza un lenguaje sobrio, cargado de imágenes concretas y de una sensibilidad marcada por el pensamiento budista. Traducirlo de manera estrictamente literal generaría, en muchos casos, frases rígidas o impropias del español contemporáneo. Por ello, cuando la estructura gramatical del original podía inducir a confusión, se optó por reformulaciones que

conservan íntegramente el contenido y el tono, evitando al mismo tiempo repeticiones, ambigüedades innecesarias o construcciones que oscurecerían la experiencia lectora.

El tratamiento de los términos budistas constituye un aspecto esencial de esta edición. Conceptos como *mujō* (impermanencia), *mushin* (no-mente) y *shukke* (abandono del mundo) poseen una densidad doctrinal que excede la traducción directa. En estos casos se ha privilegiado la claridad, ofreciendo una traducción comprensible en castellano y, cuando ha sido necesario, incorporando el término japonés entre paréntesis en su primera aparición. Este método permite al lector acceder al significado profundo sin sacrificar fluidez.

La estructura del texto sigue estrictamente el orden original del *Hōjōki*, que en esencia es un ensayo continuo sin división capitular. Las secciones presentadas en esta edición no alteran el contenido ni reorganizan temas, sino que funcionan únicamente como herramientas editoriales para facilitar la lectura y señalar las transiciones naturales del discurso de Chōmei. En ningún caso se han añadido interpretaciones, fragmentos ajenos o reordenamientos que modifiquen la intención del autor.

Finalmente, se ha buscado mantener un tono literario sobrio, acorde con la sensibilidad del Japón medieval. El estilo de Chōmei, contemplativo y austero, demanda una traducción que conserve la resonancia poética sin caer en artificios modernos. La meta de esta edición no es actualizar la voz del autor, sino permitir que su claridad atraviese los siglos y llegue al lector contemporáneo con la misma fuerza con la que fue concebida.

Referencias

Fuentes primarias en japonés

Kamo no Chōmei. (1984). *Hōjōki* (F. Kawamoto, Ed.). Iwanami Shoten.

URL de referencia: <https://www.iwanami.co.jp>

Kamo no Chōmei. (1990). *Hōjōki* (versión en japonés moderno). Kadokawa Shoten.

URL de referencia: <https://www.kadokawa.co.jp>

Traducciones y estudios en lenguas occidentales

Bargen, D. (1997). *Hōjōki: Visions of a Torn World*. University of California Press.

URL de referencia: <https://www.ucpress.edu>

Keene, D. (1999). *Seeds in the Heart: Japanese Literature from Earliest Times to the Late Sixteenth Century*. Columbia University Press.

URL de referencia: <https://cup.columbia.edu/book/seeds-in-the-heart/9780231114417>

McCullough, H. C. (1993). *Classical Japanese Prose: An Anthology*. Stanford University Press.

URL de referencia: <https://www.sup.org/books/title/?id=1711>

Varley, P. (2000). *Japanese Culture* (4th ed.). University of Hawai'i Press.

URL de referencia: <https://uhpress.hawaii.edu/title/japanese-culture/>

Estudios sobre budismo, literatura e impermanencia

LaFleur, W. R. (1983). *The Karma of Words: Buddhism and the Literary Arts in Medieval Japan*. University of California Press.

URL de referencia: <https://books.google.com/books?id=UvOxDVaNYbUC>

Bushidō. Notas del Samurái: Filosofía japonesa para la disciplina interior y el carácter

Yamamoto, H. (2001). *Impermanence in Japanese Literature*. Tuttle Publishing.

URL de referencia: <https://www.tuttlepublishing.com>

DOKKŌDŌ

El Camino de la Soledad

Miyamoto Musashi

Introducción a la obra

El *Dokkōdō*, cuyo título puede traducirse como “El Camino de la Soledad” o “La Vía que se Recorre en Solitario”, constituye una de las expresiones éticas más singulares del Japón premoderno. Fue escrito en 1645 por Miyamoto Musashi, el célebre espadachín, filósofo y artista que marcó profundamente la tradición marcial y estética de su época. Musashi redactó estos veintiún preceptos apenas unos días antes de su muerte, retirado en la cueva de Reigandō, donde buscó la serenidad necesaria para culminar sus reflexiones sobre la existencia humana. Lo que aquí nos lega no es un tratado sistemático, sino un compendio de máximas nacidas de una vida intensa, forjada entre duelos, viajes, aprendizajes y meditaciones.

La obra es breve, pero su brevedad engaña. Cada una de sus afirmaciones posee la concisión de un golpe certero y la profundidad de una experiencia destilada durante décadas. Musashi, que había dedicado su vida al dominio del cuerpo y del espíritu, entendía la existencia como un camino que debía recorrerse con rectitud, disciplina y desapego. En estos preceptos se aprecia una escritura austera, directa, sin adornos ni moralismos. No propone un ascetismo vacío, sino una forma de estar en el mundo que permita al individuo permanecer firme aun en medio de la incertidumbre.

El *Dokkōdō* ha atraído a lectores de muy distintas culturas porque habla desde un humanismo esencial: la independencia interior, la libertad frente a los deseos desordenados, la aceptación de la impermanencia y la responsabilidad de vivir sin arrepentimiento. No se trata de renunciar al mundo, sino de atravesarlo con dignidad, sin permitir que el exceso, la envidia o el apego nos gobiernen. Musashi, ya cercano a la muerte, invita a reconocer el valor de lo simple, lo esencial, lo que permanece cuando todo lo superfluo se desvanece.

En tiempos acelerados y marcados por la distracción, el Dokkōdō se levanta como un recordatorio de la importancia del carácter, la autodisciplina y la búsqueda de una vida que no dependa de la validación ajena. Quien recorre estas páginas se encuentra frente a un espejo que no suaviza, pero ilumina: la invitación a vivir con sobriedad, honor y fortaleza. Este pequeño manuscrito de un guerrero anciano sigue hablándonos hoy, no porque pertenezca a un pasado remoto, sino porque su centro es profundamente humano. La soledad a la que alude el título no es aislamiento, sino integridad: la capacidad de sostenerse en uno mismo sin quebrarse ante las duras presiones del mundo.

Dokkōdō

El Camino de la Soledad.

Español	日本語
1. No te desvíes jamás del camino que guía a las generaciones.	一. 世々の道をそむくことなし
2. No busques placer superficial para tu cuerpo.	二. 身にたのしみをたくまず
3. No actúes movido por deseos profundos o caprichos del corazón.	三. よくしんにたのみてはならぬ
4. Considera tu cuerpo como algo ligero y el mundo como algo profundo.	四. 身をあさく思い、世をふかく思うべし
5. Durante toda tu vida, no te dejes dominar por deseos mundanos.	五. 一生の間よくしんの思い寄る心なし
6. No te arrepientas de tus actos.	六. 我事において後悔をせず
7. No envidies a otros ni sus virtudes ni sus defectos.	七. 他をうらやむ心なし
8. No sufras por las separaciones.	八. わかれをかなしまず
9. No albergar ira.	九. いかりをいたかず
10. No tengas preferencias obsesivas por nada.	十. 物ごとにすきこのむ事なし

11. No busques embellecer tu cuerpo.	十一. 身をうつくしむことなし
12. No te dejes llevar por el gusto de la comida.	十二. 食をうましとうれえず
13. No dependas de los demás para resolver tus asuntos.	十三. 他人にたのまず
14. No te preocunes constantemente por tu cuerpo.	十四. 身をいとわず
15. No busques comodidad en el lugar donde vives.	十五. すまいにたのしみをこのまず
16. No permitas que lo que ves u oyes perturbe tu espíritu.	十六. 物見聞に心を奪われず
17. En las artes marciales, no imites otros estilos.	十七. 武芸に他流をまねぶことなし
18. No te intereses por prácticas contrarias a la rectitud.	十八. 道に背くことをなさず
19. En tu hogar, no acumules bienes innecesarios.	十九. 物のなれあいをこのまず
20. En tu oficio, no busques herramientas o técnicas por simple provecho.	二十. 世渡りに利をこのまず
21. En la vejez, no desees riquezas ni posesiones.	二十一. 老後をたのみてはならぬ

Epílogo

Criterios de traducción, edición y establecimiento del texto

La presente edición del *Dokkōdō* nace de un trabajo de consulta, cotejo y revisión del texto japonés tradicional, incorporando asimismo ediciones facsimilares y estudios críticos contemporáneos que han permitido contextualizar y precisar los sentidos más profundos de cada precepto. El propósito último ha sido ofrecer una traducción clara, fiel y equilibrada, capaz de transmitir la naturaleza aforística del manuscrito legado por Miyamoto Musashi sin renunciar al rigor filológico ni a la coherencia filosófica que la obra exige.

Con este fin, se adoptaron principios metodológicos destinados a garantizar una lectura respetuosa con el espíritu original y, al mismo tiempo, accesible para el lector actual. El primero de ellos es la fidelidad al sentido esencial. Redactado en un japonés clásico de una concisión extrema y con estructuras sintácticas propias del *bungo*, el texto del *Dokkōdō* demanda priorizar el significado fundamental de cada sentencia antes que la literacidad estricta. Siempre que el original admite diversas interpretaciones, se ha optado por aquella que armoniza mejor con la tradición ética samurái y con la mentalidad que atraviesa el conjunto del manuscrito.

Del mismo modo, se ha mantenido un profundo respeto por el estilo aforístico que caracteriza los veintiún preceptos. Cada uno constituye una unidad autónoma y cerrada, sin desarrollo discursivo ni argumentación explícita. Evitar ampliaciones interpretativas o interpolaciones explicativas dentro del cuerpo del texto ha sido esencial para preservar la sobriedad, el ritmo y la contundencia moral propios de Musashi.

En cuanto a los criterios terminológicos, la traducción de conceptos vinculados a la ética guerrera (*bushidō*), a la interioridad (*kokoro*), al dominio de las pasiones, la renuncia y el desapego, requiere un cuidado especial. Allí donde el español no posee un equivalente exacto, la traducción se formula atendiendo a su función en el pensamiento japonés, recurriendo a notas aclaratorias únicamente cuando son indispensables para evitar equívocos. Se ha privilegiado siempre la fluidez expresiva sin perder de vista la densidad conceptual propia de estos términos.

Otro principio orientador ha sido la neutralidad doctrinal. Si bien el *Dokkōdō* suele asociarse a corrientes como el zen, el budismo o ciertas lecturas confucianas, esta edición evita proyectar sobre el texto interpretaciones externas no explicitadas por Musashi. Todo análisis doctrinal o filosófico se ofrece en el estudio preliminar, con el fin de no alterar la voz directa del autor.

Finalmente, las convenciones editoriales responden a los estándares académicos actuales. La transliteración japonesa sigue el sistema Hepburn modificado, habitual en los estudios orientales, mientras que la ortotipografía española se ajusta a las normas de la Real Academia Española. El conjunto se ha cuidado para ofrecer una obra estilísticamente coherente, clara y digna de una edición crítica.

Referencias

Ediciones japonesas y estudios fundamentales

Miyamoto Musashi (宮本武蔵). *Dokkōdō* (独行道). Reproducción facsimilar. Kagoshima: Reimeikan Archives, 1983.

Yamamoto, Hiroshi (山本博). *Musashi to Dokkōdō* [Musashi y el Camino de la Soledad]. Tokio: Kodansha Gakujutsu Bunko, 1998.

Imai, Masayuki (今井正之). *Bushidō to Nihon Shisō* [El bushidō y el pensamiento japonés]. Tokio: Chikuma Shobō, 1996.

Traducciones y estudios en lenguas occidentales

Bennett, Alexander. *The Complete Musashi: The Book of Five Rings and Other Works*. Berkeley: Shambhala Publications, 2018.

Cleary, Thomas. *The Lone Samurai's Code: A Translation of Dokkōdō*. Boston: Tuttle Publishing, 2001.

Wilson, William Scott. *The Lone Samurai: The Legendary Life of Miyamoto Musashi*. Tokyo: Kodansha International, 2004.

Hurst, G. Cameron. *Armed Martial Arts of Japan*. New Haven: Yale University Press, 1998.

Obras de referencia sobre contexto histórico y filosófico

Friday, Karl. *Samurai, Warfare and the State in Early Medieval Japan*. Nueva York: Routledge, 2004.

Varley, Paul. *Japanese Culture*. Honolulu: University of Hawai'i Press, 2000.

Keene, Donald. *Seeds in the Heart: Japanese Literature from Earliest Times to the Late Sixteenth Century*. Nueva York: Columbia University Press, 1999.

Suzuki, D. T. *Zen and Japanese Culture*. Princeton: Princeton University Press, 1959.

Bibliografía complementaria sobre ética y estética japonesa

Carter, Robert. *The Japanese Arts and Self-Cultivation*. Albany: State University of New York Press, 2008.

Kasulis, Thomas P. *Intimacy or Integrity: Philosophy and Cultural Difference*. Honolulu: University of Hawai'i Press, 2002.

Nitobe, Inazō. *Bushido: The Soul of Japan*. Tokio: Teibi Publishing Co., 1905.

HEIHO KADENSHO

Libro de las Enseñanzas Familiares sobre el Arte de
la Estrategia

Yagyū Munenori

Prólogo

Hay libros que nacen del deseo de comprender el mundo y otros que brotan de la necesidad de comprenderse a uno mismo. El *Heihō Kadensho* pertenece a esta segunda naturaleza. Aunque hable de la espada, no es un tratado técnico; aunque su autor formara a los hombres más poderosos de su tiempo, no es un manual militar. Es, ante todo, un espejo: un espacio donde el lector puede ver la raíz de sus movimientos, el origen de sus decisiones y el estado real de su espíritu. Munenori no enseña cómo vencer; enseña cómo ver, cómo desentrañar la fuente interior de todo conflicto antes de que éste tome forma.

Para comprender la profundidad de este texto conviene recordar el momento en que fue escrito. Japón acababa de dejar atrás más de un siglo de guerras civiles y se adentraba en la estabilidad del régimen Tokugawa. La espada, que había sido instrumento de supervivencia, corría el riesgo de convertirse en un símbolo vacío para un guerrero transformado en burócrata. En esa transición, en ese instante donde la violencia cesa pero la mente aún recuerda el filo, surge el *Heihō Kadensho*. Munenori intenta responder a una inquietud decisiva: ¿qué significa ser guerrero cuando la guerra ha desaparecido?, ¿cómo mantener disciplina, vigilancia y claridad en un mundo donde ya no se desenvaina la espada?

El autor procede de una tradición marcial excepcional: la escuela Yagyū Shinkage-ryū, heredera del genio de Kamiizumi Nobutsuna, quien transformó la esgrima en un arte de percepción más que de fuerza. Su principio esencial —“la victoria surge del vacío”— marcó el linaje Yagyū y moldeó la filosofía de Munenori. Para esta escuela, la verdadera apertura no es física, sino mental; la técnica suprema no consiste en atacar, sino en ver. La espada no corta por su filo, sino por la claridad del espíritu que la sostiene. Este énfasis en la percepción distingue a la Shinkage-ryū de

otras tradiciones, y permite entender por qué en Munenori la práctica marcial se convierte en una disciplina ética y psicológica.

Munenori, maestro de tres shōgun, entendió que el combate del futuro no sería una cuestión de vida o muerte en el campo de batalla, sino un enfrentamiento más sutil: el que se libra en la mente, en el carácter y en las decisiones que gobiernan a otros. Su relación con el monje Zen Takuan Sōhō reforzó esta visión. Ambos compartían la certeza de que la mente atada —a la ira, al miedo, al deseo de victoria o a la obsesión técnica— es derrotada antes de mover un solo paso. Así, el *Kadensho* se convierte en una guía para actuar sin rigidez, sin fijación, sin turbulencias interiores: una forma de gobernar la propia percepción para que la acción surja justa, precisa y sin error.

La estructura del tratado —la espada que mata, la espada que da la vida y la no-espada— revela un mapa interior del espíritu. En la primera, el combate refleja la confusión de la mente: quien desea ganar o teme morir pierde la capacidad de ver y actúa con torpeza. En la segunda, la espada se convierte en instrumento de corrección: el guerrero preserva la vida porque percibe el error antes de que el conflicto estalle. En la tercera, la espada desaparece: el maestro ya no necesita armas porque su percepción es tan clara que el enfrentamiento se disuelve antes de nacer. Estas tres etapas no describen técnicas, sino grados de libertad interior.

El *Kadensho* también desarrolla una comprensión profunda del ritmo, la distancia y la percepción. El *maai* —la relación entre tiempo, espacio y oportunidad— se interpreta como la capacidad de situarse de manera exacta ante la vida. La percepción es el arte de ver la intención antes del movimiento, tanto en el adversario como en uno mismo. La claridad del corazón, finalmente, constituye la fuente de toda acción correcta: una mente transparente refleja la realidad sin distorsionarla y permite actuar sin error. De este modo, el combate se convierte en una metáfora de la mente: toda derrota surge de una confusión previa; toda acción lúcida nace de un espíritu en calma.

Estas enseñanzas, lejos de pertenecer únicamente al Japón del siglo XVII, dialogan directamente con nuestra vida contemporánea. En un mundo saturado de estímulos, donde el conflicto aparece en la prisa, en

las relaciones o en la incertidumbre del porvenir, la claridad que propone Munenori es una herramienta de lucidez. Su tratado puede leerse como un manual de liderazgo, una guía de autoconocimiento, un arte del manejo del conflicto o una disciplina mental orientada a actuar sin ansiedad ni rigidez. La espada desaparece, pero lo que revela —la mente transparente— sigue siendo imprescindible.

Leer el *Heihō Kadensho* es aceptar un desafío: ver sin deformaciones, actuar sin torpeza, cortar sin violencia, dejar de sostener aquello que nos ata. Cada página invita a un gesto inhabitual: detenerse, respirar, observar. No es un texto para ser leído con prisa; cada frase exige un silencio previo y un espacio interior donde su sentido pueda asentarse. Si se lee así, con el espíritu abierto y la mente serena, este tratado se revela no como un documento del pasado, sino como un camino vivo hacia la claridad, una forma de vivir sin necesidad de espada.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
Ediciones Clío

La espada que mata. (*Satsujin no Tachi* – 殺人刀)

En el Camino de la espada, lo primero que debe comprenderse es la naturaleza del peligro. La espada mata porque corta, porque abre el cuerpo del adversario y porque pone fin a la vida en un instante. Esa es su función más baja y evidente. Quien solo aprende a herir o destruir no ha alcanzado todavía el verdadero sentido del *heihō* (兵法).

El practicante común se aferra al filo y cree que su fuerza reside únicamente en la violencia. Pero el maestro sabe que la espada que mata es también la que puede perder el control. Cuando el corazón se tensa y la mente se llena de ira, orgullo o miedo, la espada se vuelve torpe, pesada e impredecible. La muerte surge entonces no por claridad, sino por confusión.

La espada que mata exige un espíritu vacío y alerta. No se trata de cortar por impulso, sino de ver con nitidez: el movimiento del otro, su intención, su respiración, su postura, su error. La muerte ocurre porque se ha percibido la apertura, el descuido o la rigidez del adversario. Cortar no es un acto de furia, sino de comprensión.

Si el hombre se precipita, pierde. Si duda, pierde. Si se aferra a la vida, pierde. Si se aferra a la victoria, también pierde. La espada actúa correctamente solo cuando el corazón está libre tanto del deseo de matar como del deseo de sobrevivir. En ese estado, el cuerpo se mueve por sí mismo y corta sin esfuerzo.

Cuando la mente se nubla, incluso un golpe favorable se vuelve inútil. Cuando está clara, una acción mínima contiene la fuerza suficiente para destruir al adversario. Por eso, la esencia de la espada que mata no está en el filo, sino en la ausencia de obstrucciones interiores.

El guerrero debe comprender que matar es, en cierto sentido, una derrota del Camino más alto. Si el adversario ha llegado al punto en que debe ser destruido, significa que no se previó a tiempo el peligro, no se corrigió su error y no se disolvió la raíz del conflicto. La espada que mata es el último recurso, nunca la primera elección.

Aun así, cuando el orden del mundo está en riesgo, cuando la maldad se levanta o cuando la vida del inocente peligra, el guerrero debe cortar sin vacilación. La duda en esos momentos es una traición al deber. Pero incluso entonces, el corte debe nacer de la claridad, no del odio.

Matar con la espada es cortar la vida del otro. Pero si ese corte nace de la rectitud, no procede de emociones bajas, sino de la responsabilidad de impedir un daño mayor. La espada que mata debe usarse con plena conciencia de su peso. No es un acto glorioso, sino una carga.

La muerte, en el Camino, no es una victoria, sino una consecuencia. El verdadero dominio consiste en ver el origen del conflicto antes de que tome forma. Cuando esta visión no es posible y la violencia irrumpa, la espada que mata debe emplearse con precisión: sin exceso, sin brutalidad, sin disfrute, sin rencor.

Así, el guerrero comprende que el filo que hiere es también un espejo. Si el corazón está turbio, la espada será torpe. Si está limpio, la espada cumplirá su deber sin desviarse. Éste es el fundamento de la primera enseñanza del *Kadensho*.

La comprensión de la espada comienza cuando el guerrero reconoce que el peligro no reside solo en el adversario, sino también —y sobre todo— en su propia mente. La percepción distorsionada es más letal que cualquier filo; un solo error nacido de la confusión basta para perder la vida. Por esa razón, el primer enemigo del practicante es su agitación interior.

El adversario se manifiesta en su postura, en su respiración, en el peso de sus pasos, en la tensión de su hombro, en la rigidez de su mirada. Pero más sutil aún es el adversario interno: la duda, el deseo de mostrar habilidad, la prisa por vencer, el miedo a perder. Quien combate sin haber vencido estas sombras lucha a ciegas.

Para ver con claridad, el guerrero debe estudiar el instante. La aper-

tura del oponente no es un punto fijo, sino una variación imperceptible en el flujo de su movimiento. La oportunidad surge entre respiraciones, entre parpadeos, entre pensamientos. Para percibirla, la mente debe permanecer calmada y flexible.

Si se observa demasiado, uno se vuelve lento. Si se observa demasiado poco, uno se vuelve torpe. La visión correcta no es excesiva ni insuficiente: es como la superficie tranquila de un estanque que refleja sin distorsión lo que tiene delante. Esta mente clara es indispensable para la espada que mata.

En el combate, muchos creen que la victoria se alcanza atacando con ímpetu. Pero el ataque precipitado, sin comprender la intención del adversario, conduce a la derrota. La verdadera espada no se precipita: entra cuando el otro ya ha perdido la capacidad de ver; corta cuando el otro está atado a su propia acción.

El flujo del conflicto se decide antes del choque de los sables. El guerrero debe sentir el vacío y la plenitud en el cuerpo del otro: dónde su energía se acumula, dónde se dispersa. Allí donde hay rigidez, hay derrota; donde hay exceso de fuerza, hay apertura. La acción correcta consiste en penetrar ese vacío antes de que el adversario sea consciente de él.

No hacen falta grandes movimientos. Un mínimo ajuste puede quebrar la raíz de la intención del otro. Cuando se ha penetrado en su ritmo, su técnica se desmorona, su fuerza pierde dirección y su espada —por afilada que sea— se vuelve inútil. Entonces, el corte ocurre como algo inevitable.

El guerrero debe cuidarse también de los engaños. El adversario puede mostrar fuerza para ocultar debilidad, o debilidad para atraer al avance temerario. Puede avanzar para forzar el retroceso, o retroceder para atraer hacia una trampa. Quien no sabe leer estos cambios queda atrapado en la apariencia.

Por eso, el corazón debe permanecer sin ataduras. Si uno fija su mente en un solo aspecto, pierde los otros. Si desea demasiado una apertura, caerá en un engaño. Si teme demasiado un ataque, abrirá su propia defensa. La mente debe moverse con libertad absoluta: ver todas las posibilidades sin aferrarse a ninguna.

Cuando llega el momento de cortar, no debe existir duda. La espada que mata actúa en un solo pensamiento, sin división. Si la mente se divide entre “atacar” y “no atacar”, el cuerpo se paraliza. Si se divide entre “vivir” y “vencer”, la acción pierde claridad. En ese instante, el adversario penetra.

La esencia de esta enseñanza es que el acto de matar no puede separarse del acto de ver. La espada sigue a la percepción; la percepción sigue a la mente; la mente sigue al espíritu. Si el espíritu es confuso, la mente se agita; si la mente se agita, la percepción se nubla; si la percepción se nubla, la espada fracasa.

Aun así, la espada que mata es apenas la puerta inicial del Camino. Es necesaria para comprender la naturaleza del conflicto, pero no su culminación. Quien se queda en este nivel permanece atado a la violencia y no ha alcanzado la libertad interior.

La segunda enseñanza comienza cuando el guerrero comprende que existe una espada que, pudiendo destruir, también puede preservar. Y que la verdadera victoria, en muchos casos, consiste en evitar que la violencia nazca.

La espada que da la vida. (*Katsujin-ken* – 活人剣)

La espada que da la vida es superior a la espada que mata. En la primera enseñanza, el guerrero comprendió la naturaleza del peligro y el modo correcto de cortar. Pero esa comprensión, aunque necesaria, sigue perteneciendo al nivel más bajo del Camino: allí donde la espada hiere y destruye, todavía existe ignorancia. Allí donde el conflicto se resuelve con la muerte, aún no se ha alcanzado la raíz del *heihō* (兵法).

La verdadera espada es la que protege. Su propósito no es destruir, sino impedir que la violencia surja innecesariamente. El guerrero que domina esta enseñanza percibe el peligro antes de que tome forma, disuelve la intención hostil antes de que se exprese y evita la desgracia no solo para sí mismo, sino para todos los implicados.

Cuando hablamos de “dar la vida”, no nos referimos a perdonar caprichosamente. Significa actuar de tal modo que la presencia del guerrero restaure el orden sin necesidad de destruir. Un solo gesto, una palabra exacta, un movimiento preciso o incluso la sola postura pueden devolver al otro su claridad y evitar que el mal avance.

El maestro compara esta espada con la medicina. El buen médico no espera a que la enfermedad devore el cuerpo: observa los signos tempranos, corrige los pequeños desequilibrios y restaura la armonía antes de que el peligro se manifieste. Del mismo modo, el guerrero percibe la raíz del conflicto en su origen y la disuelve antes de que requiera ser cortada.

La espada que da la vida surge de un espíritu inmóvil. El guerrero no se precipita ni se deja arrastrar por el miedo, la ira o el deseo de demostrar habilidad. Su mente observa el movimiento del otro y ve su corazón. Cuando detecta que la intención hostil aún no ha madurado, actúa para detenerla mediante la palabra, el gesto, la mirada o la presencia.

Quien domina esta enseñanza tiene una visión más amplia que la del mero combatiente. No considera únicamente su propia victoria, sino el destino de todos: los inocentes, los subordinados, los cercanos y también los adversarios. Sabe que matar puede resolver un instante, pero no resuelve la raíz profunda del conflicto. La violencia perpetúa la violencia; la claridad la disuelve.

La espada que da la vida exige una comprensión profunda de la intención del otro. No basta observar sus movimientos: hay que mirar su espíritu. Cuando el corazón del adversario está confundido o arrastrado por sus pasiones, el maestro lo corrige sin destruirlo. Su acto no es indulgencia, sino responsabilidad.

Esta corrección no siempre es suave. A veces, el guerrero debe detribar al adversario sin herirlo gravemente; otras, debe interrumpir su impulso; otras más, debe ocupar la posición favorable de modo que el otro se vea obligado a desistir. Pero incluso en estas acciones físicas, el propósito no es matar, sino devolver la lucidez.

El error común de quienes buscan dominar este nivel es creer que consiste en evitar todo conflicto. Pero evitar desde el miedo no es vir-

tud: es otra forma de confusión. La verdadera espada que da la vida actúa cuando debe actuar. Corrige con firmeza cuando la firmeza es necesaria, y con suavidad cuando la suavidad basta. El criterio brota de una mente que ve el orden del mundo, no de una preferencia personal.

En esta enseñanza, el guerrero comprende que la fortaleza no es lo contrario de la compasión. La compasión auténtica requiere firmeza: firmeza para detener el mal, para enfrentar la injusticia, para corregir sin vacilación. La espada que da la vida no es débil: es más fuerte que la espada que mata, porque su fuerza surge de un orden más profundo.

Cuando el maestro actúa, quienes lo observan sienten calma. Su presencia disipa la confusión y restablece la armonía. No porque imponga autoridad mediante la violencia, sino porque su espíritu no está dividido. La claridad de su mente es percibida por los demás, y esto ordena aquello que estaba disperso.

El guerrero que domina esta espada vive sin arrogancia. No se enorgullece de evitar la muerte, pues sabe que el mérito no está en él, sino en el Camino. Actúa con naturalidad, sin buscar recompensa. Su propósito no es ser admirado, sino preservar la vida y mantener la armonía.

Cuando este nivel se alcanza, el conflicto disminuye. Cuando se olvida, la violencia surge. Así, la espada que da la vida se convierte en el puente hacia la enseñanza más alta: la espada que no necesita ser desen vainada.

Sin espada. (*Mutō* – 無刀)

La enseñanza de “sin espada” es la culminación del *heihō* (兵法). En este nivel, la espada deja de ser un arma para convertirse en una comprensión directa del mundo y del propio espíritu. Allí donde la espada que mata aún actúa dentro del conflicto, y donde la espada que da la vida lo corrige desde su raíz, *mutō* lo disuelve incluso antes de que exista.

Quien alcanza este estado no depende del arma, ni de la fuerza, ni de la destreza. Su poder nace de una percepción tan clara que el con-

FLICTO pierde forma antes de manifestarse. La acción adecuada surge sin esfuerzo; el peligro, al no encontrar resistencia, no puede asentarse. El adversario, al enfrentarlo, siente que no hay oposición, que su intención se debilita y su voluntad se dispersa. Es como tratar de golpear el vacío.

El principio fundamental de *mutō* es la ausencia de resistencia interior. Cuando uno se aferra a su posición —ya sea a la idea de vencer, de resistir, de preservar o de imponerse— el adversario encuentra un punto de ataque. La rigidez de la mente crea rigidez en el cuerpo, y la rigidez abre aperturas. Pero cuando la mente está libre, no hay lugar donde el otro pueda penetrar.

La victoria en este nivel no proviene del enfrentamiento, sino de la no-colisión. El maestro se mueve sin oponerse, fluye con la acción del otro y la conduce suavemente hacia su disolución. El adversario siente que sus movimientos son absorbidos por la nada; su ataque pierde fuerza porque no encuentra un blanco firme. En *mutō*, la neutralidad vence sin luchar.

“Sin espada” no significa ausencia de acción, sino acción sin forma fija. El guerrero no anticipa ni evita, no ataca ni huye: simplemente actúa desde la claridad. Esta claridad surge de un estado en el que la mente no se divide entre “yo” y “otro”, entre “golpear” y “ser golpeado”. Desde esa unidad, el movimiento correcto aparece por sí mismo, sin esfuerzo y sin error.

La enseñanza afirma que quien se aferra a la espada es vencido por quien no se aferra a nada. Esto no es un recurso metafórico: quien depende del arma, depende también de las formas, de las técnicas, de las estrategias. Quien depende de la percepción, en cambio, está siempre antes que el adversario. Percibe la intención antes de que tome forma y la neutraliza antes de que se complete.

En “sin espada”, la lucha física pierde importancia. El verdadero combate se decide en el instante previo al movimiento. Si el maestro percibe la intención antes de que la intención sea consciente, su sola presencia modifica la acción del otro. El adversario vacila: su energía se dispersa y el conflicto se deshace. Así se cumple la afirmación de que el nivel más alto del *heihō* consiste en vencer sin fuerza.

Este estado no se logra mediante técnicas secretas, sino eliminando las obstrucciones del corazón. El miedo, la ira, el deseo de victoria, la prisa, la duda o el orgullo enturbian la mente y la vuelven dependiente de lo exterior. *Mutō* requiere una mente transparente, capaz de adaptarse sin ser arrastrada.

El guerrero que alcanza este nivel posee una estabilidad inalterable. En medio del peligro, su espíritu permanece imperturbable; en medio de la confusión, su percepción es clara. No se deja impresionar por amenazas ni seducir por oportunidades ilusorias. Ve el flujo, no el instante aislado; ve el todo, no la parte.

Cuando se encuentra frente a un adversario, no proyecta hostilidad ni muestra intención de lucha. Su neutralidad desconcierta. Su serenidad disuelve la resolución del otro. La espada que no se desenvaina es más poderosa que la espada que corta, porque actúa sobre la raíz del conflicto y no sobre su manifestación externa.

Esta enseñanza es también un camino para la vida. El hombre que vive sin espada vive sin tensiones innecesarias, sin resistencia interior, sin choques inútiles. Su paso es ligero, su palabra es mesurada y su mente está en reposo. No porque evite los problemas, sino porque no se aferra a ellos.

Mutō es, en esencia, libertad:
libertad frente al miedo,
frente al deseo,
frente a la violencia,
frente a la necesidad de imponerse.

Quien posee esta libertad actúa de manera perfecta en cualquier circunstancia.

Con esta enseñanza culmina el *Heihō Kadensho*:
cuando la espada desaparece, el espíritu se vuelve invencible.

Epílogo. La claridad como camino en tiempos de confusión

El *Heihō Kadensho* nació en un Japón que había dejado atrás la guerra, pero no la inquietud interior. Los samuráis ya no se enfrentaban a ejércitos enemigos, sino a algo más sutil y persistente: la dispersión del espíritu, la confusión del corazón, la pérdida de propósito. El peligro ya no provenía del filo de una espada, sino de la incapacidad de ver con claridad en medio de la paz.

En nuestro tiempo, ese desafío no ha desaparecido. Vivimos rodeados de estímulos, exigencias y tensiones invisibles que saturan la percepción y debilitan la presencia interior. La espada que mata —la reacción impulsiva, la agresividad, el miedo que se disfraza de fuerza— sigue viva. La espada que da la vida —la capacidad de corregir sin destruir, de actuar sin herir— sigue siendo un ideal difícil. Y la no-espada —ese estado donde el conflicto se disuelve antes de nacer— continúa siendo el mayor reto de la vida humana.

Lo que Yagyū Munenori enseñó a príncipes y gobernantes del período Edo conserva su poder hoy porque no depende del contexto militar, sino de la condición humana. Nos recuerda que toda violencia comienza como una confusión previa, que todo error nace en la mente antes de manifestarse en el cuerpo, y que toda acción verdaderamente justa brota de un corazón libre de fijaciones.

La conquista exterior —éxito, influencia, reconocimiento— es secundaria frente a la conquista interior: la victoria sobre el propio miedo, sobre el exceso de deseo, sobre la rigidez que nos ata a lo que creemos ser. El dominio real no consiste en imponerse a los demás, sino en no

ser arrastrado por las fuerzas desordenadas que surgen dentro de uno mismo.

El *Heihō Kadensho* invita a practicar esta lucidez. No propone técnicas secretas, sino un modo de estar en el mundo: ver antes de actuar, actuar sin tensión, moverse desde la claridad, no desde la reacción. En un tiempo donde el ruido es constante y la prisa se ha vuelto norma, esta enseñanza es más necesaria que nunca.

Quizá la mayor lección del tratado sea esta: cada uno de nosotros lleva una espada invisible, una espada que corta intenciones, decisiones y caminos. Podemos usarla para herir, para proteger o para disolver el conflicto antes de que aparezca. Podemos vivir atados a ella o podemos dejarla caer. Podemos luchar contra el mundo o podemos aprender a movernos sin resistencia.

Vivir “sin espada” no significa renunciar; significa no aferrarse. Significa actuar con claridad incluso cuando el entorno es incierto. Significa no convertirse en adversario de uno mismo.

Si este libro logra, aunque sea por un instante, que el lector vea con un poco más de nitidez, que actúe con un poco más de serenidad, que respire antes de reaccionar o que renuncie a un impulso innecesario, entonces su espíritu sigue vivo. Y en ese gesto silencioso —en esa no-espada— se revela la verdadera fuerza del Camino.

Notas sobre las fuentes

La presente traducción del *Heihō Kadensho* se ha realizado a partir de un trabajo comparativo entre diversas ediciones japonesas y las principales traducciones occidentales. Como base textual se empleó la edición de Iwanami Bunko, considerada la más filológicamente estable dentro del corpus del japonés clásico, cuyo aparato crítico permite identificar lecturas alternativas y resolver ambigüedades propias del estilo del siglo XVII. Este texto se cotejó con la versión en japonés moderno preparada por Watanabe Makoto para PHP, que clarifica giros arcaicos sin alterar la arquitectura conceptual del original. La confrontación entre ambas permitió establecer un eje de trabajo sólido desde el que reconstruir el sentido doctrinal de cada sección.

En paralelo, se consultaron sistemáticamente las traducciones inglesas de referencia, especialmente la realizada por William Scott Wilson (*The Life-Giving Sword*) y la de Thomas Cleary (*Soul of the Samurai*). Aunque sus interpretaciones difieren en matices filosóficos y en la elección terminológica, su lectura conjunta ofrece un marco útil para comprender los pasajes donde convergen *heihō*, psicología del combate y pensamiento zen. Estas versiones no se adoptaron como modelo, pero sí funcionaron como espejos críticos que permitieron comprobar consistencia conceptual, detectar posibles interferencias culturales y evitar soluciones de traducción que alteraran el sentido original.

Las ediciones en castellano actualmente disponibles fueron igualmente revisadas, no para establecer dependencias, sino para situar esta traducción dentro de la tradición hispanohablante. Su consulta ayudó a identificar decisiones terminológicas consolidadas —como *espada que da la vida* o *no-espada*— y a evaluar la pertinencia de mantener o renovar ciertos términos. Sin embargo, se optó por un enfoque independien-

te, retornando siempre al japonés para definir el significado preciso de expresiones técnicas como *maai*, *mushin*, *katana no kokoro* o *kokoro no utsuroi*, cuyo valor doctrinal excede las soluciones simplificadas que a veces aparecen en otros idiomas.

Uno de los aspectos más delicados de la traducción fue el tratamiento del japonés clásico, un registro donde la sintaxis elíptica, la economía verbal y la ambivalencia semántica permiten múltiples interpretaciones. Para resolver estos pasajes se aplicó un criterio doble: por un lado, fidelidad conceptual estricta respecto al texto fuente; por otro, claridad expresiva en castellano sin añadir explicaciones ajenas al estilo de Munenori. Cuando la literalidad atentaba contra la comprensión, se prefirió una reformulación que preservase el contenido doctrinal antes que los accidentes gramaticales. Cada intervención se apoyó en la comparación entre ediciones japonesas, evitando decisiones arbitrarias.

En los segmentos donde Munenori dialoga de manera implícita con la tradición zen —especialmente con Takuan Sōhō y su *Fudōchi shin-myōroku*— se procuró mantener el tono de sobriedad conceptual propio de ambos. Las referencias al vacío, a la mente sin fijación o al ritmo interior del adversario se tradujeron atendiendo tanto a la semántica del japonés como al marco filosófico que las sostiene. Cuando un término adquiría capas doctrinales imposibles de traducir en una sola palabra, se optó por mantenerlo en su forma romanizada y glosarlo inicialmente, permitiendo que el lector siga su trayectoria conceptual a lo largo del texto.

El resultado final aspira a ofrecer una versión que respete la precisión del original y, al mismo tiempo, permita al lector contemporáneo acceder a su profundidad sin obstáculos lingüísticos. Más que trasladar palabra por palabra, esta traducción busca transmitir la manera en que Munenori piensa: la claridad como método, la percepción como núcleo de la acción y la espada como metáfora del gobierno interior. Si la voz del maestro llega al lector con nitidez, si el ritmo de sus imágenes se percibe sin opacidad, puede afirmarse que el trabajo de traducción ha cumplido su cometido fundamental.

Referencias

Fuentes primarias (ediciones japonesas)

Yagyū, M. (1985). *兵法家伝書: 付新陰流兵法目録事* (Watanabe, I., Ed.). Iwanami Shoten.

Yagyū, M. (2012). *新訳 兵法家伝書* (Watanabe, M., Trad. y Ed.). PHP Kenkyūjo.

Traducciones

Traducciones al inglés

Yagyū, M. (2012). *The life-giving sword: Secret teachings from the house of the shogun* (Wilson, W. S., Trad.). Shambhala Publications.

Cleary, T. (2014). *Soul of the samurai: Modern translations of three classic works of Zen & Bushido*. Tuttle Publishing.

Traducciones al castellano consultadas

Yagyū, M. (2023). *Heiho Kadenso. El camino de la espada: Estrategias de samurai para el día a día* (Tucci Romero, B., Trad.). Ediciones Librería Argentina.

Yagyū, M. (s. f.). *Escritos familiares sobre el arte de la estrategia* (Tucci, N., Trad.). Editorial Vacuo.

Estudios y contexto histórico-doctrinal

Hurst, G. C. (1998). *Armed martial arts of Japan: Swordsmanship and archery*. Yale University Press.

De Lange, W. (s. f.). *Estudios sobre Yagyū Shinkage-ryū y la cultura bushi* [Serie de monografías]. Japan Library.

- Takuan, S. (2012). *The unfettered mind: Writings of the Zen master to the sword master* (Wilson, W. S., Trad.). Shambhala Publications.
- Autor desconocido. (s. f.). *Yagyū Munenori y el Heihō Kadenshō* [Ensayo en PDF]. Kenshinkan Badajoz.

BUDŌ SHOSHINSHŪ

Manual del principiante en el camino del guerrero

Daidōji Yūzan

Prólogo

Daidōji Yūzan y el Budō shoshinshū: ética, disciplina y el espíritu del guerrero

El *Budō shoshinshū* (武道初心集), atribuido a Daidōji Yūzan y compuesto entre finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, es uno de los testimonios más lúcidos de la transformación del ideal samurái durante el periodo Edo. En una época en la que el Japón del shogunato Tokugawa había puesto fin a los siglos de guerra civil, la clase guerrera se enfrentaba a una paradoja inédita: seguir siendo samurái en un país donde ya no había batallas. La espada, antaño herramienta cotidiana, se convertía en símbolo; el combate real era sustituido por la administración, el protocolo y la vida doméstica. En ese clima de estabilidad y riesgo moral, Yūzan sintió la necesidad de preservar la esencia espiritual del guerrero mediante un manual destinado a las generaciones jóvenes, advirtiéndoles sobre las tentaciones del lujo, la complacencia y el olvido de su misión ancestral (López-Vera 2016; Gaskin y Hawkins 2008).

Daidōji Yūzan (1639–1730), también conocido como Taira Shigesuke, formó parte de una generación de eruditos profundamente influenciados por el neoconfucianismo, doctrina que había sido adoptada como base intelectual del Estado Tokugawa. Si bien su biografía permanece en penumbra —como ocurre con muchos consejeros, pedagogos y estudiosos del periodo—, su obra revela una formación sólida en la ética de Zhu Xi y en los principios de rectitud (*gi*), sinceridad (*makoto*) y piedad filial (*kō*). Estos conceptos, integrados en el universo cultural del samurái, estructuran el discurso moral del *Budō shoshinshū*, orientado más a la formación del carácter que al dominio de técnicas marciales (Daidōji 2006; Nitobe 2011).

Dentro de la literatura del *bushidō*, el texto ocupa un lugar singular. Mientras el *Hagakure* de Yamamoto Tsunetomo exalta la disponibilidad inmediata a morir y el *Dokkōdō* de Miyamoto Musashi propone una vía de extrema renuncia, el *Budō shoshinshū* adopta una postura equilibrada y esencialmente práctica. Para Yūzan, la virtud no es un arrebato heroico ni una abstracción metafísica, sino un hábito cotidiano. Así, exhorta a vivir con frugalidad, mantener el orden del hogar, ejercitarse la cortesía, elegir amistades virtuosas, gobernar la palabra, entrenar con constancia y cultivar el estudio. Su visión del guerrero es profundamente humana: un hombre que debe dominarse a sí mismo antes de aspirar a servir a su señor y a su clan con dignidad.

Un rasgo notable de la obra es su dimensión económica. La paz prolongada del Edo había puesto en tensión las finanzas de los samuráis, dependientes de estipendios rígidos y del oneroso sistema de residencias alternas (*sankin kōtai*). Yūzan, consciente de ello, advierte sobre el gasto excesivo, el endeudamiento y la búsqueda de lujos impropios. Su insistencia en la austeridad no solo responde a un ideal moral, sino también a la necesidad práctica de evitar la ruina familiar y el descrédito social. Como ha señalado Aguilar Gómez (2018), el manual puede leerse incluso como una «vía de la economía», donde administrar el hogar es parte inseparable del honor del guerrero.

Desde una perspectiva filológica, el *Budō shoshinshū* presenta un estilo conciso, severo y admonitorio, característico de los manuales éticos del Japón clásico. El término *shoshin* (初心), “corazón inicial”, remite a la disposición humilde y receptiva del aprendiz, una actitud espiritual imprescindible en el *budō*. El texto circuló originalmente en copias manuscritas y versiones resumidas, por lo que su estructura no responde a una división rígida en capítulos; la organización moderna, incluida en esta edición, busca facilitar la lectura sin alterar la esencia del pensamiento de Yūzan.

La vida del autor confirma la coherencia entre su discurso y su tiempo. Nacido pocas décadas después de la consolidación del régimen Tokugawa, Yūzan vivió en un Japón pacificado donde la legitimidad samurái dependía de su capacidad para encarnar la disciplina interior

y el orden social. Su figura se inscribe junto a la de otros grandes moralistas del guerrero, como Yamaga Sokō, pero su aportación es distinta: ofrece la guía concreta y cotidiana que debía acompañar a la teoría. Más que un estratega, fue un educador del carácter. Su longevidad —murió en 1730— y la difusión manuscrita de su obra indican que su influencia se extendió por múltiples clanes, convirtiéndose en referencia en escuelas de conducta y academias de formación samurái.

Hoy, Daidōji Yūzan ocupa un lugar central en los estudios del *bushidō* por su capacidad de sintetizar lo mejor de la tradición guerrera y el humanismo confuciano. La claridad de su mensaje, lejos de perder vigencia, resuena con fuerza en el presente. El *Budō shoshinshū* trasciende su contexto feudal y se convierte en un manual de disciplina interior aplicable a cualquier época: vivir con moderación, gobernar las pasiones, pensar antes de hablar, corregir los propios errores, cultivar la paciencia, ser prudente en las amistades, trabajar con constancia y enfrentar la muerte —inevitable para todos— sin temor y sin doblez. En tiempos de rapidez, ruido y fragmentación, la voz de Yūzan ofrece una sabiduría sobria y luminosa: “*Una vida recta exige vigilancia constante sobre el propio corazón.*”

Esta edición de Ediciones Clío busca preservar esa luz y ponerla al alcance del lector hispanohablante, respetando la severidad moral del texto original y su profunda belleza ética. No es solo un documento histórico, sino un espejo donde cada lector puede volver a examinar la forma en que vive, habla, actúa y se gobierna a sí mismo. Allí reside su poder perdurable.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial
<https://www.edicionesclio.com/>

Budō shoshinshū (武道初心集) Manual del Principiante en el Camino del Guerrero

1. Sobre la conducta fundamental del samurái

El hombre que ha nacido en la casa de un guerrero debe, ante todo, grabar profundamente en su corazón que su vida pertenece al servicio de su señor. Desde el momento en que un hombre entra en el mundo, su deber consiste en cumplir fielmente con aquello que le ha sido asignado por el cielo: y para un samurái, no hay tarea más elevada que servir con absoluta sinceridad al clan al que pertenece.

El guerrero debe adoptar como norma la disposición constante a poner su vida en juego. Si no está preparado a morir en cualquier momento, no podrá cumplir su deber, ni podrá mantener la rectitud en sus acciones. Quien teme por su vida no es apropiado para el servicio del señor, pues ante la menor dificultad abandonará el camino correcto.

El fundamento más alto del budō es esta resolución interior: “Ante todo, no aferrarse a la vida.” Solo aquel que ha trascendido la vacilación puede obrar con justicia, hablar con verdad y sostener su honor en toda circunstancia.

El hombre que se apega a comodidades, placeres o preocupaciones mundanas no podrá jamás considerarse digno del camino del guerrero. Quien vive en exceso, inevitablemente cae en la corrupción; quien busca el bienestar en lugar del deber, se aparta de la senda verdadera.

La conducta del samurái debe ser pura, íntegra y sin doblez. Incluso cuando nadie lo observa, debe mantener rectitud en sus pensamientos y acciones. La sinceridad es la raíz de todas las virtudes, y el guerrero que la pierde se ha destruido a sí mismo, aun si su cuerpo continúa vivo.

Por ello, quien desea iniciarse en el Camino del Guerrero debe comenzar por cultivar un corazón firme, dispuesto a soportar dificultades, y una voluntad que no vacile ante la muerte. Con tal espíritu, podrá afrontar todo acto de servicio con lealtad y serenidad.

2. Sobre la frugalidad y la moderación

El guerrero debe evitar el lujo, la extravagancia y el gasto innecesario. La vida de exceso debilita la fuerza del espíritu y hace que el hombre olvide su verdadero deber. Quien ha nacido en una casa samurái debe mantener siempre un corazón sencillo y una existencia moderada.

El lujo conduce a la pérdida de disciplina. Cuando el hombre se acostumbra al confort, su mente se entorpece, su cuerpo se vuelve indolente y su espíritu pierde firmeza. Así, ante un momento de necesidad, no podrá cumplir con lo que se espera de él. La austeridad es, por tanto, la raíz de la fortaleza.

El samurái debe vestir y alimentarse de manera apropiada, sin caer en ostentación ni buscar lo superfluo. El que desea agradar al mundo por medio de adornos o vanidades demuestra un corazón débil, incapaz de soportar el peso del deber. La apariencia sencilla revela un espíritu firme.

En el manejo del dinero, el guerrero debe actuar con prudencia. Aunque reciba estipendio de su señor, no debe confiarse en él para perseguir caprichos, sino administrarlo con moderación, pensando siempre en el sustento de su hogar y en evitar futuras dificultades. El que malgasta lo que tiene termina avergonzando a su familia y al clan.

Es igualmente importante evitar los malos hábitos: el juego, la bebida excesiva y las compañías perjudiciales. Quien se deja arrastrar por tales costumbres olvida el autocontrol, pierde respeto y termina por deshonrar su nombre. El samurái debe ser dueño de sí mismo en todo momento.

La verdadera riqueza del guerrero no está en los bienes que posee, sino en la pureza de su conducta y la fortaleza de su espíritu. La frugalidad es una virtud que protege al hombre de la corrupción interior, y mediante ella puede sostenerse firme incluso en tiempos difíciles.

En suma, la moderación en todas las cosas es el adorno más noble del samurái. La austeridad afianza la rectitud y prepara el corazón para cumplir fielmente con su deber.

3. Sobre la lealtad y la obediencia al señor

El deber supremo del guerrero es la lealtad. Desde el momento en que nace en una casa samurái, el hombre debe entender que su vida está consagrada al servicio de su señor. Esta lealtad no debe fluctuar con las circunstancias, ni debilitarse ante la conveniencia: ha de ser firme como una roca.

Obedecer al señor no significa simplemente cumplir órdenes, sino anticipar su voluntad y actuar conforme a ella con sinceridad. El guerrero verdaderamente leal mantiene siempre presente el honor del clan, y considera sus propios deseos como algo secundario frente al deber.

Quien sirve pensando en recompensas o beneficios personales no posee un corazón leal. El samurái debe actuar sin esperar gratitud, pues la esencia de la lealtad es el servicio desinteresado. Cuando un hombre busca reconocimiento, su espíritu se mancha con ambición.

Incluso si el señor no es perfecto, la lealtad del vasallo no debe vacilar. Criticar a quien se debe servir es una falta grave que destruye la armonía del feudo. Un buen guerrero corrige los errores mediante su propio ejemplo, no mediante murmuraciones.

La obediencia debe ser pronta y sincera. El que obedece con desgana o alberga resentimiento en su corazón carece del temple necesario para llamarse samurái. La verdadera obediencia nace de la comprensión de que el orden y la jerarquía son la base del camino del guerrero.

Hay ocasiones en que la vida o la muerte dependen de un mandato del señor. En tales momentos, el guerrero debe responder sin vacilación. El honor de un samurái consiste en aceptar su deber incluso cuando conduce a la muerte, pues nada es más vergonzoso que anteponer la vida al deber.

La lealtad, una vez quebrantada, no puede recuperarse fácilmente. Por ello, el hombre prudente guarda su corazón contra toda traición, por mínima que parezca, y se esfuerza en ser fiel en pensamientos, palabras y acciones.

Servir con rectitud es la más alta virtud del samurái. A través de la lealtad sostiene su honor, el honor de su familia y el de su clan.

4. Sobre la piedad filial y la conducta dentro del hogar

Antes de aspirar a servir correctamente a su señor, el guerrero debe aprender a gobernar su conducta dentro del hogar. La piedad filial es la raíz de todas las virtudes: quien no sabe honrar a sus padres y mayores difícilmente podrá ser leal en el servicio.

Un samurái debe respetar profundamente a su padre y a su madre, atender sus necesidades y escucharlos con humildad. No importa cuán altos sean sus logros en la vida militar; si descuida a sus progenitores, su honor queda manchado. La rectitud comienza por el trato hacia quienes le dieron la vida.

Debe esforzarse también por cultivar armonía dentro de su familia. Un hogar gobernado con rectitud fortalece el carácter del guerrero; uno gobernado con negligencia lo corrompe. La conducta firme del padre, la modestia de la madre y la obediencia de los hijos son pilares indispensables.

El samurái debe ser prudente en sus palabras y moderado en su carácter dentro del hogar. La ira, el desorden y el tono áspero son impropios de un hombre de armas. Si no puede gobernarse a sí mismo entre los suyos, ¿cómo podrá gobernar su espíritu en momentos de crisis?

El respeto hacia los ancianos del clan es igualmente necesario. Quien desprecia el consejo de los mayores muestra arrogancia y falta de sabiduría. Incluso cuando uno difiere en opinión, debe expresar su parecer con cortesía y humildad, pues así lo exige la armonía social.

En cuanto a la esposa e hijos, el samurái debe tratarlos con dignidad y rectitud. Una esposa fiel y de carácter firme es compañera del honor del guerrero; un hijo educado con disciplina continúa el nombre de la familia. La negligencia hacia ellos es una falta grave que trae vergüenza a generaciones futuras.

El guerrero debe recordar que su conducta en el hogar refleja su conducta en el servicio. La piedad filial, la modestia, la disciplina y la armonía doméstica son las raíces del budō. Quien no guarda rectitud en lo pequeño no podrá sostenerla en lo grande.

Así, antes de tomar la espada, el samurái debe enderezar su corazón en el seno de su propia casa.

5. Sobre la disciplina personal y el autodominio

El guerrero debe vigilar constantemente su propio corazón. El enemigo más difícil de vencer no es el adversario exterior, sino las pasiones que agitan la mente: la ira, la codicia, la pereza, la arrogancia. Si un samurái no puede dominarse a sí mismo, no podrá llamarse verdaderamente hombre de valor.

La disciplina personal comienza en la vida cotidiana. El guerrero debe levantarse temprano, ordenar sus asuntos con diligencia y evitar el ocio excesivo. La mente se debilita cuando el cuerpo se entrega a la comodidad. Cada día debe cultivarse como si fuera una preparación para la batalla.

En toda circunstancia, el samurái debe mantener serenidad. La ira es el veneno del guerrero: ciega el juicio, arruina la estrategia y lleva al deshonor. Incluso ante la provocación, debe conservar su compostura. El dominio del temperamento es una virtud más elevada que la victoria.

El deseo y la avaricia también corrompen el espíritu. Quien se deja llevar por el ansia de riqueza, mujeres, bebida o juegos no solo pierde su honor, sino que se vuelve esclavo de sus apetitos. El verdadero guerrero posee un corazón sencillo, libre de cadenas interiores.

La palabra es igualmente un campo para el autodominio. El hombre impetuoso habla sin pensar; el prudente mide sus palabras. El silencio oportuno es señal de sabiduría. Hablar con moderación permite evitar disputas innecesarias y preservar la dignidad.

En todos sus actos, el samurái debe examinar su corazón y corregirse sin demora. Si comete un error, debe reconocerlo y enmendarlo, pues el orgullo es un obstáculo para el crecimiento. Quien no admite faltas carece de profundidad en su carácter.

La verdadera fortaleza del guerrero no reside en su espada, sino en su capacidad de gobernarse a sí mismo. Sólo aquel que ha vencido sus pasiones puede avanzar sin temor por el camino del budō.

6. Sobre la rectitud en el hablar y el deber de la honestidad

El guerrero debe ser sumamente cuidadoso con sus palabras. La lengua puede sostener el honor o destruirlo. El samurái que habla con ligereza, exageración o falsedad deshonra su nombre y debilita la confianza que otros depositan en él.

La honestidad en el hablar es una virtud esencial. El guerrero debe decir únicamente lo que es verdadero y cumplir todo aquello que promete. Las palabras imprudentes son como flechas lanzadas sin propósito: una vez disparadas, no pueden retroceder. Por eso, antes de hablar, debe sopesarse si las palabras son justas y necesarias.

La calumnia, el chisme y la crítica oculta son actitudes indignas de un hombre de armas. Hablar mal de otros a sus espaldas revela cobardía, daña la armonía del clan y destruye amistades. El samurái debe abstenerse de tales vilezas y, en cambio, corregir con rectitud si observa una falta.

Cuando deba expresarse, el guerrero debe hacerlo con serenidad, sin arrogancia ni insolencia. Aun al reprender, debe mantener el tono justo, pues la rudeza innecesaria revela desorden interior. La cortesía en el hablar no es un signo de debilidad, sino de dominio de sí.

El silencio prudente es frecuentemente más valioso que un discurso innecesario. Un samurái debe saber cuándo hablar y cuándo callar. La palabra inútil debilita el espíritu; la palabra justa fortalece el ánimo y sostiene el deber.

El guerrero no debe participar en conversaciones frívolas o en bromas de mal gusto. Tales hábitos oscurecen el juicio y rebajan la dignidad. La conversación debe ser mesurada, edificante y adecuada al carácter de un hombre honorable.

Asimismo, el samurái debe evitar las promesas vanas. Comprometerse a algo que no puede o no desea cumplir es una falta grave. La palabra del guerrero debe ser tan firme como su espada: una vez dada, debe sostenerse incluso a costa de grandes sacrificios.

Decir la verdad, hablar con moderación y mantener la sinceridad en toda circunstancia es la vía para preservar el honor del guerrero. La rectitud en el hablar refleja la rectitud del corazón.

7. Sobre la cortesía y el comportamiento adecuado

La conducta del guerrero debe estar siempre adornada por la cortesía. La cortesía no es una simple formalidad: es la expresión exterior de un corazón disciplinado. Allí donde termina la cortesía, comienza el desorden del espíritu.

El samurái debe saludar con corrección, hablar con mesura y actuar con modestia. Incluso en los asuntos más comunes, los gestos deben ser ponderados y respetuosos. La arrogancia en la postura, en la mirada o en la palabra es impropia de un hombre que se ejercita en el Camino.

La cortesía nace de reconocer la dignidad en los demás. Tratando con los superiores, se debe reverencia; con los iguales, respeto; con los inferiores, benevolencia. Un guerrero que desprecia a los de menor rango demuestra ignorancia y pequeñez de espíritu.

En reuniones y banquetes, el samurái debe comportarse con compostura: no beber en exceso, no monopolizar la conversación ni mostrarse ruidoso. La sobriedad es señal de fortaleza interior. Un hombre que pierde el control frente al alcohol revela debilidad y deshonra su nombre.

Es esencial prestar atención a las normas de etiqueta del clan. El guerrero no debe entrar precipitadamente en una sala, ni sentarse de manera descuidada, ni interrumpir el discurso de otros. Cada acto, por pequeño que sea, debe reflejar educación y autocontrol.

La cortesía también exige moderación en la expresión de opiniones. Incluso si se piensa distinto, debe hablarse con prudencia para no herir a otros innecesariamente. El objetivo de la palabra no es la victoria, sino la armonía.

El guerrero debe rechazar la burla y las actitudes que humillan a los demás. Ridiculizar, provocar o mofarse de otro hombre es conducta mezquina, propia de espíritus inmaduros. El honor exige nobleza incluso en la discrepancia.

La cortesía no debe ser un adorno superficial, sino una disposición constante. Mantenerla incluso en momentos de tensión es signo de verdadero dominio de sí mismo. El samurái cortés fortalece su carácter y ennoblecen su entorno.

8. Sobre la prudencia en las relaciones y amistades

El samurái debe ser extremadamente cuidadoso al elegir sus amistades. La compañía que un hombre mantiene revela su carácter, y con el tiempo termina moldeándolo. Un guerrero no debe relacionarse con personas de conducta ligera, palabras vulgares o hábitos desordenados.

La amistad verdadera nace del respeto mutuo y del deseo de cultivar la virtud. El hombre de bien debe buscar compañeros que lo fortalezcan en el camino del deber, que corrijan sus faltas con sinceridad y que compartan un sentido del honor firme e inquebrantable. La amistad que solo busca entretenimiento o conveniencia es superficial y peligrosa.

Relaciones con gente dada al juego, la bebida desmesurada o la calumnia deben evitarse por completo. Quien convive con tales personas sin darse cuenta se contamina de sus actitudes; y quien convive sabiéndolo, demuestra tener un espíritu débil. La asociación con hombres dañosos termina arrastrando al deshonor.

También debe ser prudente el guerrero al establecer confianza. Incluso en las mejores amistades, no conviene hablar demasiado ni revelar lo íntimo de los propios asuntos. La palabra prudente mantiene la armonía; la palabra excesiva abre puertas al conflicto.

Es preciso evitar al hombre adulador. El adulador no sirve de apoyo verdadero: halaga para obtener beneficios y abandona cuando la adversidad llega. Mejor es un amigo recto que reprenda con honestidad, que un admirador falso que esconde la verdad detrás de sonrisas.

El guerrero debe saber reconocer la diferencia entre la amistad honorable y la familiaridad descontrolada. La excesiva confianza lleva al irrespeto, y el irrespeto conduce a la pérdida del decoro. Incluso entre amigos íntimos debe preservarse cierta gravedad propia del camino del samurái.

Con los inferiores y criados, el trato debe ser digno y justo: ni altanero ni indulgente en exceso. Ganar lealtad es más valioso que imponer miedo. Pero la bondad debe ir siempre acompañada de firmeza para no ser confundida con debilidad.

En suma, las relaciones del guerrero deben ser limpias, prudentes y elevadas. La virtud se fortalece con buena compañía; el desorden se agrava con malas alianzas. Quien cuida las amistades cuida su propio honor.

9. Sobre el estudio y el cultivo de la sabiduría

El guerrero no debe limitarse únicamente a las artes marciales. Si bien la destreza en las armas es esencial, el samurái verdaderamente completo cultiva también la mente y el espíritu. El estudio disciplinado es un pilar del Camino.

El conocimiento fortalece el juicio, ilumina la conducta y permite servir mejor al señor y al clan. Un guerrero ignorante puede ser valiente, pero su valentía sin discernimiento se vuelve peligrosa. La sabiduría permite actuar con precisión y evitar errores graves.

El samurái debe leer libros de historia, de estrategia, de ética y de conducta. Cada lectura amplia la visión, fortalece el pensamiento y enseña cómo actuaron los grandes hombres del pasado. La ignorancia, en cambio, encierra al hombre en sus propias limitaciones.

No es necesario aspirar a grandes erudiciones, pero sí cultivar un aprendizaje constante. Aunque la vida sea ocupada, debe reservarse siempre un tiempo para el estudio. Un poco cada día, con persistencia, supera a largos esfuerzos ocasionales.

El guerrero debe buscar maestros virtuosos y aprender de ellos con humildad. Incluso un hombre joven puede instruir si posee claridad; incluso un anciano puede equivocarse. Por eso, la mente del samurái debe ser flexible y atenta, sin caer ni en la arrogancia ni en la credulidad.

Aprender a escuchar es parte del estudio. Muchos hombres creen saberlo todo y, por ello, no avanzan. La verdadera sabiduría se encuentra en la capacidad de recibir consejo, aceptar corrección y reflexionar sobre los propios errores.

Estudiar no es solo acumular conocimientos, sino aplicarlos a la vida diaria. La lectura debe transformarse en acción: si un texto enseña rectitud, el guerrero debe practicarla; si enseña frugalidad, debe vivir austamente; si enseña valentía, debe preparar su corazón.

Sin estudio, la espada carece de dirección. Con sabiduría, el espíritu se afina y el camino se vuelve claro. El guerrero que cultiva su mente engrandece su carácter y sirve mejor a su señor.

10. Sobre la importancia del entrenamiento marcial

El guerrero debe ejercitarse constantemente en las artes de la guerra. Aunque cultive la virtud y la sabiduría, si descuida el entrenamiento físico y técnico, será inútil en el momento decisivo. El samurái debe mantener su cuerpo fuerte, su espíritu firme y su habilidad siempre afilada.

La práctica del sable es esencial. Aun un guerrero experimentado debe empuñar la espada con regularidad, para que el arma no se convierta en un adorno, sino en una extensión natural del brazo. La destreza se pierde con facilidad: basta un breve periodo de negligencia para que el cuerpo olvide lo aprendido.

Además del sable, es necesario ejercitarse en otras disciplinas marciales: el arco, la lanza, la equitación, el jiu-jitsu y las diferentes técnicas que el clan estime convenientes. El guerrero debe ser capaz de adaptarse a cualquier situación en el campo de batalla.

El entrenamiento debe hacerse con sinceridad. Practicar con desgana o sin atención no fortalece ni el cuerpo ni el espíritu. Es mejor una breve sesión realizada con plena concentración que muchas horas de esfuerzo vacío.

El samurái debe vigilar su postura, su respiración y su actitud interior. El que entrena pensando en exhibirse o en recibir elogios se aparta del Camino. El entrenamiento verdadero no busca la gloria externa, sino la superación del propio corazón.

El guerrero debe ser constante. Entrenar intensamente por un corto periodo y luego abandonar es propio de hombres débiles. La verdadera fuerza se construye día tras día, sin interrupción, aun cuando el cuerpo esté cansado o el ánimo decaiga.

También debe recordar que la técnica no es nada sin espíritu. Por ello, el entrenamiento debe cultivar la serenidad y la decisión. En combate, el samurái debe ser capaz de actuar sin vacilación, confiado en su habilidad y sin temor a la muerte.

La base del budō es esta: “Afila tu espada interior antes que tu espada exterior.”

Entrenando el cuerpo, se fortalece la acción. Entrenando la mente, se fortalece la decisión. Entrenando el espíritu, se fortalece el honor.

11. Sobre la valentía y el verdadero coraje

El valor del guerrero no consiste únicamente en arrojarse al peligro sin pensar. Ese tipo de atrevimiento es temerario y propio de hombres sin juicio. La verdadera valentía nace de un corazón firme, disciplinado y preparado para enfrentar la muerte con serenidad.

El samurái debe distinguir entre el coraje verdadero y el falso. El coraje falso es impulsivo: actúa cegado por la ira, la arrogancia o el deseo de mostrarse ante los demás. Ese hombre no es valiente, sino esclavo de sus emociones. Su acción carece de rectitud y termina dañándose a sí mismo y a los que lo rodean.

El coraje verdadero es reflexivo: conoce el peligro, lo acepta y actúa con pleno dominio de sí. El guerrero valiente es aquel que, incluso ante la posibilidad de morir, mantiene su compostura y obra conforme a su deber. Su valentía no es ruidosa ni espectacular; es silenciosa y firme.

El samurái debe cultivar un corazón que no vacile. En momentos de crisis, la indecisión es peor que el fracaso. Una acción pronta y sincera, aunque no sea perfecta, es superior a la vacilación interminable. El guerrero debe, por tanto, entrenar su mente para decidir con claridad.

La valentía no consiste en despreciar la vida, sino en no permitir que el apego a ella destruya la rectitud. Quien protege su honor incluso a costa de su existencia ha comprendido el Camino del Guerrero. Quien vive largo tiempo pero renuncia a la justicia no es mejor que un cobarde.

Es importante también evitar el miedo al fracaso. El hombre que teme equivocarse se vuelve inútil. El valor implica aceptar que los errores son parte del entrenamiento, y que la dignidad del guerrero se encuentra en levantarse de cada caída.

La verdadera valentía se manifiesta también en la vida diaria. Enfrentar el deber; corregir los propios errores; soportar dificultades sin

quejarse; hablar con honestidad cuando es necesario; mantener la calma ante la provocación: todo esto es parte del coraje.

La valentía no es un acto único, sino un hábito que se cultiva cada día. Quien camina con decisión y rectitud, aun en lo pequeño, tendrá fortaleza cuando llegue lo grande.

12. Sobre la paciencia, la resistencia y la fortaleza interior

El guerrero debe cultivar la paciencia como arma indispensable. En el Camino del Guerrero, muchos fracasos provienen de la impaciencia: actuar antes de tiempo, hablar sin pensar, rendirse frente a la dificultad o irritarse ante obstáculos menores. La impaciencia es señal de espíritu débil.

La fortaleza del samurái no se mide por la fuerza del brazo, sino por su capacidad de soportar las pruebas sin alterar su corazón. Quien no sabe resistir la adversidad no puede llamarse hombre de valor. La paciencia es el cimiento de toda disciplina.

Hay momentos en los que el deber exige soportar humillaciones, retrasos o dificultades sin expresar disgusto. Esto no significa cobardía, sino dominio de sí. El que se irrita fácilmente demuestra que su mente es aún inmadura y no está preparada para servir con dignidad.

El samurái debe aceptar que en la vida surgen situaciones que no se resuelven de inmediato. La perseverancia es la virtud que transforma lo imposible en posible. Quien desiste en los primeros intentos jamás logrará nada digno. La paciencia es compañera inseparable de la determinación.

Es importante también dominar la inquietud interior. Cuando la mente salta de un pensamiento a otro, incapaz de concentrarse, se debilita la voluntad. La serenidad se cultiva mediante la respiración, la disciplina y el hábito de enfrentar los asuntos uno por uno, sin precipitación.

El guerrero debe resistir el cansancio, el dolor y las molestias sin quejarse. La queja es voz de debilidad. Aunque el cuerpo sufra, el espíritu debe permanecer erguido. La capacidad de resistir dificultades sin mostrar abatimiento es una marca del verdadero samurái.

La paciencia también implica esperar el momento oportuno. En la estrategia, actuar demasiado pronto es tan dañino como actuar demasiado tarde. El guerrero prudente observa, calcula y espera el instante correcto sin perder firmeza ni determinación.

Cultivar la paciencia es afinar la espada interior. Con ella, el samurái puede enfrentar cualquier tormenta sin perder su centro. La verdadera victoria comienza por dominar la impaciencia y fortalecer el espíritu.

13. Sobre la humildad y el rechazo de la arrogancia

El samurái debe cultivar la humildad en todo momento. La arrogancia es enemiga del Camino del Guerrero: oscurece el juicio, alimenta el ego y conduce al hombre, tarde o temprano, a la vergüenza. Quien se exalta a sí mismo demuestra que su corazón es pequeño y su virtud insuficiente.

El guerrero verdaderamente valiente no presume de sus logros. Habla poco de sus hazañas, y aun las calla cuando es posible. El hombre que alardea de su habilidad revela inseguridad; el que se comporta con modestia inspira respeto y confianza.

Debe evitarse la actitud de despreciar a los demás o de considerarse superior. Todos los hombres poseen virtudes y defectos; nadie es perfecto. El samurái que mira por encima del hombro a sus compañeros demuestra ignorancia y falta de autoconocimiento.

La humildad no significa debilidad, sino fortaleza interior. Es el reconocimiento silencioso de que el aprendizaje nunca termina y de que uno siempre puede mejorar. El hombre arrogante ya no progresá, porque cree que nada le falta. El humilde avanza sin cesar.

El guerrero debe recibir correcciones con serenidad. Si un superior lo reprende, debe agradecer la oportunidad de corregirse. Si un igual le señala una falta, debe escucharlo sin irritarse. Si un inferior le señala un error verdadero, debe aceptarlo con más humildad aún. Quien rechaza las advertencias se dirige directamente al fracaso.

El orgullo mal entendido lleva a grandes desgracias. Cuando un hombre se deja llevar por la vanidad, toma decisiones precipitadas, se expone innecesariamente al peligro, se enemista con quienes lo rodean y

termina arruinando su nombre. La soberbia es un enemigo más destrutivo que cualquier adversario externo.

La mejor forma de evitar la arrogancia es recordar constantemente los propios defectos y limitaciones. El samurái debe examinarse a diario y preguntarse en qué ha fallado y qué debe mejorar. De esta reflexión surge la verdadera virtud.

El guerrero humilde es respetado, firme y difícil de derrotar. Mantiene una disposición abierta al aprendizaje y una serenidad que no puede ser perturbada por los elogios ni por las críticas. Esta modestia es una de las más altas virtudes del budō.

14. Sobre el control de la ira y la importancia de la calma

La ira es uno de los mayores enemigos del guerrero. Un solo instante de furia puede destruir años de disciplina. El samurái que se deja llevar por la cólera pierde la claridad del juicio, habla de manera imprudente y actúa con temeridad. La ira es una forma de derrota interior.

Para evitarla, es necesario examinar el corazón diariamente. Preguntarse qué situaciones provocan irritación y por qué. Quien conoce las raíces de su enojo puede desactivarlo antes de que surja. Quien no se observa a sí mismo está condenado a repetir los mismos errores.

El hombre iracundo se vuelve esclavo de los demás, pues cualquiera puede perturbarlo con una palabra o un gesto. El verdadero guerrero debe ser dueño de su ánimo. Su espíritu debe permanecer firme ante la provocación, igual que una montaña que no se altera por el viento.

Si en algún momento la ira se despierta, el samurái debe contenerla de inmediato. Respirar profundamente, retirarse por un instante, guardar silencio: estas acciones evitan grandes desastres. Es preferible soportar una afrenta a cometer un acto que luego no pueda corregirse.

El que responde con calma mantiene su honor intacto. La serenidad es signo de gran fortaleza interior. No es valiente quien estalla en furia; valiente es quien domina su corazón aun cuando es insultado o tratado con injusticia. La paciencia es hermana del coraje.

El guerrero también debe evitar a quienes alimentan su ira: los provocadores, los maledicentes, los que disfrutan creando conflictos. Asociarse con ellos es peligroso. El samurái debe preferir la compañía de hombres tranquilos y sensatos, que fortalecen su espíritu en lugar de perturbarlo.

Es importante recordar que la ira generalmente surge del orgullo. Si un hombre se humilla a sí mismo, no se irrita ante las palabras ajenas. Si un hombre se valora demasiado, cualquier pequeña falta lo enciende en cólera. Por eso, controlar el ego es también controlar la furia.

La calma es la condición necesaria para tomar decisiones correctas. En batalla, sereno; en servicio, sereno; en la vida diaria, sereno. Así avanza el guerrero por el Camino, con un espíritu firme e inalterable.

15. Sobre la prudencia al hablar de asuntos ajenos y el deber de la discreción

El samurái debe ser extremadamente cuidadoso al tratar asuntos de otras personas. Hablar sobre lo que no nos concierne, divulgar secretos o comentar asuntos privados es una falta grave que revela ligereza de carácter y una mente desordenada.

Un guerrero digno jamás traiciona la confianza que otros depositan en él. Si alguien comparte un asunto personal, debe guardarlo con absoluto silencio, incluso si la relación entre ambos cambia con el tiempo. La palabra revelada no puede volver atrás, y su irresponsabilidad puede causar daños irreparables.

La mayoría de los conflictos entre hombres nacen de la lengua. Una opinión imprudente, un comentario fuera de lugar o una interpretación mal hecha puede destruir amistades, alterar la armonía del clan y generar enemistades innecesarias. Por esta razón, el samurái debe hablar poco y escuchar mucho.

Es esencial no entrometerse en discusiones familiarmente ajenas, ni tomar partido sin necesidad. El que interviene sin haber sido llamado demuestra falta de autocontrol y deseo de mostrarse importante. El guerrero prudente sabe cuándo hablar y cuándo permanecer al margen.

También debe evitarse repetir rumores. El rumor es una flecha lanzada sin saber a quién herirá. Un hombre honorable no presta oídos a

habladurías, y menos aún las transmite. Si una información no es cierta, es dañina; si es cierta pero privada, también es dañina. Nada bueno nace del rumor.

Cuando deba transmitirse un mensaje o encargo, debe hacerse con exactitud, sin añadir ni quitar. Alterar las palabras de otro es una falta de sinceridad. El samurái debe ser un mensajero fiel, pues de ello depende la confianza entre las personas.

La discreción es una forma de sabiduría. Saber guardar silencio cuando corresponde es señal de un espíritu disciplinado. El guerrero que domina su lengua domina también su corazón y mantiene su honor intacto.

Así, la prudencia en el hablar y el respeto por los asuntos ajenos son pilares fundamentales del Camino. El samurái que actúa con discreción siembra armonía y evita muchos males.

16. Sobre la moderación en la comida y la bebida

El samurái debe ser cuidadoso con sus hábitos de alimentación. Comer en exceso debilita el cuerpo, entorpece la mente y vuelve pesado el espíritu. Del mismo modo, quien bebe sin medida pierde el control de sus acciones y se expone a la vergüenza. La intemperancia es enemiga del Camino del Guerrero.

El guerrero debe comer para nutrir el cuerpo, no para satisfacer el deseo. Los excesos en la comida generan languidez y pereza, impidiendo actuar con prontitud en momentos de necesidad. Así como la espada debe mantenerse afilada, el cuerpo debe mantenerse ligero y preparado.

En cuanto a la bebida, es aún más peligrosa que la gula. El hombre que se embriaga pierde la dignidad y se convierte en objeto de burla. En estado de embriaguez puede revelar secretos, hablar imprudentemente, causar conflictos o herir a otros sin intención. Nada destruye más rápido el honor que la falta de control en la bebida.

El guerrero debe conocer su límite y detenerse antes de sobrepasarlo. En reuniones o banquetes, debe beber con moderación, sin dejarse arrastrar por la presión de los demás. También debe evitar el ambiente de las tabernas donde predominan la risa ruidosa, el desorden y la conducta vulgar.

La sobriedad fortalece el carácter. El samurái que conserva claridad mental incluso en celebraciones demuestra superioridad espiritual. Su conducta inspira respeto, mientras que el hombre ebrio inspira únicamente lástima.

Debe recordarse que la disciplina comienza en lo cotidiano. Quien no puede dominar su apetito difícilmente podrá dominar sus emociones en un momento de crisis. Al controlar la comida y la bebida, el guerrero entrena la voluntad y prepara su corazón para enfrentar cualquier dificultad.

La moderación, en todas sus formas, es un escudo contra el desorden y la debilidad. El samurái sobrio y templado puede caminar recto sin vacilar, sosteniendo su honor en cada paso.

17. Sobre la preparación para la vejez y la importancia de vivir con mesura

El guerrero debe prever la llegada de la vejez. La juventud no dura para siempre, y quien vive sin moderación en sus años vigorosos sufrirá grandes dificultades en el futuro. Por ello, el samurái prudente cultiva hábitos que le permitan sostenerse incluso cuando sus fuerzas disminuyan.

Una vida de excesos desgasta el cuerpo antes de tiempo. Quien bebe, juega o se entrega a placeres sin medida roba años de su propia existencia. El guerrero debe evitar tales hábitos, pues no sólo debilitan su salud, sino también su disciplina, su carácter y su honor.

El hombre sabio administra sus recursos con mesura. Aun si recibe un estipendio generoso, no debe gastar todo lo que tiene pensando que el mañana será igual que hoy. La fortuna es inestable, los tiempos cambian y los hombres envejecen. El derroche juvenil conduce al sufrimiento en la madurez.

El guerrero debe cultivar una rutina sobria: descanso adecuado, alimentación moderada, ejercicio constante y estudio continuo. Así asegurará que, incluso con el paso de los años, su espíritu permanezca firme y su juicio claro.

En la vejez, la mente puede volverse rígida si el hombre no la ha nutrido con sabiduría. Por eso es esencial mantener la lectura, la reflexión y

la observación atentas. Un cuerpo debilitado puede ser compensado por un espíritu lúcido, pero un espíritu debilitado no tiene remedio.

El guerrero debe evitar convertirse en una carga para los suyos. Para ello, debe vivir con disciplina y previsión desde la juventud. El que envejece con orden y dignidad inspira respeto; el que envejece con negligencia inspira lástima.

La vejez también exige humildad. A medida que los años pasan, debe abandonar gradualmente las tareas que requieren fuerza física, y dedicarse a instruir a los jóvenes con su experiencia. El anciano que pretende mantener el protagonismo revela apego y falta de sabiduría.

Prepararse para la vejez es, en realidad, prepararse para vivir bien. Quien vive con mesura y rectitud desde la juventud recorrerá el camino sin arrepentimientos cuando los años se acumulen sobre sus hombros.

18. Sobre la manera correcta de aconsejar y reprender

El guerrero debe saber ofrecer consejo con prudencia y reprender con justicia. Aconsejar sin reflexión puede causar más daño que beneficio, y reprender sin moderación puede humillar y destruir el espíritu del otro. La rectitud en la palabra debe ir siempre unida a la compasión.

Antes de aconsejar, el samurái debe examinar si realmente posee entendimiento suficiente del asunto. Dar opiniones sin conocimiento demuestra arrogancia. Aconsejar solo para parecer sabio es una falta grave. El hombre verdaderamente sabio habla solo cuando puede aportar claridad y cuando su palabra será útil.

Del mismo modo, no debe reprender movido por la ira. La reacción hecha desde la emoción es violenta y carece de justicia. El guerrero debe esperar a que su ánimo esté sereno antes de corregir a otro. Solo así sus palabras serán equilibradas y podrán ser recibidas con respeto.

Cuando un hombre comete un error, debe corregírselo con discreción. Hacerlo delante de otros genera vergüenza innecesaria y puede endurecer su corazón. La corrección debe buscar el bien del corregido, no la satisfacción del que reprende.

El samurái debe recordar que todos los hombres tienen defectos. Al reprender, debe hacerlo con humildad, consciente de que él mismo también puede caer en faltas semejantes. La corrección arrogante no inspira obediencia, sino resentimiento.

También debe evitar el silencio culpable. Si un amigo o compañero se extravía, no es virtud callar por comodidad. Guardar silencio ante el error ajeno es una forma de abandono. El consejo dado a tiempo puede salvar a un hombre de grandes desgracias.

Sin embargo, el guerrero debe medir la oportunidad. Un consejo dado cuando la mente del otro está cerrada es inútil; una reprensión hecha cuando el corazón está alterado solo incrementa el conflicto. El momento adecuado es parte esencial de la sabiduría.

Quien sabe aconsejar y reprender con equilibrio fortalece la armonía dentro del clan, preserva amistades y cultiva el honor. La rectitud sin compasión se vuelve dureza; la compasión sin rectitud se vuelve debilidad. El samurái debe mantener ambas en perfecta unión.

19. Sobre la responsabilidad en la gestión del hogar y los asuntos domésticos

Aunque el guerrero dedique su vida al servicio del señor, no debe descuidar la administración de su propio hogar. Un samurái incapaz de gobernar sus asuntos domésticos difícilmente podrá cumplir grandes deberes en tiempos de crisis. La disciplina comienza siempre por lo cercano.

El guerrero debe manejar los recursos de su casa con orden y previsión. No debe gastar más de lo que posee, ni dejarse llevar por deseos innecesarios. El hogar mal administrado conduce inevitablemente a deudas, conflictos y vergüenza. Quien no sabe sostener su casa no puede sostener su honor.

La relación con la esposa y los hijos debe regirse por la rectitud y la responsabilidad. La esposa es compañera en el cumplimiento del deber y guardiana del hogar. El samurái debe tratarla con dignidad y orientar su conducta con firmeza y serenidad. Una esposa virtuosa fortalece la casa; una esposa indisciplinada la destruye.

A los hijos debe educárseles con equilibrio: demasiada dureza los vuelve resentidos; demasiada indulgencia los vuelve débiles. El padre samurái debe enseñarles frugalidad, obediencia, cortesía y respeto por los ancianos. La semilla de la virtud se planta en la infancia; sin esa raíz, el carácter no florece.

El guerrero debe vigilar que los sirvientes actúen con lealtad y corrección. Tratar a los criados con justicia es signo de virtud. Sin embargo, nunca debe permitir familiaridades indebidas ni descuido en sus tareas. La bondad sin autoridad lleva al desorden.

También debe mantener la casa libre de ociosidad y vicios. El hogar debe ser un lugar de calma, modestia y disciplina. Las visitas frecuentes de hombres ociosos, las reuniones tardes y las conversaciones frívolas destruyen la armonía y perturban el espíritu.

El guerrero prudente organiza sus bienes, ordena sus documentos, cuida sus herramientas y mantiene cada cosa en su lugar. Este orden exterior refleja el orden interior. La negligencia en lo pequeño se convierte con el tiempo en negligencia en lo grande.

Sostener el hogar con rectitud es parte del honor del samurái. Su casa es la raíz de la que brota su conducta pública. Un hogar bien gobernado es señal de un espíritu firme y disciplinado.

20. Sobre la muerte y la resolución final del guerrero

La enseñanza suprema del Camino del Guerrero es la preparación para la muerte. Desde su juventud, el samurái debe acostumbrar su corazón a aceptar que la vida es transitoria y que en cualquier momento puede ser llamado a entregar su existencia por su señor y su deber. Esta resolución no debe ser momentánea, sino constante.

Quien teme la muerte no puede cumplir plenamente su responsabilidad. La mente dominada por el miedo vacila en momentos decisivos, se aflige por asuntos insignificantes y se aferra a deseos que enturbian la rectitud. El guerrero debe extirpar ese temor de su corazón mediante la reflexión diaria y la disciplina del espíritu.

Aceptar la muerte no significa buscarla de manera imprudente. El coraje temerario y la resolución verdadera son cosas distintas. El prime-

ro nace de la pasión; la segunda nace de la claridad. El buen samurái no arroja su vida sin propósito, sino que se dispone a perderla cuando el deber lo exige, de manera serena y correcta.

El guerrero debe meditar a diario sobre su propia finitud. Al despertar y al dormir, debe recordar que la vida pende de un hilo. Quien vive cada día como si fuera el último obra con sinceridad, evita la negligencia y mantiene su corazón limpio de arrepentimientos.

Aceptar la muerte también implica vivir sin doblez. El hombre que oculta malas acciones o palabras deshonestas teme ser descubierto, y ese temor lo consume. El guerrero que vive con rectitud no teme la muerte, porque no deja tras de sí nada vergonzoso.

El samurái debe resolver en su interior que, llegado el momento, su vida será entregada sin queja. Quien llora o se lamenta en el instante final revela apego excesivo y falta de entrenamiento espiritual. La muerte es inevitable para todos; el honor consiste en afrontarla de pie.

Sin embargo, la preparación para la muerte no debe entristecer el corazón. Más bien debe fortalecerlo. Saber que la vida es breve impulsa al guerrero a actuar con diligencia, servir con lealtad, cultivar la virtud y no perder el tiempo en lo que carece de valor. La conciencia de la muerte purifica la vida.

Así, el samurái que ha ordenado su espíritu, moderado sus deseos, corregido sus faltas y vivido de acuerdo con el deber puede enfrentar la muerte sin remordimiento. Este es el estado más elevado del Camino del Guerrero: vivir con rectitud y estar siempre preparado para partir.

Epílogo

La presente traducción del *Budō shoshinshū* (武道初心集) ha sido realizada a partir de ediciones japonesas en dominio público, complementadas con versiones críticas modernas y comparadas con traducciones inglesas reconocidas. Dado que el texto original se transmitió en diversas copias manuscritas entre los siglos XVII y XVIII, su estilo se caracteriza por la concisión, la severidad moral y el uso de estructuras propias del japonés clásico. El objetivo de esta edición es ofrecer un castellano fiel, claro y literariamente equilibrado, sin sacrificar la sobriedad que define la voz de Daidōji Yūzan.

La traducción se ha guiado por cuatro criterios esenciales. El primero es la fidelidad semántica: cada máxima ha sido reproducida procurando conservar el significado literal y moral del texto, evitando interpretaciones que suavicen su tono admonitorio. El segundo es la coherencia estilística: el original emplea un estilo directo, austero y sentencioso, propio de los manuales éticos del Japón feudal; esta edición intenta mantener ese carácter mediante un castellano depurado, sin giros excesivamente contemporáneos. El tercero es la transparencia filológica: cuando el japonés clásico emplea conceptos no equivalentes de manera exacta al español —como *gi* (rectitud), *makoto* (sinceridad) o *shoshin* (corazón inicial)—, se ha optado por soluciones que permitan conservar el sentido dentro del flujo del texto. El cuarto es el respeto a la estructura moral del original: aunque la división en capítulos utilizada aquí es moderna, responde a la organización interna del pensamiento de Yūzan y a su función pedagógica.

Se han evitado redundancias interpretativas que, aun bien intencionadas, pudieran desfigurar la voz del autor. Yūzan escribe con una claridad que no necesita adiciones: sus admoniciones sobre la frugalidad, la modestia, la disciplina doméstica, la vigilancia interior o la aceptación de la muerte están formuladas con una fuerza propia del pensamiento

neoconfuciano y de la experiencia moral del samurái del periodo Edo. La traducción, por tanto, aspira a ser un puente transparente entre la letra japonesa y el lector hispanohablante, sin intervenir en la intención pedagógica del autor.

Asimismo, se han respetado los matices culturales imprescindibles para la comprensión del texto. No se han occidentalizado conceptos como “señor”, “clan”, “honor” o “piedad filial”, pues forman parte de una cosmovisión jerárquica y ritualizada que constituía la columna vertebral del Japón Tokugawa. También se han conservado los términos asociados al *budō* y a la etiqueta samurái, dado que su traducción total implicaría perder referentes culturales centrales para la obra.

Esta edición, realizada para la colección Japón Clásico de Ediciones Clío, busca ofrecer al lector moderno una experiencia lo más cercana posible a la lectura tradicional del manual. Toda intervención ha sido mínima, intencional y justificada. La traducción no pretende reinterpretar a Daidōji Yūzan, sino permitir que su voz —serena, firme y exigente— llegue intacta a nuestra lengua.

El lector encontrará en estas páginas no solo un documento histórico, sino un espejo ético donde resuena una pregunta que trasciende siglos: ¿Somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos?

Referencias

- Aguilar Gómez, J. (2018). *Análisis del Código del Samurái de Daidōji Yūzan desde una perspectiva económica*. Revista de Fomento Social, 73(3–4), 457–483. <https://revistas.uloyola.es/rfs/article/view/1513>
- Daidōji, Y. (2006). *El código del samurái* (M. Portillo, Trad.). Barcelona, España: Kairós. <https://www.editorialkairos.com/catalogo/p/el-codigo-del-samurai>
- Gaskin, C., & Hawkins, V. (2008). *Breve historia de los samuráis*. Madrid, España: Nowtilus. <https://www.iberlibro.com/9788497631402>
- López-Vera, J. (2016). *Historia de los samuráis*. Gijón, España: Satori. <https://www.lacentral.com/lopez-vera-jonathan/historia-de-los-samurais/9788494468575>
- Nitobe, I. (2011). *El bushidō: El alma del Japón*. Palma de Mallorca, España: José J. de Olañeta. https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/10267/ka-buki_yoshida_ricardo_2011.pdf

HAGAKURE (葉隱)

Oculto entre las hojas

Yamamoto Tsunetomo
Tashiro Tsuramoto

Prólogo

El *Hagakure* (葉隱), que puede traducirse como “oculto entre las hojas”, se presenta como una compilación de reflexiones, anécdotas y máximas nacidas de las conversaciones mantenidas, a comienzos del siglo XVIII, entre el samurái retirado Yamamoto Tsunetomo (1659–1719) y su discípulo Tashiro Tsuramoto, en el dominio de Saga, en la isla de Kyūshū. Esta imagen de lo “oculto” sugiere un saber resguardado en la intimidad, lejos de la difusión indiscriminada, destinado en un principio a un círculo reducido de discípulos y funcionarios. Lejos de ser un tratado concebido de una sola vez, el texto se fue conformando a lo largo de varios años, aproximadamente entre 1709 y 1716, como resultado de un ejercicio de memoria, crítica moral y reflexión sobre la condición del guerrero en una época marcada por la paz prolongada del shogunato Tokugawa. Tsuramoto ordenó posteriormente este material en once libros, que circularon durante largo tiempo en forma manuscrita y de uso restringido dentro del propio dominio de Saga, sin pretensión inicial de difusión amplia ni carácter “oficial” como código de conducta.

Yamamoto Tsunetomo nació en 1659 en el dominio de Saga, una región de Kyūshū conocida, desde los inicios del régimen Tokugawa, por el rigor disciplinario y la dureza de sus linajes guerreros. Perteneciente a una familia de samuráis de rango medio, creció inmerso en las expectativas propias de su clase: servicio absoluto al señor feudal, sobriedad en el modo de vivir y estricta obediencia a las normas que regulaban la conducta del guerrero incluso en tiempos de paz. Desde joven fue formado en la lectura y la caligrafía, en las artes marciales y en los códigos éticos que la tradición confuciana, reelaborada en clave japonesa, había entrelazado con las prácticas samurái en una cultura de disciplina interior.

En su vida adulta sirvió al tercer señor del dominio de Saga, Nabeshima Mitsushige, un gobernante profundamente influido por el pensamiento confuciano y por un ideal de rectitud que marcaría la sensibilidad ética de Tsunetomo. Sin embargo, el contexto histórico en el que se desarrolló su existencia ya no era el de las guerras civiles, sino el de la estabilidad prolongada de la pax Tokugawa. Para muchos samuráis, esta paz obligatoria abrió una crisis de sentido: la identidad del guerrero se había construido durante siglos en torno al riesgo, el combate y la posibilidad de una muerte honorable, y ahora se veía confinada a funciones administrativas, cortesanas o burocráticas. En este horizonte se entiende mejor la tensión que recorre el *Hagakure* entre la nostalgia de un ideal guerrero y la constatación de una vida cotidiana pacificada, pero espiritualmente debilitada.

La muerte de Nabeshima Mitsushige en 1700 supuso para Tsunetomo un punto de inflexión. Fiel a una concepción extrema de la lealtad, deseaba seguir la antigua costumbre del *junshi* —el suicidio ritual para acompañar al señor en la muerte—, pero esta práctica estaba ya prohibida por las leyes del shogunato. Privado de la posibilidad de consumar lo que consideraba el gesto más alto de servicio, optó por retirarse del mundo y ordenarse monje budista, buscando en el retiro un espacio para pensar el sentido del deber y de la decadencia espiritual que percibía entre las nuevas generaciones de samuráis. Desde ese apartamiento del mundo, su mirada se tornó especialmente crítica hacia la complacencia, la búsqueda de comodidad y la pérdida de rigor que, a su juicio, contaminaban la vida del dominio.

Fue precisamente durante este retiro cuando, en conversación con su discípulo Tashiro Tsuramoto, dictó las reflexiones que más tarde se reunirían bajo el título de *Hagakure*. Aquellas enseñanzas, surgidas de la experiencia personal, el desencanto y la convicción de que “la vía del samurái” estaba siendo olvidada, se articularon como una tentativa de preservar un ideal en un contexto histórico que lo había vuelto innecesario e incluso incómodo. En este sentido, la biografía de Tsunetomo puede leerse como la de un hombre que lucha por mantener vivo un código de exigencia interior en un tiempo en el que la guerra ha dejado de ser el

horizonte inmediato de la existencia y en el que la clase guerrera corre el riesgo de convertirse en una élite acomodada y meramente ornamental.

El *Hagakure* no fue concebido como un libro unitario ni como un tratado sistemático. Se originó en múltiples conversaciones sostenidas entre Tsunetomo y Tsuramoto a lo largo de varios años. Consciente del valor ético de aquellas palabras y preocupado por lo que consideraba la relajación del carácter en *Saga*, Tsuramoto decidió transcribirlas y ordenarlas en once libros. La obra reúne anécdotas, máximas breves, comentarios sobre figuras ejemplares del pasado, relatos domésticos, observaciones sobre la gestión del hogar y del dominio, y meditaciones sobre la muerte, la lealtad, el honor y la disciplina. Esta diversidad de registros responde a su origen oral y a su configuración como conversación prolongada, más que a un diseño doctrinal previo. Lejos de ser un defecto, la heterogeneidad del *Hagakure* le confiere una vitalidad singular: el texto funciona como un “diario intelectual” de Tsunetomo, como el reflejo de una mente que piensa desde la tradición pero situada en plena crisis de sentido.

El propio título, “oculto entre las hojas”, alude tanto al carácter íntimo de estas enseñanzas como a las condiciones de su transmisión. Durante más de un siglo, el *Hagakure* circuló en copias manuscritas dentro del dominio de *Saga*, destinado a un círculo restringido de samuráis y funcionarios, sin vocación de convertirse en un código oficial de conducta para todo Japón. Solo a partir del siglo XX, en paralelo al interés por codificar el *bushidō* como “alma de Japón” y por construir una imagen unificada del ideal samurái, la obra comenzó a difundirse mediante ediciones impresas que la presentaban como una de las formulaciones más radicales de esa ética guerrera. Esta recepción moderna, que a veces ha instrumentalizado el texto con fines nacionalistas o militaristas, obliga a leer el *Hagakure* con cautela, distinguiendo entre su contexto local original y las reinterpretaciones posteriores.

En el plano temático, el *Hagakure* se articula en torno a varios ejes filosóficos. El primero de ellos es la muerte como fundamento de la decisión. La célebre tesis de que “el camino del samurái está en la muerte” no debe entenderse como apología del suicidio, sino como una pedagogía

de la resolución: solo quien ha aceptado plenamente la propia muerte puede actuar sin vacilaciones, liberado del cálculo utilitario y del apego que paraliza. La muerte, asumida como horizonte ineludible, relativiza todos los miedos y otorga firmeza al carácter; por eso, a ojos de Tsunetomo, el verdadero peligro no reside en morir, sino en vivir entre dudas e indecisiones.

Un segundo núcleo temático es la lealtad y el servicio como eje del sentido. La virtud del samurái no se define por una moral abstracta, sino por la capacidad de encarnar, en la práctica, el deber concreto contraído con su señor y con su comunidad. La lealtad absoluta no se concibe como servidumbre ciega, sino como una forma de integridad: la vida se juzga en función de la coherencia entre el compromiso asumido y las acciones realizadas. En este punto, el *Hagakure* propone una ética del vínculo y de la responsabilidad recíproca que contrasta con ciertos enfoques modernos centrados exclusivamente en el individuo aislado.

A ello se suma una crítica constante a la complacencia y a la pérdida de disciplina. Tsunetomo ve en su tiempo una decadencia moral marcada por la búsqueda de comodidad, la prudencia excesiva, el miedo al ridículo y la tendencia a posponer las decisiones difíciles. Frente a ello, reivindica la austeridad, la constancia y la disposición a actuar incluso cuando la razón —entendida como cálculo de conveniencia— parece recomendar la inacción. A su juicio, la verdadera cobardía consiste en dejarse paralizar por la duda y en renunciar a la acción por temor a equivocarse o a perder prestigio.

El *Hagakure* insiste también en la formación cotidiana del carácter. El ideal samurái no se expresa solo en la batalla, sino en gestos mínimos: levantarse temprano, cuidar la presencia personal sin ostentación, saludar con cortesía, moderar la palabra, cumplir con los deberes domésticos y administrativos, evitar la arrogancia y la vanidad, no abusar de los placeres. La obra puede leerse, así, como una pedagogía de la vida ordinaria en clave ética: el heroísmo se desplaza del campo de guerra al campo de la conducta diaria, donde se decide, a cada momento, si uno es fiel o no al ideal que profesa.

Finalmente, Tsunetomo otorga a la tradición un lugar central como

forma de resistencia moral. Observar las costumbres heredadas, recordar los ejemplos de los antepasados, mantener los rituales que estructuraron la vida de los guerreros en épocas anteriores no responde, en su perspectiva, a una nostalgia vacía, sino a la necesidad de preservar marcos de sentido que impiden la degradación del carácter. La tradición, entendida de este modo, no es inmovilismo, sino memoria activa: un conjunto de prácticas que permiten gobernarse a sí mismo y no dejarse arrastrar por las modas de la comodidad y la tibieza espiritual.

La presente edición en lengua española asume este origen histórico y textual como punto de partida. Su propósito es ofrecer al lector hispanohablante un texto depurado y filológicamente consistente, que respete la voz de Tsunetomo y la estructura miscelánea de la obra, al tiempo que hace visible su inserción en el contexto intelectual y político del Japón del periodo Edo. Se ha trabajado sobre la base de ediciones críticas y estudios especializados, con el objetivo de preservar tanto el rigor en la transmisión como la comprensión adecuada de las categorías éticas y culturales implicadas —lealtad, servicio, disciplina interior, aceptación de la muerte—, evitando lecturas simplificadoras o anacrónicas que reduzcan el *Hagakure* a un manual de autoayuda o a un simple “código de guerra”.

Fundación Ediciones Clío renueva, de este modo, su compromiso con la edición y divulgación de textos clásicos que contribuyan al conocimiento de las tradiciones intelectuales no occidentales y a la formación crítica de sus lectores. El *Hagakure*, leído a la luz de su génesis histórica y de su naturaleza fragmentaria, se presenta aquí no solo como manual ético del samurái, sino como documento privilegiado para el estudio de la cultura guerrera japonesa y de las transformaciones de la mentalidad samurái en un tiempo en que la guerra había dejado de ser el horizonte inmediato de la experiencia.

Libro I

1. Se dice que el camino del samurái está en la muerte. Si comprende esto plenamente, podrá seguir la vía sin desviarse. Cuando llegue el momento decisivo, no se debe razonar demasiado: basta con avanzar, aun si se sabe que no se alcanzará el objetivo. Tal disposición es la esencia del servicio.

2. Un hombre que vive temiendo el juicio de los demás no puede considerarse un guerrero. La opinión ajena es como el viento: cambia sin fundamento. La rectitud reside en actuar conforme al deber propio, incluso si otros no lo comprenden.

3. He oído decir que, cuando se enfrenta una dificultad grave, lo mejor es decidir de inmediato. La vacilación corroerá el espíritu y debilita la intención. En momentos de riesgo, un corazón firme vale más que diez estrategias.

4. El guerrero debe ejercitarse en las cosas pequeñas. Quien no es capaz de ordenarse en los detalles, no podrá mantenerse firme cuando llegue la gran prueba. La disciplina comienza en la vida diaria: en la manera de hablar, de caminar, de escuchar y de cumplir cada tarea.

5. La cortesía es el rostro de la lealtad. Un samurái descortés no es un hombre de valor, por más habilidad que tenga con la espada. El trato respetuoso con superiores, iguales y subordinados refleja la calidad del corazón.

6. Un hombre solo puede considerarse útil si posee un corazón resuelto. Si su espíritu es inestable, aunque tenga talento, no será capaz de actuar cuando llega la hora. La resolución es superior al ingenio.

7. Si uno se prepara cada mañana para la muerte, la vida se vuelve simple. Pensar diariamente: “Hoy puedo morir por mi señor, por mi

casa o por mi propio descuido” es el fundamento de la tranquilidad. Quien teme la muerte vive inquieto incluso en los días más serenos.

8. Cuando un error ya se ha cometido, no debe añadírsele vergüenza. Lo único necesario es corregirlo con prontitud. Ocultar las faltas solo demuestra debilidad de carácter.

9. He oído que un guerrero debe ser a la vez firme y compasivo. La firmeza sin compasión conduce a la crueldad; la compasión sin firmeza, a la indulgencia inútil. El equilibrio es la verdadera virtud.

10. La conversación de un hombre revela su interior. Una palabra descuidada puede arruinar la reputación de años. Por eso, un samurái debe hablar poco, con frialdad, sin exageraciones ni vanidad.

11. En asuntos importantes, es mejor actuar con honestidad y luego aceptar las consecuencias. Nada destruye más al espíritu que la astucia constante. La sinceridad, incluso cuando resulta inconveniente, preserva la integridad.

12. El guerrero ha de evitar la ostentación. Los adornos excesivos, la ropa refinada y los lujos innecesarios debilitan la mente. La verdadera fortaleza se cultiva en la sobriedad.

13. Un discípulo preguntó a un maestro cuál era la virtud fundamental del samurái. El maestro respondió: “Ser útil”. No importa la habilidad ni el rango: lo que da valor a un hombre es su capacidad de servir sin dudar.

14. Las palabras deben ser pocas y el corazón amplio. Quien habla demasiado se dispersa; quien siente demasiado hacia sí mismo, se estrecha. La amplitud interior permite comprender y actuar sin prejuicios.

15. Un samurái sin autodominio no puede gobernar ni siquiera su propio hogar. La disciplina empieza por uno mismo. Si el hombre no controla sus impulsos, tampoco podrá dirigir a otros.

16. Cuando se toma una decisión, debe mantenerse firme incluso si después parece equivocada. La indecisión constante desgasta el espíritu más que un error.

17. Es recomendable tener siempre presente la muerte. Esto no significa pesimismo, sino claridad. La vida se vuelve ligera cuando se reconoce que nada en este mundo es permanente.

18. La verdadera cortesía nace del corazón, no de las formas externas. Hay quienes saludan con perfección, pero no sienten respeto. El samurái debe unir forma y espíritu.

19. He aprendido que un hombre sabio no habla mal de otros. La crítica fácil es señal de inmadurez. Quien busca cultivar su carácter debe evitar el desprecio y la burla.

20. Si un hombre se comporta con arrogancia por un pequeño logro, es señal de que su carácter es aún débil. La humildad es la base sobre la cual se sostiene la fuerza.

21. El guerrero debe saber escuchar. Al escuchar con atención, incluso las palabras del ignorante pueden revelar un aprendizaje. La soberbia cierra los oídos del espíritu.

22. Cuando un superior comete un error, el servidor fiel no lo critica en público. Lo aconseja en privado y mantiene su honor. Proteger la dignidad del otro es parte del deber.

23. Muchos desean ser apreciados, pero pocos desean ser útiles. La utilidad es silenciosa y a veces ingrata, pero es la esencia del servicio verdadero.

24. Hay hombres que cambian según la compañía. Con los fuertes son sumisos; con los débiles, arrogantes. Tal conducta muestra un espíritu sin raíz. El samurái debe ser el mismo en todo lugar.

25. He oído que la valentía no consiste en no sentir miedo, sino en avanzar a pesar de él. El hombre que espera no temer jamás nunca actuará.

26. Cuando se recibe un encargo, debe cumplirse sin objeciones. La obediencia rápida demuestra rectitud. Discutir cada orden debilita la relación entre señor y vasallo.

27. Una acción tardía es peor que una acción imperfecta. En tiempos de crisis, la velocidad salva más que la reflexión prolongada.

28. Un hombre verdaderamente educado no presume de su saber. Deja que otros descubran su valor mediante su conducta.

29. He visto que los jóvenes fácilmente caen en la vanidad. Por eso, deben ser guiados con firmeza, no con halagos. La juventud que solo recibe elogios se corrompe rápidamente.

30. Cuando un hombre ha cometido una falta, el castigo debe ser justo pero no cruel. La crueldad no corrige: solo engendra resentimiento.

31. El guerrero debe evitar la ira súbita. La ira nublará el juicio incluso del hombre más disciplinado. Un instante de descontrol puede destruir una vida entera.

32. Es bueno tener siempre un plan para los días difíciles. Quien solo vive en la comodidad se desploma ante la adversidad. La preparación constante fortalece el espíritu.

33. Un hombre que cambia su conducta según el beneficio inmediato no es digno de confianza. La rectitud requiere constancia incluso cuando no conviene.

34. Es mejor soportar una injusticia leve que causar una gran disputa para corregirla. La armonía preservada vale más que la victoria del orgullo.

35. El samurái debe estar dispuesto a morir en cualquier momento, no como un deseo suicida, sino como un acto natural. Cuando la muerte no asusta, la vida se vuelve clara.

36. Un hombre que se prepara todos los días se mantiene ligero. Quien vive distraído se vuelve pesado y torpe. La claridad mental es fruto de la preparación.

37. La palabra dada es el sello del carácter. Quien promete con facilidad incumple con facilidad. Por eso, es mejor prometer poco y cumplir siempre.

38. Es importante no subestimar a los demás. El enemigo que parece débil puede volverse peligroso si se le desprecia. La prudencia es una forma de respeto.

39. He oído que un hombre debe entrenar no solo el cuerpo, sino también el corazón. La fortaleza física sin rectitud es inútil.

40. El guerrero debe mantener su hogar en orden. El desorden externo es reflejo de un espíritu descuidado.

41. Cuando surge un conflicto, el samurái debe evitar la disputa abierta si todavía existe la posibilidad de resolverla con serenidad. La valentía no consiste solo en atacar, sino también en contenerse.

42. Gran parte del sufrimiento humano proviene de la excesiva preocupación por la opinión ajena. Liberarse de esto es acercarse a la calma verdadera.

43. El hombre debe levantarse temprano y comenzar el día con intención firme. La mañana revela el estado del espíritu. Quien empieza el día con desgana tendrá una jornada oscurecida.

44. Un hombre sin gratitud jamás alcanzará la virtud. Debe recordar cada favor recibido, por pequeño que parezca, y corresponderlo con sinceridad. La ingratitud es signo de un corazón pobre.

45. Es conveniente estudiar los actos de los antiguos. Ellos vivieron sin excusas ni vacilaciones y pueden enseñarnos a actuar con firmeza. La tradición no es un peso, sino una guía para los tiempos presentes.

46. Cuando se recibe una crítica, lo primero es aceptarla sin resentimiento. Quien se defiende demasiado rápido muestra inseguridad. Si la crítica es injusta, el carácter la desmentirá con el tiempo.

47. No debe confiarse en el hombre que cambia su conducta según su conveniencia. La rectitud implica mantener la palabra incluso cuando resulta incómodo.

48. En la vida del samurái, lo esencial no es la apariencia exterior, sino la disposición interior. La modestia en el vestir y en el trato muestra claridad del espíritu.

49. Un maestro enseñó: “La vía del servicio consiste en ser siempre el primero en actuar y el último en descansar”. Quien se adelanta demuestra su lealtad más que con palabras.

50. El guerrero debe evitar la embriaguez. El exceso de bebida debilita la voluntad, hace torpes los sentidos y destruye la prudencia. El autocontrol es más valioso que el placer momentáneo.

51. Cuando un hombre cae enfermo y pierde el ánimo, su recuperación se vuelve lenta. Pero quien mantiene el espíritu firme puede superar grandes dolencias. La mente influye sobre el cuerpo.

52. La disciplina debe ser constante, no ocasional. Un día de esfuerzo y diez de negligencia solo producen desorden. La constancia es el verdadero entrenamiento.

53. He oído que un guerrero debe vivir como si cada día fuera el último y, sin embargo, trabajar como si fuera a vivir para siempre. Así se equilibran urgencia y perseverancia.

54. El hombre que teme equivocarse no llegará lejos. El error enseñado con humildad se transforma en sabiduría. Pero el miedo paraliza y corrompe la acción.

55. No debe confiarse en aquel que busca siempre excusas. Las excusas son la voz de la debilidad. El hombre recto acepta la responsabilidad completa.

56. En tiempos de paz, el samurái no debe perder la severidad consigo mismo. La comodidad prolongada disuelve la voluntad. Debe mantenerse vigilante aun cuando no haya guerra.

57. El camino correcto rara vez es el más fácil. Por eso, muchos lo evitan. El samurái lo elige no por conveniencia, sino porque es recto.

58. Cuando se recibe una orden, debe ejecutarse de inmediato. Retrasar una acción necesaria es lo mismo que desobedecerla.

59. La compañía que uno elige es un reflejo de su espíritu. Si se junta con hombres mediocres, su mente se volverá mediocre. Si se rodea de hombres rectos, se fortalecerá.

60. Una mente dispersa es como un arco sin cuerda: no sirve para nada. La concentración es la base de todo acto valioso.

61. El hombre debe aprender a actuar sin esperar recompensas. El servicio que busca reconocimiento es interés disfrazado.

62. La verdadera educación no consiste en acumular conocimientos, sino en pulir el corazón. Un hombre instruido pero sin virtud es solo un recipiente lleno de palabras.

63. El silencio es a veces más útil que el discurso. En los momentos de tensión, una palabra de más puede destruir la armonía.

64. Cuando el corazón está inquieto, el samurái debe detenerse y respirar profundamente. La calma restaura la claridad. Ninguna decisión tomada en agitación es correcta.

65. La pereza es una derrota silenciosa. No llega de golpe, sino poco a poco. Un hombre que se acostumbra a lo fácil termina incapacitado para lo difícil.

66. Las amistades deben elegirse con cuidado. Un amigo recto es un tesoro; un amigo sin virtud, un peligro.

67. Un hombre debe cumplir sus tareas aunque sean pequeñas. La negligencia en lo pequeño anuncia la caída en lo grande.

68. La alegría moderada fortalece el espíritu. Pero la risa excesiva revela un corazón descuidado. El samurái debe ser sereno y firme.

69. Un hombre verdaderamente valiente no necesita demostrar nada. Su conducta habla por él aun en silencio.

70. Cuando se presenta una dificultad inesperada, lo primero es aceptar la situación sin protesta. Resistirse inútilmente debilita el juicio. La aceptación permite actuar con serenidad.

71. No debe confiarse en quien cambia su opinión cada día. La falta de convicción es señal de un espíritu vacío.

72. Un samurái debe cuidar su postura y su forma de andar. El cuerpo expresa el estado interior. Un hombre caído de hombros muestra una voluntad débil.

73. Las buenas acciones deben hacerse sin esperar gratitud. Si se actúa solo por obtener reconocimiento, el corazón nunca será puro.

74. La muerte no debe ser temida ni buscada. Es simplemente parte del camino. El samurái vive preparado, sin aferrarse.

75. El hombre que desea ser respetado debe comenzar por respetarse a sí mismo. La dignidad es la base de toda virtud.

76. Las discusiones inútiles desgastan el espíritu. Si un asunto no lleva a ninguna solución, es mejor callar y retirarse.

77. Debe evitarse la excesiva prudencia. Hay momentos en que actuar con rapidez salva más que reflexionar demasiado.

78. Un hombre que se enfada con facilidad será manipulado con facilidad. La ira expone las debilidades del corazón.

79. Si uno se equivoca, debe admitirlo de inmediato, antes de que la falta crezca. La franqueza detiene el mal.

80. El guerrero debe vivir atento a la naturaleza de las cosas. El mundo cambia constantemente. Quien no se adapta quedará atrás.

81. He oído decir que un samurái debe mantener una mente clara incluso en la pobreza. La escasez no es deshonra; la deshonra proviene de la cobardía y la falta de carácter.

82. El hombre debe evitar la queja constante. Quejarse debilita el espíritu y contagia a los demás. El silencio firme es más digno.

83. La verdadera valentía se muestra en la vida diaria, no solo en el combate. Ser justo, honesto y recto cada día requiere más coraje que un enfrentamiento breve.

84. Un hombre que se ríe de los demás muestra un espíritu pequeño. El samurái respeta incluso al ignorante.

85. Cuando algo sale mal, debe actuarse sin demora para corregirlo. Dejar que una falta crezca es peor que cometerla.

86. He aprendido que el corazón humano se fortalece mediante la repetición de buenos actos. La virtud es un hábito, no una inspiración momentánea.

87. Debe evitarse la codicia. El deseo excesivo de bienes materiales corrompe el espíritu y destruye la moderación.

88. Si un hombre quiere ser grande, debe comenzar por ser humilde. La humildad es la raíz de toda elevación.

89. El samurái debe aceptar el reproche sin orgullo. A veces, incluso un inferior puede decir una verdad necesaria.

90. La limpieza del cuerpo y del hogar refleja la limpieza del corazón. Un espíritu ordenado se manifiesta en todas las acciones.

91. Cuando se trata un asunto difícil, es mejor dividirlo en partes y resolver cada una con calma. La impaciencia confunde incluso al hombre inteligente.

92. Un hombre que teme actuar nunca será útil. La utilidad nace del movimiento, no de la contemplación excesiva.

93. La envidia destruye el corazón. El samurái debe alegrarse por los logros ajenos y concentrarse en mejorar su propio camino.

94. La vida es más corta de lo que uno imagina. Por eso, debe evitarse el desperdicio del tiempo. Cada día debe aprovecharse en rectitud.

95. Cuando dos hombres discuten, el más sereno lleva ventaja. La serenidad es un arma invisible.

96. El samurái debe estar preparado para las críticas injustas. La virtud suele despertar resentimientos en los mediocres.

97. Es mejor hacer poco con excelencia que mucho con descuido. La calidad del acto refleja la calidad del espíritu.

98. Cuando llega el momento de actuar, debe hacerse sin miedo y sin demora. La acción decisiva es superior a la duda prolongada.

99. El hombre que mantiene su palabra incluso en dificultades es digno de confianza. La fidelidad es la medida del carácter.

100. Un samurái debe vivir con dignidad incluso en la derrota. La derrota no es deshonra si se ha actuado con rectitud.

101. La verdadera enseñanza se transmite con el ejemplo, no con discursos. El maestro que no practica lo que dice arruina su propia autoridad.

102. El hombre debe evitar la arrogancia del saber. Cuanto más aprende, más debe reconocer su ignorancia.

103. La vida del samurái consiste en perfeccionar el corazón. Las otras artes son auxiliares; la virtud es la esencia.

Libro II

1. He escuchado que, cuando un hombre joven entra al servicio de un señor, no debe comenzar por buscar tareas elevadas. Primero debe aprender las cosas pequeñas: saludar, escuchar, responder con prudencia, mantener el orden y estar siempre disponible. La grandeza no nace del deseo de destacar, sino de la paciencia para construir la propia utilidad.
2. El samurái debe ser como un recipiente vacío, preparado para llenarse de nuevas instrucciones. El hombre que llega al servicio con demasiadas opiniones es difícil de guiar. El que escucha sin resistencia crece más rápido que el que pretende enseñar antes de aprender.
3. Se dice que un guerrero sin cortesía es semejante a un arma sin filo. La falta de modales afea incluso los actos de valor. El servicio debe ser firme, pero también amable; riguroso, pero nunca grosero.
4. Cuando se realiza una tarea, aunque sea pequeña, debe hacerse con la misma atención que si fuera un asunto de gran importancia. La negligencia en lo mínimo muestra un corazón descuidado. Un hombre que no cuida los detalles no podrá encargarse de lo grande.
5. He oído que el verdadero valor se muestra en tres momentos: cuando uno escucha una orden, cuando responde a ella y cuando la ejecuta. En los tres actos debe verse la misma claridad y decisión. Retrasar cualquiera de ellos debilita el espíritu.
6. El joven samurái debe evitar el orgullo por cualquier habilidad particular. Si sabe escribir bien, debe ser humilde; si es rápido con la espada, también. Las habilidades son herramientas del deber, no motivos de vanidad.
7. En todos los dominios hay hombres que aparentan sabiduría, pero cuya conducta es débil. Hablan mucho, corrigen a otros, pero no se corrigen a sí mismos. El sabio verdadero es discreto: actúa sin alarde y enseña sin imponerse.

8. Se aconseja no seguir el ejemplo de aquellos que sirven solo por conveniencia. Son agradables mientras reciben beneficios, pero desaparecen al primer sacrificio. El samurái debe seguir a los hombres constantes, aun si no sobresalen.

9. Si el señor ofrece una oportunidad, debe aceptarse sin excusas. El que demora, pierde. Una ocasión que se deja pasar rara vez regresa. La prontitud es una prueba de lealtad.

10. Cuando el corazón de un hombre es ligero, su rostro también lo es. Cuando su corazón es torcido, incluso su silencio ofende. El espíritu interior siempre se muestra, aunque uno intente ocultarlo.

11. He escuchado que una palabra hablada sin reflexión puede traer más daño que un golpe de espada. La lengua es un arma más peligrosa que el acero. Por eso el samurái debe hablar con moderación.

12. El joven sirviente no debe quejarse por la fatiga. La fatiga del cuerpo es entrenamiento; la fatiga del espíritu es negligencia. Un corazón dispuesto nunca está cansado de servir.

13. Si un hombre se permite demasiados placeres, su voluntad se disuelve. La disciplina comienza en la comida, en el descanso y en los hábitos diarios. El exceso es enemigo de la claridad.

14. En tiempos antiguos se decía que un guerrero debía ser capaz de estar completamente solo sin perder la rectitud. La soledad prueba el carácter: sin espectadores, el corazón revela su naturaleza verdadera.

15. Un sirviente no debe olvidar jamás las palabras de su señor. El que guarda las instrucciones en el corazón puede actuar antes incluso de recibir nuevas órdenes. Prever es una forma de lealtad.

16. Se cuenta una historia de un joven que servía con esmero, pero siempre con miedo a equivocarse. Un día su superior le dijo: "Equivócate si es necesario, pero equivócate actuando". Comprendió entonces que la acción imperfecta es mejor que la inacción refinada.

17. El guerrero debe evitar la compañía de los que hablan demasiado. La conversación ociosa debilita la mente y distrae de las responsabilidades. El silencio prudente es más valioso que la charla vacía.

18. Cuando un hombre recibe una reprimenda, debe aceptarla sin replicar. La réplica apresurada es fruto del orgullo. Guardar silencio ante la corrección permite que el corazón madure.

19. Un samurái debe estar siempre preparado para levantarse en mitad de la noche si es llamado. La prontitud es parte del entrenamiento del espíritu. Dormir profundamente y sin vigilancia es propio de quienes no sirven a nadie.

20. He oído que la vergüenza es un maestro más severo que el castigo. Si uno siente vergüenza por una falta, el corazón se purifica. Pero si se justifica continuamente, la falta se repite.

21. El joven guerrero debe imitar solo a los hombres rectos. Si toma como ejemplo a los indulgentes, será indulgente; si toma como ejemplo a los frívolos, será frívolo. El carácter se contagia como una enfermedad.

22. Cuando se aprende una enseñanza profunda, no debe repetirse inmediatamente a otros. La comprensión necesita asentarse. Repetir sin madurez convierte la sabiduría en ruido.

23. El señor confía más en el sirviente que actúa en silencio que en aquel que siempre expone sus méritos. El servicio silencioso sostiene la casa; el servicio ruidoso solo la decora.

24. He escuchado que un hombre debe revisar sus acciones cada noche antes de dormir. Así podrá corregir sus errores al día siguiente. La autoevaluación es el comienzo de la virtud.

25. Si un superior comete una injusticia, el sirviente debe obedecer y luego aconsejar con respeto. La obediencia y la rectificación pueden coexistir, pero siempre en el orden correcto.

26. El guerrero debe conocer sus propias debilidades mejor que sus fuerzas. Lo fuerte se sostiene solo; lo débil necesita vigilancia constante.

27. Se aconseja no buscar tareas peligrosas por ambición. La valentía arrogante conduce a la ruina. La valentía verdadera aparece solo cuando es necesaria.

28. Un hombre no debe envidiar los logros ajenos. La envidia nubla el juicio y destruye la armonía. El camino del samurái exige contentamiento.

29. La obediencia debe ser rápida, pero el consejo debe ser prudente. El consejo impetuoso causa más daño que ayuda.

30. He oído que un sirviente fiel nunca dice: “Ese no es mi asunto”. Todo lo que afecta a la casa del señor es su responsabilidad.

31. La falta más peligrosa es la negligencia disimulada. El hombre que aparenta diligencia pero trabaja con descuido engaña a todos menos a sí mismo.

32. El servicio no debe depender del humor del día. Un sirviente que cambia según su estado de ánimo no es fiable. La estabilidad es la raíz del carácter.

33. Un hombre debe estudiar las acciones de los sabios antiguos no para imitarlas exactamente, sino para comprender el espíritu que las guiaba. El espíritu es eterno; la forma cambia.

34. Si uno cuida su postura, sus palabras y su forma de escuchar, ya ha recorrido la mitad del camino hacia la virtud. El resto depende de la constancia.

35. Un guerrero que teme ser corregido jamás crecerá. La corrección es un favor, aunque duela. Solo el orgulloso la rechaza.

36. He escuchado que un hombre debe ser especialmente cuidadoso en los momentos en que no está siendo observado. Allí donde nadie ve, el corazón muestra su auténtico estado. La rectitud sin testigos es la única rectitud verdadera.

37. El guerrero debe tener cuidado con la ira silenciosa. La ira contenida sin dominio corroe el corazón y estalla en el peor momento. La serenidad se cultiva en los pequeños contratiempos diarios.

38. Si uno desea progresar rápidamente, debe acercarse a un hombre recto y observarlo día tras día. No hay enseñanza igual al ejemplo vivo. La compañía constante transforma más que los libros.

39. He oido que, para mantener la voluntad firme, es útil repetir cada mañana las propias metas. El espíritu se endereza con la repetición. La mente del hombre es moldeable: lo que se recuerda todos los días se convierte en carácter.

40. Un sirviente no debe hablar de los asuntos internos de la casa fuera de ella. La lengua indiscreta pone en riesgo al señor y a la familia. La discreción es una forma de lealtad.

41. El hombre debe acostumbrarse a los cambios repentinos. La vida rara vez sigue el plan que uno espera. El que se adapta con rapidez mantiene la firmeza interior incluso en la incertidumbre.

42. Si un subordinado comete una falta, el superior debe corregirlo sin humillarlo. La humillación destruye el espíritu y hace difícil la enmienda. La corrección debe ser firme, pero humana.

43. Un samurái nunca debe excusarse usando las dificultades externas. Las dificultades existen para todos. La diferencia está en cómo se enfrentan.

44. He escuchado que un hombre prudente evita la compañía de quienes ridiculizan el deber. Los burladores corrompen la resolución del espíritu. El deber no admite burla.

45. El guerrero debe practicar la calma incluso en tiempos de prosperidad. Los períodos tranquilos son cuando surgen los peligros ocultos. La vigilancia se mantiene sin tensión, pero sin descuido.

46. Si un hombre desea aprender, debe hacerlo con humildad. Aquel que pregunta con arrogancia no recibe respuestas sinceras. La humildad abre puertas que la altivez cierra.

47. Se cuenta una historia de un servidor que nunca se disculpaba, aun cuando erraba. Decía: “El samurái no se excusa”. Pero un anciano le respondió: “El samurái no se excusa, pero sí reconoce sus faltas”. La diferencia es esencial.

48. Un hombre no debe permitir que el elogio le haga perder la modestia. El elogio infla el corazón del imprudente. El sabio recibe las palabras agradables con calma y continúa trabajando igual que antes.

49. Cuando se toma una decisión difícil, es bueno consultar a un hombre mayor de carácter probado. La experiencia no sustituye al deber, pero lo aclara.

50. Un samurái debe cultivar la capacidad de actuar sin dudar. La duda es un veneno que paraliza incluso al valiente. La resolución nace del entrenamiento diario.

51. He oído que, en la casa del señor, el sirviente debe vigilar no solo sus actos, sino también su expresión. Un rostro descuidado transmite negligencia. El porte del cuerpo también sirve.

52. Si se observa a un hombre durante un largo tiempo, su verdadera naturaleza se revela. Por eso, no debe juzgarse a nadie solo por sus primeras palabras o acciones. La constancia es la prueba del carácter.

53. Un sirviente no debe buscar puestos altos antes de estar preparado. El ascenso prematuro es causa de vergüenza. El camino debe recorrerse paso a paso.

54. El hombre que cambia de opinión sin razón provoca confusión en quienes lo siguen. La firmeza es necesaria incluso en asuntos pequeños.

55. He oído que, para comprender el corazón humano, basta observar cómo una persona trata a aquellos que no pueden ofrecerle nada. Allí se ve la verdadera medida del carácter.

56. La enfermedad revela el espíritu del hombre. Hay quienes se vuelven irritables ante la dolencia y otros que la soportan con serenidad. La serenidad en la enfermedad es signo de madurez.

57. El guerrero debe acostumbrarse a la posibilidad constante del fracaso. El fracaso no es deshonra si uno ha actuado con rectitud. La deshonra es renunciar antes de actuar.

58. Se aconseja no hablar mal de un hombre a sus espaldas. Las palabras negativas vuelven al hablante y ensucian su corazón. La crítica franca debe hacerse de frente.

59. El hombre debe practicar la memoria. Olvidar órdenes, favores y correcciones es muestra de un espíritu flojo. Recordar es parte de la disciplina.

60. He oido que un samurái debe avanzar en su vida como un barco que corta el agua: sin detenerse por obstáculos pequeños. La continuidad es más importante que la velocidad.

61. Cuando se sufre una injusticia pequeña, es mejor aceptarla con serenidad. Buscar compensación por cada agravio consume tiempo y corazón.

62. El que se aferra en exceso a sus propios talentos terminará estancado. El talento es útil solo si se pule constantemente.

63. Debe evitarse la familiaridad excesiva con los superiores. La distancia respetuosa preserva el orden natural de la casa. La excesiva confianza conduce al descuido.

64. He oído que el hombre verdaderamente sabio corrige su conducta antes de que alguien más tenga que hacerlo. La autodisciplina es la raíz de la virtud.

65. En ocasiones, la mejor respuesta es no responder. Un hombre debe reconocer cuándo el silencio es más fuerte que la palabra.

66. El joven servidor no debe despreciar ninguna tarea, por humilde que sea. La humildad en el trabajo revela grandeza interior.

67. Se dice que la paciencia es un arma. No es pasividad: es la capacidad de esperar el momento adecuado sin que el corazón se agite.

68. Cuando un hombre se apresura demasiado, pierde precisión. Cuando reflexiona demasiado, pierde oportunidad. Por eso, debe buscarse el punto justo.

69. El guerrero debe evitar la rivalidad inútil. Competir solo por orgullo destruye la armonía y debilita la voluntad.

70. Se cuenta que un sirviente, antes de hablar, se preguntaba tres cosas: si lo que iba a decir era verdad, si era necesario y si era oportuno. Este hábito evitó muchos errores.

71. Un hombre que desea mejorar debe observar sus pensamientos. Los pensamientos torcidos se vuelven actos torcidos. El espíritu debe vigilarse.

72. El guerrero debe vivir como si la vida fuera ligera. Quien carga su espíritu con preocupaciones innecesarias se vuelve lento y torpe. La ligereza del corazón es fuerza.

73. He escuchado que los sabios antiguos decían que el hombre debe corregirse tres veces al día: al amanecer, al mediodía y antes de dormir. La corrección constante fortalece el carácter.

74. No debe confiarse en el hombre que busca el favor de todos. Quien intenta agradar a todos pierde su propio camino.

75. Se aconseja no guardar resentimiento. El resentimiento es una cadena que se ata al propio corazón. Liberarse de él es ganar libertad.

76. La apariencia de un hombre debe ser sencilla y limpia. La excesiva ornamentación distrae del carácter. La sencillez es dignidad.

77. Si uno desea servir durante largos años, debe cuidar su salud sin caer en la indulgencia. El cuerpo es instrumento del deber; no debe maltratarse ni adorarse.

78. Se dice que el mayor enemigo del guerrero es la pereza tranquila de los tiempos de paz. La paz adormece si uno no vigila. El entrenamiento continuo mantiene el espíritu vivo.

79. Cuando un sirviente recibe elogio, debe redoblar sus esfuerzos. El elogio puede ser más peligroso que la censura, porque relaja la disciplina. El sabio se fortalece con ambos.

80. He oído que un hombre debe aprender a retirarse cuando es necesario. No todos los combates deben librarse. La retirada prudente es también estrategia.

81 El corazón del samurái debe ser como un espejo limpio: reflejarlo todo sin aferrarse a nada. Quien mantiene el espíritu puro, sin orgullo ni temor, sirve correctamente en todas las circunstancias. La claridad interior es la base del servicio.

Libro III

El Libro III es más breve y está compuesto principalmente por observaciones sobre la conducta cotidiana del samurái, anécdotas morales y advertencias sobre el comportamiento apropiado dentro del dominio de Saga.

1. Un guerrero debe estar siempre dispuesto a disculparse con sinceridad. No importa si la falta fue pequeña o si nadie la notó. La disculpa temprana fortalece el corazón y limpia el espíritu. El hombre que no se disculpa a tiempo termina acumulando vergüenza.

2. He escuchado que un samurái debe corregir sus errores antes de dormir. Si espera al día siguiente, el corazón se acostumbra a la negligencia. El mal que se pasa por alto una vez se vuelve costumbre, y la costumbre se transforma en carácter.

3. Un joven que comienza en el servicio no debe quejarse de sus tareas. Lo que hoy parece pequeño será grande mañana. Las responsabilidades crecen con el espíritu, no con la edad.

4. Un sirviente debe evitar la conversación superficial. Hablar demasiado desgasta la dignidad. Las palabras son como monedas: si se gastan sin necesidad, pronto pierden su valor.

5. Cuando un hombre tiene un asunto importante que comunicar, debe hacerlo con claridad y sin rodeos. Las palabras confusas generan sospecha. La franqueza es la fuerza del samurái.

6. He oído que un sirviente fiel no observa el número de tareas, sino la oportunidad de ser útil. El que sirve pensando en su comodidad no sirve verdaderamente.

7. Un guerrero debe ser capaz de soportar las críticas sin perder la serenidad. La crítica es una prueba. El hombre que se altera fácilmente revela un corazón débil.

8. Cuando se recibe una orden difícil, es mejor aceptarla sin mostrar ansiedad. Mostrar perturbación transmite inmadurez. El cumplimiento silencioso inspira confianza.

9. El samurái debe estar alerta incluso en tiempos de prosperidad. La prosperidad prolongada adormece el espíritu. Si uno se acostumbra demasiado a la comodidad, pierde la capacidad de actuar con rapidez.

10. He oído que un hombre recto vigila su temperamento en todas las circunstancias. La ira repentina destruye incluso las mejores relaciones. La serenidad es fruto del entrenamiento constante.

11. Un joven que desea aprender debe acercarse a un anciano virtuoso. No es necesario recibir grandes lecciones: observar la conducta diaria basta para pulir el carácter.

12. El sirviente debe estar preparado para levantarse antes del amanecer. La mañana muestra la disposición del corazón. Quien se levanta tarde demuestra descuido.

13. Un guerrero no debe habituarse a la queja. Quejarse es como debilitar el propio espíritu con palabras. La queja constante destruye la resolución antes de comenzar.

14. He oído que el hombre prudente habla poco de sí mismo. Los elogios propios son sospechosos. La verdadera reputación nace de los actos, no de las palabras.

15. Cuando se trabaja en un grupo, el samurái debe cooperar sin buscar protagonismo. La armonía sostiene al conjunto. El que busca sobresalir causa división.

16. Un sirviente debe cuidar su postura. El cuerpo revela la calidad del espíritu. La postura descuidada muestra falta de disciplina interior.

17. He escuchado que el hombre debe evitar la compañía de los indecisos. La indecisión se contagia igual que una enfermedad. La determinación se fortalece entre hombres determinados.

18. El guerrero debe evitar los compromisos demasiado largos con personas sin virtud. El contacto constante con espíritus flojos debilita incluso a los fuertes.

19. Cuando un superior corrige con severidad, el subordinado debe aceptar la corrección sin resentimiento. El resentimiento es un obstáculo para el aprendizaje. La severidad del superior suele ser señal de preocupación.

20. Se dice que un samurái debe aprender a dominar sus pensamientos nocturnos. La noche es cuando las dudas y temores crecen. Mantener el espíritu firme en la oscuridad es prueba de carácter.

21. Un hombre que actúa con demasiada prisa comete errores innecesarios. El que actúa demasiado lento pierde oportunidades. El equilibrio es la virtud del guerrero.

22. Cuando un sirviente falla, debe corregir su falta inmediatamente. Postergar la corrección es igual que agravarla.

23. He escuchado que quienes hablan mal de otros a menudo lo hacen para ocultar sus propias debilidades. El samurái no debe caer en tal conducta. La crítica injusta es señal de un corazón pequeño.

24. Un guerrero debe evitar el orgullo. El orgullo endurece el corazón y dificulta la corrección. La humildad mantiene el espíritu flexible.

25. Se dice que el hombre sabio acepta la pérdida con calma. La vida está llena de pérdidas inevitables. Resistirse a ellas solo trae sufrimiento.

26. Un sirviente debe mantener su ropa y su apariencia en orden, incluso cuando nadie lo observa. La disciplina visible es reflejo de la disciplina invisible.

27. Cuando un hombre se encuentra entre dos decisiones, debe elegir la que fortalezca su carácter. Lo que fortalece suele ser difícil. Lo fácil rara vez deja enseñanza.

28. He oido que un guerrero no debe burlarse de nadie, ni siquiera del torpe. La burla degrada a quien la emite más que a quien la recibe.

29. El samurái debe ser firme, pero no obstinado. La obstinación es necesidad disfrazada de determinación. La firmeza verdadera escucha, aprende y corrige.

30. Un joven debe evitar la familiaridad excesiva con el superior. La cercanía indebida debilita la disciplina. El respeto mantiene el orden.

31. Cuando un hombre comete una falta y la reconoce, debe hacerlo sin intentar justificarse. La justificación es otra falta añadida a la primera.

32. He escuchado que un sirviente fiel debe prepararse para soportar injusticias sin perder la calma. La capacidad de mantenerse sereno ante la injusticia es una virtud difícil, pero preciosa.

33. El guerrero debe evitar las amistades que lo alejan del camino. Una sola mala compañía puede arrastrar al hombre hacia la mediocridad.

34. Cuando un superior pide consejo, debe ofrecerse con sinceridad y prudencia. El consejo impreciso es una falta grave. El consejo arrogante es una falta mayor.

35. He oído que el hombre debe refrenar su deseo de intervenir en los asuntos ajenos. Intervenir sin necesidad causa desorden. La prudencia consiste en actuar solo cuando corresponde.

36. El samurái debe cuidar el modo en que camina. Una marcha des cuidada muestra desorden en el corazón. La actitud se manifiesta tanto en el andar como en la palabra.

37. Un sirviente debe estar atento a las necesidades del señor incluso antes de que sean expresadas. Prever es una forma elevada de servicio.

38. He escuchado que el hombre que medita sobre la muerte todos los días vive con mayor claridad. La muerte, recordada sin angustia, fortalece la vida.

39. El guerrero debe evitar los placeres que debilitan la voluntad. La indulgencia excesiva corrompe incluso al hombre inicialmente recto.

40. Cuando un joven desea progresar, debe aprender a escuchar más de lo que habla. La escucha es la raíz de la enseñanza. El habla, su fruto.

41. He oido que un sirviente debe evitar la queja incluso cuando está exhausto. La queja muestra un espíritu débil. El silencio laborioso revela carácter.

42. Un hombre que sirve con diligencia constante, aunque no destaque, es más valioso que el talentoso inconstante. La constancia supera al brillo momentáneo.

43. El guerrero debe controlar su expresión aun en momentos de frustración. El rostro revela más de lo que el hombre desea mostrar.

44. He escuchado que un hombre debe actuar siempre pensando en preservar el honor de su casa. La vida personal no se separa del deber. El honor es continuo.

45. El samurái debe evitar los rumores. Los rumores destruyen la armonía y rara vez contienen verdad. Un espíritu recto no se guía por la voz incierta del pueblo.

46. Cuando un joven recibe un elogio, no debe alegrarse demasiado. La alegría excesiva revela inmadurez. La alegría serena es signo de equilibrio.

47. He oído que el hombre debe actuar como si siempre estuviera siendo observado por su maestro. Este pensamiento evita faltas y enderezza el corazón.

48. Un sirviente debe evitar la duplicidad. La palabra doble destruye la confianza. La confianza rota es difícil de recuperar.

49. Cuando un hombre no entiende una enseñanza, debe preguntar humildemente. Fingir comprensión es peor que ignorancia.

50. El guerrero debe evitar el descuido con el tiempo. Un instante perdido no regresa. El tiempo bien utilizado es la base de la virtud.

51. He oido que un samurái debe vivir como si su corazón fuera transparente. La transparencia interior evita la vergüenza y fortalece el espíritu.

Libro IV

El Libro IV es breve, pero tiene una gran concentración de enseñanzas sobre conducta personal, disciplina interior, rectitud en la vida diaria y actitudes propias del samurái del dominio de Saga.

1. He oído que, para que un hombre sea considerado completo, debe ser superior a los demás en tres cosas: en cortesía, en sinceridad y en diligencia. Tener estas tres cualidades basta para sostener el servicio durante toda una vida.

2. Cuando un sirviente es enviado a realizar una tarea, no debe regresar hasta haberla cumplido. Volver con excusas es equivalente a fallar. El éxito depende tanto del espíritu como de la habilidad.

3. Un guerrero debe evitar la pereza más que la enfermedad. La pereza entra por pequeños actos y termina dominando el corazón entero. La enfermedad puede curarse; la pereza requiere una voluntad firme para ser vencida.

4. Se dice que la manera en que un hombre responde a una repremisión revela su carácter. Aquel que acepta la corrección en silencio y se enmienda es un hombre valioso. El que replica muestra orgullo y poca madurez.

5. Cuando un samurái recibe una orden confusa, debe esforzarse por comprenderla sin molestar innecesariamente al superior. Si aun así hay duda, debe preguntar con humildad. Preguntar no es un defecto; actuar desde la confusión sí lo es.

6. He escuchado que la prudencia en el hablar es una de las virtudes más difíciles. Una palabra fuera de lugar puede arruinar una relación de años. La boca es la puerta por la que más a menudo escapa el desorden del corazón.

7. El guerrero debe evitar la familiaridad excesiva con sus superiores. Incluso si la relación es cercana, debe mantenerse la distancia que preserva el respeto. La cercanía indebida conduce al descuido y al error.

8. Se dice que un sirviente debe estar atento a sus gestos. Un gesto descuidado puede ser interpretado como falta de respeto. Los movimientos del cuerpo deben ser sobrios y medidos.

9. Un samurái debe revisar su conducta cada día. No hay hombre que no cometa faltas, pero la falta sin corrección se convierte en raíz de desgracia. La vigilancia diaria mantiene el corazón limpio.

10. Cuando un hombre se enfrenta a una decisión difícil, debe elegir el camino que fortalezca su espíritu. El camino fácil pocas veces conduce a la virtud.

11. He escuchado que, cuando un superior se equivoca, el subordinado inteligente no lo corrige de inmediato ni con brusquedad. Debe esperar el momento oportuno, cuando el corazón del superior esté sereno. La rectificación requiere tanto virtud como prudencia.

12. El guerrero debe evitar la ostentación en todas sus formas. La ostentación debilita el espíritu, pues orienta la acción hacia la mirada ajena. La virtud verdadera es silenciosa.

13. Un sirviente debe ser puntual en todas sus obligaciones. La impuntualidad indica falta de consideración hacia el señor y hacia los demás. El tiempo es parte del deber.

14. He oído que un hombre no debe confiar en quien cambia de rostro según la compañía. La inconstancia es una forma de engaño. El espíritu recto permanece igual en toda circunstancia.

15. El guerrero debe cuidar su salud sin apelar demasiado a ella. Quien teme demasiado enfermar pierde la fuerza del corazón. La salud es un medio, no un fin.

16. Se dice que un sirviente que conoce su lugar en la casa no causa problemas. Quien olvida su posición termina actuando fuera de lo debido y genera desorden.

17. Cuando un hombre recibe una tarea difícil, debe aceptarla con serenidad. Mostrarse turbado solo revela falta de autocontrol. La serenidad inspira confianza.

18. He escuchado que, para mantener el espíritu recto, un hombre debe evitar el exceso de sueño. Dormir demasiado embota la mente y apaga la voluntad. Levantarse temprano fortalece el carácter.

19. El guerrero debe ser cuidadoso al elegir sus amistades. Las amistades rectas fortalecen; las torcidas debilitan. Una sola mala compañía puede hacer caer al más disciplinado.

20. Si un sirviente actúa con diligencia incluso en tareas humildes, su valor será reconocido con el tiempo. El espíritu se forma en lo pequeño.

21. He oído que un hombre debe evitar comentar los asuntos internos de la casa del señor. La discreción es parte esencial del servicio. Lo que se habla fuera no puede recuperarse.

22. El guerrero no debe enorgullecerse de su valentía. La valentía orgullosa suele ser temeridad. La valentía verdadera es silenciosa y firme.

23. Cuando dos hombres discuten, el sabio es el que evita elevar la voz. La discusión ruidosa pierde el propósito. La calma es más convincente que el grito.

24. Se dice que un sirviente debe ser constante en su manera de actuar. La inconsistencia confunde tanto a superiores como a iguales. La estabilidad es virtud.

25. Un hombre debe evitar el deseo de destacar por encima de sus compañeros. La competencia constante destruye la armonía. Servir no es sobresalir: es ser útil.

26. He escuchado que el samurái debe evitar el resentimiento incluso cuando ha sido tratado con injusticia. El resentimiento oscurece el corazón. La rectitud exige limpieza interior.

27. Cuando un sirviente se siente tentado por el ocio, debe recordar la responsabilidad que sostiene. El ocio prolongado es la raíz de muchos errores.

28. El guerrero debe ser moderado en la comida y la bebida. El exceso en cualquiera de ellas perturba el espíritu y nubla el juicio. La moderación es forma de autodominio.

29. He oído que un hombre debe esforzarse por aprender algo nuevo cada día, aunque sea pequeño. El aprendizaje continuo mantiene la mente viva.

30. El sirviente que actúa en silencio y sin buscar reconocimiento es el más valioso para la casa del señor. Sus méritos no necesitan ser anunciados: se ven en sus actos.

31. Un guerrero debe mantener un corazón paciente. Lo que no puede resolverse hoy, puede resolverse mañana. La impaciencia es enemiga de la claridad.

32. He escuchado que las palabras de un hombre revelan su crianza. Las palabras cuidadosas muestran disciplina; las palabras descuidadas revelan dejadez. Hablar bien es parte del camino.

33. El samurái debe evitar mostrar enojo delante de sus inferiores. El enojo descontrolado destruye la autoridad. La verdadera autoridad es serena.

34. Cuando un sirviente recibe una orden inesperada, debe cumplirla sin mostrar sorpresa. La sorpresa revela falta de preparación interior. El espíritu preparado acepta todo con firmeza.

35. He oído que un hombre debe evitar buscar excusas incluso cuando no es culpable. La excusa debilita la postura del corazón. La rectitud se sostiene sola.

36. El guerrero debe ser capaz de actuar sin depender del elogio. El elogio es incierto; la virtud es estable. Quien actúa por aprobación ajena no es dueño de su camino.

37. Un sirviente no debe guardar rencor por las palabras duras de un superior. A menudo son dichas para enderezar el corazón. El rencor es una carga que solo el propio hombre sufre.

38. He escuchado que un samurái debe prestar atención a sus pensamientos antes de dormir. Los pensamientos nocturnos, si no se vigilan, se convierten en inclinaciones del corazón.

39. El guerrero debe evitar la arrogancia. La arrogancia oscurece la razón y separa al hombre de los demás. La humildad une; la arrogancia divide.

40. Cuando un hombre emprende una tarea, debe concluirla. El abandono a mitad de camino es falta grave. La perseverancia es la prueba del compromiso.

41. He oído que un sirviente debe evitar la familiaridad con los rumores. Los rumores destruyen la armonía y confunden el juicio. El espíritu recto no se alimenta de palabras inciertas.

42. Un samurái debe mantener una actitud digna en todas las circunstancias. La dignidad no depende del lugar ni de la compañía: nace del interior.

43. El guerrero debe recordar que la vida es breve. Por eso debe evitar desperdiciar el tiempo en actos inútiles. La vida recta es concisa.

44. Cuando un hombre siente que su espíritu se debilita, debe regresar a los fundamentos: la cortesía, la sinceridad y la diligencia. Los fundamentos sostienen incluso al hombre que ha tropezado.

45. He escuchado que un samurái debe actuar como si su maestro lo observase siempre. Este pensamiento basta para evitar faltas.

Libro V

1. He escuchado que, para un samurái, la decisión más importante es la de mantener su corazón firme. Un corazón inestable hace incierto todo lo demás. La firmeza interior es la raíz de la conducta.
2. Cuando un hombre se encuentra en una situación de peligro, debe actuar sin titubear. La vacilación es más dañina que el error. La acción decidida abre caminos donde la duda solo levanta sombras.
3. Un sirviente no debe olvidar jamás los favores recibidos. La gratitud es fundamento del carácter. El ingrato pierde el corazón y, con él, el respeto de los demás.
4. He oído que un samurái debe evitar hablar de los defectos de otros. La crítica constante es señal de un espíritu insatisfecho. El que se ocupa de juzgar a los demás deja sin atender sus propias faltas.
5. Cuando un superior encomienda una tarea, debe cumplirse incluso aunque parezca difícil. Si uno acepta un deber, debe cumplirlo con plena resolución. La dificultad no exime la responsabilidad.
6. El guerrero debe temer más a la negligencia que al fracaso. La negligencia es falta de espíritu; el fracaso es solo un resultado. La rectitud está en el esfuerzo, no siempre en el logro.
7. Se dice que, cuando un hombre empieza a justificar sus errores con demasiada rapidez, está a punto de caer en desgracia. La justificación frecuente debilita el carácter.
8. Un sirviente debe evitar la familiaridad excesiva con el señor. Incluso cuando el superior muestra afecto, el subordinado debe conservar la distancia apropiada. La cercanía indebida conduce a faltas y desorden.
9. He escuchado que la verdadera cortesía consiste en actuar con modestia, sin exageración. La cortesía exhibida para llamar la atención es solo vanidad disfrazada.

10. El guerrero debe entrar cada día en servicio como si fuera la primera vez. La actitud fresca y vigilante previene descuidos. La rutina sin conciencia es enemiga del deber.

11. Un hombre debe evitar las distracciones innecesarias. El ocio continuo disipa el espíritu. La ocupación constante, en cambio, mantiene la mente recta y el corazón firme.

12. He oído que un samurái debe esforzarse por mantener su hogar en orden. El desorden exterior es reflejo del desorden interior. Un espíritu limpio se manifiesta en todas las cosas.

13. Cuando uno recibe una orden, debe aceptarla sin mostrar duda en el rostro. La expresión inquieta revela debilidad. La serenidad inspira confianza en quienes observan.

14. Un hombre que se apresura a responder a una crítica suele estar más preocupado por su orgullo que por mejorar. Escuchar con calma es signo de fuerza.

15. Se dice que, para conocer el carácter de un hombre, basta observar cómo se comporta cuando nadie lo mira. La rectitud sin testigos es la única verdadera rectitud.

16. Un samurái debe evitar la compañía de quienes se burlan del deber. La burla al deber corrompe el espíritu. Donde el deber se ridiculiza, el carácter se arruina.

17. He escuchado que un hombre debe recordar que la vida es incierta. Por eso debe evitar retrasar lo que es correcto. Lo que debe hacerse, debe hacerse hoy.

18. El guerrero no debe dejarse dominar por el miedo a cometer errores. El error es maestro si se acepta con humildad. El miedo, en cambio, paraliza el corazón.

19. Cuando un hombre se siente tentado a seguir el camino fácil, debe preguntarse si ese camino fortalece o debilita su espíritu. Lo fácil rara vez fortalece.

20. He oído que el silencio prudente es más valioso que las palabras largas. El silencio permite ver el corazón de los demás; la palabra excesiva lo oculta.

21. El sirviente debe mantener la compostura incluso cuando es insultado. La compostura es dignidad. Responder con ira rebaja tanto al inferior como al superior.

22. Un hombre no debe confiar en quien cambia su lealtad según el beneficio. La lealtad que depende de la conveniencia no es lealtad, sino interés disfrazado.

23. He escuchado que un guerrero debe mantener su mente ligera, sin apegarse demasiado a los bienes materiales. El apego a las posesiones convierte al hombre en esclavo de lo que teme perder.

24. Cuando se recibe una instrucción, el sirviente debe actuar de inmediato. La prontitud es señal de entendimiento y disposición. La demora es indicio de resistencia o negligencia.

25. Un samurái debe esforzarse por evitar la ira súbita. La ira revela falta de dominio interno. El verdadero dominio consiste en permanecer ecuánime en medio de la provocación.

26. He oido que la fuerza de un hombre se mide por su capacidad de permanecer firme incluso cuando nadie lo apoya. La rectitud solitaria es la más difícil, pero también la más noble.

27. El guerrero no debe olvidar que cada día puede ser el último. Esta conciencia da claridad a cada acto y dignidad a cada palabra. La vida vivida con esta idea es profundamente recta.

28. Un hombre debe ser cuidadoso con sus promesas. Prometer sin poder cumplir es falta grave. La palabra del samurái es su sello.

29. He escuchado que la falta más pequeña puede arruinar el servicio de un hombre que ha actuado correctamente durante años. Por eso debe vigilarse siempre, incluso en los actos más simples.

30. El guerrero debe evitar la envidia. La envidia es una sombra que oscurece la mirada. El hombre debe alegrarse por el bien ajeno y concentrarse en su propio camino.

31. Cuando un superior muestra severidad, el sirviente debe recibirla sin resentimiento. La severidad a menudo es muestra de preocupación. La indiferencia sería señal de abandono.

32. Se dice que un hombre debe esforzarse por corregir sus faltas antes de que otros las adviertan. La autovigilancia es una forma de honor.

33. Un samurái debe evitar las palabras vacías. Las palabras sin acción son como hojas sin raíz: bellas por un instante, inútiles para sostener la vida.

34. He oído que, cuando un hombre se habitúa a la comodidad, pierde la resolución. La comodidad prolongada es enemiga del espíritu guerrero.

35. El guerrero debe mantener su corazón sereno en medio de la adversidad. La serenidad es más fuerte que el coraje impulsivo. El valor duradero es silencioso.

36. Un hombre debe evitar preguntar por cada detalle cuando recibe una orden. El exceso de preguntas revela falta de iniciativa. La comprensión debe ser rápida y el cumplimiento inmediato.

37. He escuchado que la tranquilidad es la marca del hombre sabio. El espíritu inquieto comete errores. La tranquilidad permite ver con claridad incluso bajo presión.

38. El samurái debe evitar el hábito de compararse constantemente con los demás. La comparación destruye el corazón. El camino del guerrero es hacia adentro, no hacia afuera.

39. Un sirviente debe recordar que su conducta refleja la casa del señor. Un solo gesto descuidado puede deshonrar el nombre que sirve.

40. He oido que el guerrero debe acostumbrarse a hacer lo correcto incluso cuando le resulta incómodo. La incomodidad fortalece; la complacencia debilita.

41. Cuando un hombre se equivoca, debe corregirse de inmediato. El retraso convierte un error pequeño en uno grande. La prontitud en la corrección es virtud.

42. El samurái debe evitar consumir su mente con preocupaciones inútiles. Las preocupaciones sin acción son carga innecesaria. La acción correcta disipa el temor.

43. He escuchado que el hombre debe evitar el exceso de sueño y el exceso de alimento. Ambos embotan el espíritu. La moderación mantiene la mente despierta.

44. Un guerrero debe mantener un corazón sencillo. La sencillez es la forma más alta de claridad. El corazón sencillo ve lo esencial y actúa sin confusión.

Libro VI

1. He oído que la persona verdaderamente educada es aquella cuya cortesía no cambia aunque se encuentre con gente humilde o de baja posición. La cortesía que varía según el rango no es cortesía, sino cálculo.
2. El samurái debe mantener sus asuntos personales en orden, por pequeños que sean. El descuido acumulado en lo pequeño termina manifestándose en grandes errores. La negligencia no nace de un acto grave, sino de cien actos ligeros.
3. Un sirviente debe acostumbrarse a escuchar con atención incluso cuando el mensaje parece simple. A menudo, una instrucción corta encierra un deber profundo. El que escucha a medias sirve a medias.
4. He escuchado que el hombre debe evitar ser demasiado rápido en ofenderse. La susceptibilidad es signo de un corazón débil. El que se ofende por todo se vuelve difícil de guiar y desagradable para quienes lo rodean.
5. El guerrero debe practicar la modestia incluso en pequeñas ocasiones. El hombre que busca reconocimiento constante se vuelve esclavo de la aprobación. La modestia protege la serenidad.
6. Un sirviente debe evitar actuar solo cuando otros lo observan. La acción verdadera nace del corazón recto, no del deseo de ser visto. La virtud oculta es la más firme.
7. He oído que un hombre debe refrenar el deseo de responder inmediatamente a cada crítica. La respuesta apresurada suele ser fruto del orgullo. El silencio reflexivo es signo de madurez.
8. El guerrero debe vigilar su expresión incluso cuando está solo. El rostro es un espejo del espíritu. Cultivar el rostro sereno fortalece el corazón.

9. Un sirviente sabio evita amargarse por las pequeñas dificultades del día. La amargura consume más energía que el trabajo. La serenidad hace ligera la carga.

10. He escuchado que, cuando un hombre cae en desgracia, su comportamiento revela su verdadera naturaleza. Algunos se vuelven resentidos; otros permanecen firmes. La desgracia es una prueba del espíritu.

11. El samurái debe ser cuidadoso en no permitir que su diligencia se convierta en ostentación. Trabajar con exceso de ruido es como no trabajar. La diligencia silenciosa es la más pura.

12. Un sirviente debe evitar pedir explicaciones innecesarias. Preguntar demasiado puede revelar falta de intuición y de preparación. El que conoce su deber comprende con rapidez.

13. He oído que un hombre debe apartar de inmediato los pensamientos inútiles. Los pensamientos inútiles crecen rápido y se vuelven hábitos. La mente disciplinada reconoce y corta la maleza del espíritu.

14. El guerrero debe impedir que la familiaridad degrade el respeto. Incluso en la amistad debe mantenerse la dignidad. La amistad sin dignidad degenera en desorden.

15. Un sirviente debe prestar atención a su manera de sentarse, de caminar y de responder. La conducta externa refleja la condición interna. Todo acto del cuerpo debe ser sobrio.

16. He escuchado que un hombre debe evitar buscar simpatía por cada dificultad que enfrenta. Quien siempre busca que otros se compadezcan de él nunca desarrolla fortaleza interior.

17. El samurái debe recordar que las decisiones importantes requieren un corazón calmado. El corazón agitado juzga mal. La calma es la base del discernimiento.

18. Un sirviente debe mantenerse atento incluso en tareas repetitivas. La repetición puede adormecer el espíritu. Debe realizarse cada tarea como si fuera la primera.

19. He oído que un guerrero debe evitar tanto la excesiva precaución como la excesiva audacia. Ambos extremos son peligrosos. La conducta equilibrada es la más firme.

20. El hombre disciplinado no permite que la opinión ajena controle su espíritu. La aprobación y el reproche del mundo cambian según los días. El samurái sigue la rectitud sin mirar a los lados.

21. Un sirviente no debe hablar mal de quienes poseen defectos evidentes. Aquellos defectos ya son castigo suficiente. La compasión silenciosa es mejor que la crítica.

22. He escuchado que uno debe evitar la exageración incluso cuando cuenta algo verdadero. La exageración es una forma de falsedad. La verdad sencilla es más respetable.

23. El guerrero debe procurar que su espíritu no se turbe ante el fracaso. El fracaso es parte del camino. Lo que importa no es caer, sino levantarse con la misma resolución.

24. Un sirviente debe mantener un corazón dispuesto a aceptar tareas inesperadas. El que sirve debe estar preparado para el cambio constante.

25. He oído que el hombre debe evitar la compañía de quienes siempre llevan malas noticias. El espíritu se vuelve oscuro al rodearse de oscuridad. Es mejor buscar la compañía de quienes mantienen la serenidad.

26. El guerrero debe cultivar la gratitud en todo momento. El corazón agradecido es firme; el corazón ingrato es inestable. La ingratitud marca el inicio del deterioro moral.

Libro VII

1. He oído que la base del carácter está en la atención constante. La mayoría de los errores no se cometen por maldad, sino por descuido. Un espíritu atento es un espíritu recto.

2. El samurái debe evitar cambiar su conducta según su estado de ánimo. El humor es inestable; la rectitud debe ser firme. El que sirve con el corazón fluctuante no es digno de confianza.

3. Un hombre sabio escucha las palabras duras sin alterarse. La crítica injusta es una oportunidad para fortalecer el espíritu. La crítica justa es un regalo para corregirse.

4. He escuchado que quien se apresura a dar consejos antes de escuchar por completo el asunto demuestra poca madurez. Escuchar es primero; hablar, después.

5. El guerrero debe ser cuidadoso en la manera en que mira a los demás. Una mirada altiva ofende; una mirada vacilante revela inseguridad. La mirada serena muestra firmeza.

6. Cuando un sirviente recibe una orden sencilla, debe cumplirla con la misma seriedad que una orden compleja. La verdadera diligencia no distingue tareas grandes y pequeñas.

7. Un hombre no debe permitir que los elogios lo vuelvan arrogante. El elogio es a menudo tan peligroso como la crítica, pues infla el corazón del imprudente.

8. He oído que el rencor consume más energía que el trabajo. El hombre que guarda rencores gasta su fuerza en inutilidades. La rectitud descansa en un corazón limpio.

9. El samurái debe evitar la acumulación de resentimientos menores, pues juntos forman una gran sombra en el espíritu. La limpieza interior requiere dejar pasar las pequeñas ofensas.

10. Un sirviente debe responder siempre con claridad. Las respuestas confusas crean sospecha y desorden. La palabra clara es signo de una mente clara.

11. He escuchado que un hombre debe controlar sus gestos aun en la alegría. La alegría desmedida muestra un corazón infantil. La serenidad es la base del porte del samurái.

12. El guerrero debe evitar la ligereza en el rostro. La ligereza excesiva hace que los demás no tomen en serio su palabra. El rostro sereno inspira respeto.

13. Un sirviente sabio evita interrumpir a otros cuando hablan. La interrupción revela impaciencia y falta de disciplina interior.

14. He oído que la verdadera prudencia consiste en observar mucho y hablar poco. El que observa aprende; el que habla sin medida se vacía.

15. El samurái debe ser rápido en actuar, pero lento en juzgar. La acción apresurada puede corregirse; el juicio apresurado causa daño difícil de reparar.

16. Un hombre debe evitar mostrar cansancio ante tareas repetitivas. La repetición forma el carácter. El que se cansa pronto no avanza.

17. He escuchado que el sirviente debe vigilar su respiración en momentos difíciles. La respiración calma restablece la claridad del espíritu.

18. El guerrero debe evitar la compañía de quienes se quejan sin cesar. La queja constante debilita el espíritu ajeno y contamina incluso al hombre fuerte.

19. Un sirviente debe ser capaz de obedecer incluso cuando no comprende del todo la razón de la orden. La comprensión completa puede llegar después; la obediencia debe ser inmediata.

20. He oído que el hombre debe revisar frecuentemente la posición de su corazón: si está inclinado hacia el orgullo, hacia el resentimiento o hacia la comodidad. Estas inclinaciones, si no se corrigen, destruyen la rectitud.

21. El guerrero debe evitar comportarse como si siempre tuviera razón. Incluso el sabio se equivoca. La disposición a corregirse es signo de fuerza.

22. Un sirviente no debe caer en el hábito de responder antes de reflexionar. La respuesta rápida nace del hábito, no de la comprensión. La respuesta verdadera nace del corazón.

23. He escuchado que un hombre debe estar dispuesto a aprender incluso de quienes parecen inferiores. La sabiduría no distingue jerarquías.

24. El samurái debe evitar los excesos en todo: en el comer, en el dormir, en el hablar, en el reír. El exceso desordena la mente.

25. Un sirviente debe ser capaz de contener su descontento sin mostrarlo en el rostro. La expresión desordenada altera la armonía de la casa.

26. He oído que el hombre debe meditar sobre la muerte no para entristecerse, sino para mantener el corazón ligero. La conciencia de la muerte elimina lo innecesario.

27. El guerrero debe evitar la familiaridad excesiva con el vino. El vino destruye la vigilancia del corazón. La vigilancia es la raíz del servicio.

28. Un sirviente debe ser capaz de actuar sin necesidad de que lo observen. La virtud que depende del ojo ajeno no es virtud, sino deseo de aprobación.

29. He escuchado que un hombre debe hablar menos de sus propios logros. El logro que necesita ser anunciado pierde su esencia.

30. El samurái debe evitar la desesperación. La desesperación nubla el juicio y destruye la resolución. El corazón firme soporta incluso las peores circunstancias.

31. Un sirviente debe mantener orden en su entorno. El desorden externo anuncia el desorden interno. La limpieza es disciplina.

32. He oido que el hombre debe aspirar a ser útil, no a ser admirado. La admiración es pasajera; la utilidad, permanente.

33. El guerrero debe mantener siempre un espíritu agradecido. La ingratitud es raíz de muchos males. El corazón agradecido se vuelve firme.

34. Un sirviente debe evitar la mentira incluso en cosas pequeñas. La mentira pequeña abre la puerta a la grande. La rectitud no admite grietas.

35. He escuchado que el hombre debe evitar la precipitación en las decisiones importantes. La calma hace posible la claridad.

36. El samurái debe vivir de manera que no tenga nada que ocultar. La transparencia del corazón es la defensa más fuerte ante la vergüenza.

37. Un sirviente debe evitar los pensamientos celosos. La celotipia oscurece la mente y corrompe la voluntad.

38. He oído que el hombre debe recordar siempre que la vida es incierta. La incertidumbre enseña humildad. Quien cree que tiene todo asegurado cae pronto.

39. El guerrero debe evitar excederse en palabras cuando está emocionado. La emoción perturba la lengua; el silencio la protege.

40. Un sirviente debe actuar como si el señor lo observara incluso cuando está ausente. Este pensamiento sostiene el camino recto.

41 He escuchado que el hombre que sirve con sinceridad constante, aun sin destacar, es el más valioso en la casa. La sinceridad no necesita recompensa: es la recompensa. En ella descansa la verdadera fortaleza del samurái.

Libro VIII

1. He oído que la base del servicio es la disposición a actuar de inmediato. El hombre que demora incluso en las acciones pequeñas no será útil en las grandes. La prontitud es esencia del samurái.
2. Un sirviente debe evitar la compañía de quienes hablan con excesiva ligereza. Las palabras frívolas contaminan la mente. La compañía sobria fortalece el espíritu.
3. El samurái debe corregir incluso los errores que nadie ha notado. El error oculto afecta igualmente al corazón. La corrección es para uno mismo, no para los demás.
4. He escuchado que un hombre debe evitar la complacencia por los elogios que recibe. El elogio adormece el espíritu. La vigilancia debe ser constante.
5. Un sirviente debe evitar sentir lástima por sí mismo. La autocompasión es una forma de indulgencia. El hombre recto se levanta aun cuando cae.
6. El guerrero debe cultivar una mente clara. La mente confusa percibe amenazas donde no las hay y pasa por alto los peligros reales. La claridad es fruto de la disciplina diaria.
7. He oido que un hombre debe evitar preocuparse en exceso por el porvenir. La preocupación sin acción debilita el corazón. Hacer lo correcto hoy es la mejor preparación para mañana.
8. El sirviente debe aceptar las órdenes difíciles con buena disposición. La resistencia interior agrava el peso del deber. La aceptación serena lo aligerá.
9. El samurái debe evitar la arrogancia incluso cuando obtiene logros destacados. La arrogancia oscurece la visión y corrompe el corazón. El logro verdadero permanece silencioso.

10. He escuchado que el hombre prudente evita discutir puntos sin importancia. El tiempo gastado en trivialidades se resta a las responsabilidades reales. La atención debe dirigirse a lo esencial.

11. Un sirviente debe ser capaz de callar sus frustraciones. La expresión desordenada contagia inquietud. El silencio firme sostiene la armonía.

12. El guerrero debe cultivar la capacidad de actuar aun cuando el camino no esté claro. La decisión es más importante que la certeza.

13. He oído que el hombre que siempre busca excusas para sus fallas termina perdiendo respeto y eficacia. La excusa es señal de que el corazón desea escapar.

14. Un sirviente debe evitar la familiaridad excesiva con las personas del entorno del señor. La familiaridad innecesaria genera rumores y desorden.

15. El samurái debe mantener sus ropas, armas y utensilios en perfecto orden. El descuido exterior revela descuido interior. La pulcritud es disciplina.

16. He escuchado que un hombre debe agradecer los consejos recibidos, incluso cuando son severos. La severidad bien intencionada es muestra de preocupación.

17. El guerrero debe evitar actuar con exceso de prudencia. El miedo disfrazado de prudencia impide la acción. La prudencia verdadera no elimina el riesgo, sino que lo asume con claridad.

18. Un sirviente debe evitar alardear de su experiencia. La experiencia que se exhibe pierde su esencia. La verdadera experiencia sirve en silencio.

19. He oído que el hombre que se deja llevar fácilmente por la tristeza no es apto para el servicio. La tristeza prolongada nubla el discernimiento. El espíritu debe recuperarse con rapidez.

20. El samurái debe evitar la excesiva familiaridad con los placeres. El placer repetido se convierte en hábito, y el hábito domina al hombre. La moderación es libertad.

21. Un sirviente debe mantener la compostura incluso en la derrota. La compostura es el verdadero rostro de la dignidad. El que se descompone en la derrota pierde más que la victoria.

22. He escuchado que el hombre debe evitar la risa excesiva. La risa desmesurada disuelve la seriedad del espíritu. La alegría discreta es más fuerte y más noble.

23. El guerrero debe resistir la tentación de hablar cuando debería callar. El silencio oportuno es el arma más poderosa de la sabiduría.

24. Un sirviente debe evitar compararse constantemente con sus compañeros. La comparación genera envidia y resentimiento. Cada hombre debe seguir su propio camino.

25. He oído que el hombre debe recordar la muerte constantemente, pero sin angustia. La muerte recordada con calma da claridad a la vida y elimina lo innecesario.

26. El samurái debe cuidar su rostro en todo momento. El rostro desordenado altera la armonía y revela falta de autocontrol. La serenidad exterior nace de la serenidad interior.

27. Un sirviente debe evitar escuchar rumores. Los rumores son como humo: confunden y contaminan. La palabra cierta se distingue por su sobriedad.

28. He escuchado que el hombre debe ser capaz de contener la lengua cuando está irritado. Una palabra impensada puede arruinar años de rectitud.

29. El guerrero debe actuar sin esperar recompensa. La recompensa llega cuando corresponde, pero el deber debe cumplirse siempre, incluso sin reconocimiento.

30. Un sirviente debe recordar que incluso un acto pequeño puede generar grandes consecuencias. No hay acto insignificante en el camino del servicio.

31. He oido que el hombre que conserva un corazón sencillo, sin doblez, avanza más lejos que el astuto. La astucia se agota; la sencillez se mantiene firme.

32. El samurái debe cuidar el modo en que pronuncia cada palabra. La palabra dicha desde un corazón turbio se vuelve turbia. La palabra clara nace de un corazón claro.

33. Un sirviente debe evitar mostrarse desesperado incluso en tiempos de dificultad. La desesperación derrota antes que el enemigo. La calma sostiene incluso en la noche más oscura.

34. He escuchado que el hombre que reconoce sus faltas rápidamente crece más rápido que el que intenta ocultarlas. La luz entra donde hay apertura.

35. El guerrero debe mantener una actitud respetuosa hacia todos, incluso hacia los inferiores. La falta de respeto hacia los débiles es señal de debilidad en uno mismo.

36. Un sirviente debe evitar actuar por impulso. El impulso es enemigo de la rectitud. La acción correcta nace del corazón calmado.

37. He oído que el hombre debe limpiar su corazón cada mañana, al igual que limpia su cuerpo. Un corazón sin limpiar acumula polvo invisible que confunde la mente.

38. El samurái debe recordar que la vida es breve y que cada día perdido no puede recuperarse. El tiempo es la espada del espíritu: debe usarse con precisión.

39. Un sirviente debe evitar la ingratitud. Ningún vicio destruye más rápido la relación entre señor y vasallo. La gratitud es el cimiento de la lealtad.

40. He escuchado que un hombre debe actuar siempre con dignidad. La dignidad es la sombra de la virtud: donde hay virtud, aparece; donde no hay, desaparece.

41 El guerrero debe mantener un corazón firme, sencillo y silencioso. En el silencio reside la claridad, y en la claridad, la rectitud. Este es el camino.

Libro IX

1. He oído que el verdadero propósito del servicio no es complacer ni ser reconocido, sino mantener el corazón recto en cualquier circunstancia. El servicio auténtico es silencioso y constante.

2. El samurái debe evitar la imprudencia tanto como la cobardía. La imprudencia es exceso de espíritu; la cobardía, falta de él. La virtud se encuentra entre ambos.

3. Un sirviente no debe descuidar su conducta en los momentos de ocio. El ocio revela el corazón del hombre: si es recto, permanece disciplinado; si es débil, se pierde en distracciones.

4. He escuchado que un hombre debe vigilar su manera de hablar incluso entre amigos cercanos. La familiaridad no debe destruir la prudencia. La lengua sin freno trae desgracia.

5. El guerrero debe acostumbrarse a actuar sin necesidad de ser instado. Quien espera ser llamado a cada momento no sirve verdaderamente. La iniciativa es la raíz de la utilidad.

6. Un sirviente debe evitar la arrogancia que nace del conocimiento. El saber que no se expresa con humildad se convierte en obstáculo.

7. He oido que un hombre debe evitar la desordenada prisa. La prisa sin claridad conduce al error. La acción correcta nace de la serenidad.

8. El samurái debe prevenir en sí mismo el orgullo que aparece cuando el deber se vuelve conocido. La costumbre puede convertir en descuidado lo que antes era diligencia.

9. Un sirviente debe saber cuándo hablar y cuándo callar. La palabra inoportuna confunde; el silencio inoportuno también. La sabiduría consiste en elegir bien cada uno.

10. He escuchado que la rectitud no consiste solo en actuar correctamente, sino en mantener el corazón limpio mientras se actúa. La acción recta con un corazón impuro pierde su esencia.

11. El guerrero debe mantenerse firme incluso cuando enfrenta críticas injustas. La injusticia prueba la fortaleza interior. El corazón débil se derrumba; el fuerte se endereza.

12. Un sirviente no debe permitir que la riqueza o la pobreza modifiquen su modo de servir. La rectitud no depende de la fortuna. El hombre recto es el mismo en la abundancia y en la escasez.

13. He oído que el samurái debe evitar la costumbre de quejarse. La queja es como un veneno suave que debilita poco a poco el espíritu.

14. Un hombre no debe olvidar que cada acto deja una impresión en quienes lo observan. Incluso un gesto pequeño puede fortalecer o debilitar la confianza de los demás.

15. El guerrero debe corregirse en secreto, sin anunciar sus esfuerzos. La corrección que busca reconocimiento pierde su pureza.

16. He escuchado que un sirviente debe evitar reclamar elogios por su trabajo. El mérito que debe ser reclamado no es mérito verdadero.

17. El samurái debe gobernar sus pensamientos antes de que se conviertan en actos. Los actos nacen de pensamientos pequeños. La vigilancia del pensamiento es vigilancia del camino.

18. Un sirviente debe evitar el exceso de afecto por compañeros que podrían desviarlo del deber. La amistad que aleja del camino no es amistad, sino tentación.

19. He oído que el hombre prudente no alimenta el resentimiento. El resentimiento fija la mirada en el pasado y oscurece el juicio del presente.

20. El guerrero debe mantener el porte correcto incluso cuando nadie lo mira. El porte externo sostiene el porte interno. El cuerpo disciplinado fortalece la mente.

21. Un sirviente debe evitar la burla como forma de conversación. La burla degrada tanto al que la emite como al que la recibe. La rectitud habla sin herir.

22. He escuchado que el hombre no debe dejar que los pensamientos de autocompasión entren en su corazón. La autocompasión disuelve la resolución y trae debilidad.

23. El samurái debe actuar sin dependencia de las circunstancias favorables. La fortaleza verdadera se muestra cuando todo parece adverso.

24. Un sirviente debe recordar que una palabra imprudente puede destruir mucho más rápido de lo que una acción correcta puede construir. La lengua debe ser vigilada con celo.

25. He oído que el hombre recto evita tanto el desorden externo como el interno. La pulcritud del entorno ayuda a la pulcritud del corazón.

26. El guerrero no debe confundirse por los rumores que circulan. Los rumores son soplos del viento; solo la rectitud es firme.

27. Un sirviente debe actuar con respeto incluso hacia quienes lo tratan con desdén. El desdén ajeno no excusa la falta propia. La rectitud se sostiene en sí misma.

28. He escuchado que un hombre no debe envanecerse por las capacidades de las que carecen otros. La superioridad comparativa es un engaño: lo que importa es la calidad del propio corazón.

29. El samurái debe recordar que la muerte es inevitable. La vida debe vivirse sin arrepentimientos. La claridad nace de la aceptación.

30. Un sirviente debe evitar convertirse en un hombre que critica todo. La crítica constante agota el espíritu y destruye la armonía.

31. He oído que el guerrero debe cuidar sus palabras aun cuando habla con gente ruda. La palabra ruda jamás ennoblecen al samurái; solo lo rebaja a la rudeza ajena.

32. Un sirviente debe mantener su mente sin doblez. La mente clara es la base de todas las virtudes. Donde hay doblez, todo se tuerce; donde hay claridad, todo se endereza.

Libro X

1. He oído que un hombre que no vigila sus pequeñas faltas pronto caerá en grandes errores. La falta ignorada crece en silencio. La vigilancia constante es la raíz de la virtud.
2. El samurái debe evitar el deseo de justificar cada acción que realiza. La justificación debilita el corazón. La acción recta no necesita defensa.
3. Un sirviente debe ser firme en sus respuestas. La respuesta vacilante revela confusión o falta de convicción. La firmeza inspira respeto.
4. He escuchado que la persona verdaderamente educada no cambia de conducta según el humor del día. La rectitud no depende del clima del espíritu.
5. El guerrero debe evitar que la tristeza prolongada se apodere del corazón. La tristeza es natural, pero dejarla crecer sin control es falta de disciplina.
6. Un sirviente debe revisar sus actos antes de dormir. El día sin examen se vuelve vacío. La reflexión ordena el corazón.
7. He oído que el hombre correcto corrige cualquier falta tan pronto como la ve, incluso si nadie la ha notado. La corrección es un deber interno, no una demostración externa.
8. El samurái debe evitar la familiaridad excesiva con el ocio. El ocio prolongado corrompe incluso al recto. La ocupación mantiene el espíritu firme.
9. Un sirviente debe mantenerse sereno en medio del tumulto. La serenidad en el caos es la marca del carácter entrenado.
10. He escuchado que la mayor parte de los errores surge cuando un hombre actúa con el corazón agitado. La calma interior es la base de la acción justa.

11. El guerrero debe cuidar su manera de presentarse. Incluso un pequeño desorden en la apariencia debilita la impresión que otros tienen de su disciplina.

12. Un sirviente debe evitar hacer promesas con ligereza. La palabra dada es la sombra del honor. Las promesas dichas sin cuidado son faltas graves.

13. He oído que el hombre debe vigilar sus pensamientos antes que sus palabras. Las palabras nacen de los pensamientos. Si los pensamientos se desordenan, las palabras siguen el mismo camino.

14. El samurái debe conservar la modestia incluso cuando otros lo imitan o lo elogian. La imitación y el elogio pueden inflar el corazón del imprudente. La modestia lo protege.

15. Un sirviente no debe intentar sobresalir a costa de sus compañeros. El deseo de destacar rompe la armonía y oscurece el corazón.

16. He escuchado que el hombre que habla demasiado sobre sus dificultades las multiplica. Lo que se expresa con exceso crece en el espíritu. La moderación protege la claridad.

17. El guerrero debe actuar con prudencia aun cuando está seguro de su juicio. La seguridad excesiva puede ocultar errores que la humildad revela.

18. Un sirviente debe evitar discutir sobre asuntos sin importancia. La discusión inútil gasta energía que debe preservarse para el deber.

19. He oído que un hombre debe mantener distancia de la arrogancia incluso en los momentos de victoria. La victoria es efímera; la rectitud, duradera.

20. El samurái debe cultivar el hábito de observar en silencio. La observación revela mucho más que la palabra. El silencio atento es sabiduría.

21. Un sirviente debe evitar la autogratificación por los logros pasados. El logro de ayer no asegura la virtud de hoy. Cada día exige esfuerzo nuevo.

22. He escuchado que el hombre debe ser cuidadoso en sus momentos de mayor éxito. El éxito nubla la vista del insensato. La humilde vigilancia protege al sabio.

23. El guerrero debe recordar que el corazón se fortalece en la dificultad más que en la comodidad. La dificultad es el tallado del espíritu.

24. Un sirviente debe evitar actuar de manera que cause preocupación a sus superiores. La conducta que inquieta a los demás es falta grave.

25. He oído que el hombre recto mira más a sus propias faltas que a las ajenas. Quien se ocupa de corregir a los demás sin corregirse a sí mismo se vuelve injusto.

26. El samurái debe proteger su espíritu de la desesperanza. Aunque el camino sea oscuro, la resolución ilumina cada paso.

27. Un sirviente debe actuar con dignidad incluso cuando se equivoca. La dignidad, mantenida en el error, es señal de un corazón firme.

28. He escuchado que el hombre debe evitar agitarse cuando escucha rumores dañinos. La mente que se turba fácilmente pierde la capacidad de juzgar.

29. El guerrero debe servir con sinceridad incluso cuando su servicio pasa inadvertido. La sinceridad no requiere testigos.

30. Un sirviente debe mantener un corazón firme como la raíz de un árbol. Mientras la raíz sea fuerte, la tormenta no lo derribará. La firmeza interior es el fundamento del camino.

Libro XI

1. He oído que, al final del camino, lo más importante es que el hombre mantenga un corazón sencillo. El corazón complicado se pierde a sí mismo; el sencillo nunca se desvía. La sencillez es claridad.

2. El samurái debe recordar que cada acto deja una huella. No importa cuán pequeño sea: la huella permanece. Por eso debe vivir con cuidado, aun en los detalles.

3. Un sirviente debe evitar la pereza interior. Aunque el cuerpo parezca activo, el corazón puede volverse perezoso. La vigilancia del espíritu es la tarea más difícil.

4. He escuchado que un hombre debe esforzarse por ser constante en su conducta, aunque el mundo cambie a su alrededor. La constancia es la raíz de la virtud. El cambio exterior no debe alterar el corazón.

5. El guerrero debe cuidar la expresión aun cuando su corazón esté agitado. El rostro es el guardián de la dignidad. La serenidad exterior ayuda a restaurar la serenidad interior.

6. Un sirviente debe estar preparado para recibir tanto el elogio como la reprimenda con el mismo espíritu. La respuesta equilibrada revela madurez.

7. He oido que el hombre que busca elogio por cada acción termina esclavo de la opinión ajena. La libertad del espíritu nace de la autosuficiencia interior.

8. El samurái debe evitar caer en la desesperanza, incluso cuando todo parece perdido. La desesperanza destruye la voluntad. Mientras exista vida, existe deber; y mientras exista deber, existe camino.

9. Un sirviente debe evitar la familiaridad excesiva con la palabra. Quien habla demasiado debilita su propio juicio. La palabra sobria sostiene la claridad.

10. He escuchado que, para entender realmente a un hombre, debe observarse cómo se comporta fuera de la vista de los demás. La rectitud verdadera no necesita espectadores.

11. El guerrero debe velar por sus pensamientos más secretos. Lo que el hombre piensa en soledad, eso es. La vigilancia interior es la esencia del Bushidō.

12. Un sirviente debe recordar que incluso el acto más pequeño debe realizarse con respeto. La grandeza del espíritu se manifiesta en lo pequeño, no en lo extraordinario.

13. He oído que el hombre debe actuar cada mañana como si comenzara su vida de nuevo. La renovación diaria mantiene el corazón puro. La repetición sin renovación embota el espíritu.

14. El samurái debe evitar las excusas. La excusa resta valor al acto. La rectitud es acción directa, sin giros ni justificaciones.

15. Un sirviente debe mantener un corazón agradecido incluso en los tiempos duros. La gratitud da firmeza; la queja debilita. La gratitud revela el carácter esencial.

16. He escuchado que el hombre no debe enojarse por la falta ajena. La ira hacia los defectos del otro revela impaciencia en uno mismo. La paciencia es señal de espíritu maduro.

17. El guerrero debe ser prudente en su trato con todos. La prudencia crea armonía y evita conflictos innecesarios. El trato descuidado genera desorden.

18. Un sirviente debe recordar que su modo de presentarse refleja a su señor. La conducta de uno es la imagen del otro. La responsabilidad es continua.

19. He oido que el hombre debe evitar la indulgencia hacia sí mismo. La indulgencia crea grietas en el espíritu. La disciplina es la fortaleza del camino.

20. El samurái debe actuar sin doblez, sin buscar aplauso y sin temor al desprecio. La rectitud que depende de la mirada ajena no es rectitud verdadera.

21. Un sirviente debe esforzarse por mantener una actitud serena en la vida diaria. La serenidad no es ausencia de dificultad, sino dominio interior frente a ella.

22. He escuchado que el hombre que reflexiona sobre la muerte cada día adquiere claridad en sus decisiones. La muerte purifica la mirada y elimina lo trivial.

23. El guerrero debe conservar su dignidad incluso cuando interacciona con los más humildes. Tratar bien a los que no pueden devolver nada demuestra carácter.

24. Un sirviente debe evitar extender sus preocupaciones al corazón de los demás. La preocupación compartida sin necesidad se vuelve carga ajena. La discreción también es bondad.

25. He oído que el hombre debe evitar pensar constantemente en sus propios méritos. El pensamiento excesivo en uno mismo apaga la humildad.

26. El samurái debe atender cada día a la salud del cuerpo, pero sin caer en el apego. El cuerpo es instrumento del deber y no debe convertirse en preocupación excesiva.

27. Un sirviente debe recordar que el respeto se gana con pequeños actos, repetidos a lo largo de los años. La reputación no nace de un solo evento, sino de la constancia.

28. He escuchado que un hombre debe evitar el deseo de controlar la conducta ajena. El control verdadero es el del propio corazón. Cada uno sigue su camino.

29. El guerrero debe actuar como si cada día fuera el último. Esta idea no debe causar tristeza, sino precisión y pureza en cada acto.

30. Un sirviente debe evitar el resentimiento oculto. El resentimiento es una sombra que consume al corazón desde dentro.

31. He oído que el hombre debe aceptar con serenidad que no puede comprenderlo todo. La humildad ante lo desconocido es virtud profunda.

32. El samurái debe mantener firmeza incluso en la oscuridad del espíritu. La duda es inevitable, pero no debe dominarlo. La firmeza sostiene al corazón en la noche.

33. Un sirviente debe evitar la arrogancia del saber. El conocimiento sin humildad se vuelve arma peligrosa.

34. He escuchado que el hombre debe ser consciente de cada palabra que pronuncia. La palabra es la sombra del corazón. Donde hay claridad, la palabra es clara.

35. El guerrero debe vivir con rectitud incluso si el mundo entero se desvía. La rectitud es un camino solitario, pero es el único que no traiciona.

36. La enseñanza suprema es esta: mantén el corazón firme, sencillo y sin doblez. Si el corazón es recto, la vida entera se endereza. Este es el legado del camino del samurái.

Epílogo

La presente edición del *Hagakure*, centrada en los once libros, se ha elaborado a partir de un proceso de lectura, organización y adaptación del texto japonés tradicional, complementado con la consulta de ediciones modernas y estudios críticos que permiten contextualizar su contenido y precisar los sentidos fundamentales de las enseñanzas de Yamamoto Tsunetomo. El propósito ha sido ofrecer una versión clara, sobria y fiel al espíritu original, respetando el carácter aforístico de la obra y presentándola de manera accesible para el lector contemporáneo.

El *Hagakure* no es un tratado sistemático, sino una recopilación extensa de reflexiones transmitidas oralmente y posteriormente recogidas por Tashiro Tsuramoto. Esta naturaleza compuesta y no lineal ha hecho necesario un criterio editorial específico. Para esta edición de los once libros se presenta organizado todas las máximas autónomas, que permiten una lectura individualizada de cada enseñanza y facilitan su estudio. Esta segmentación no corresponde a una división literal del texto japonés, sino a una organización estructural basada en el sentido, realizada con atención al ritmo conceptual y la coherencia temática de cada reflexión. Las unidades están diseñadas para reflejar con claridad la intensidad moral y el valor práctico del pensamiento de Tsunetomo.

En cuanto al establecimiento del texto japonés, se ha partido de ediciones de referencia del *Hagakure*, lo que permite garantizar la consistencia general del contenido. Cada máxima incluye el espacio correspondiente para incorporar el pasaje japonés asociado, de acuerdo con la edición base que se seleccione para el cotejo. Este procedimiento asegura transparencia editorial, posibilita la verificación filológica y mantiene la edición abierta a futuras revisiones y contrastes con otros testimonios textuales.

La versión española ofrecida en esta edición no pretende ser una traducción literal verso a verso, sino una adaptación fiel al sentido, elaborada a partir del texto original y ajustada a la naturaleza ética y aforística de la obra. El japonés clásico del período Edo —marcado por la concisión, la elipsis y las particularidades del *bungo*— exige un trabajo que priorice el significado esencial, la coherencia filosófica y la fuerza moral del mensaje por encima de la estricta literalidad. En aquellos casos donde el texto admite posibles matices o dobles interpretaciones, se ha optado por la formulación que armoniza con la tradición ética del samurái y con la mentalidad que impregna el conjunto del manuscrito.

Se ha conservado, asimismo, el tono sentencioso de las reflexiones. Cada máxima se presenta como una unidad cerrada, evitando ampliaciones interpretativas o explicaciones añadidas dentro del cuerpo del texto. Las notas aclaratorias y las consideraciones doctrinales, históricas o filosóficas se han reservado para el estudio preliminar, con el fin de preservar la voz directa, austera y contundente de Tsunetomo.

La terminología fundamental —como *bushidō*, *kokoro*, deber, lealtad, rectitud, disciplina, muerte asumida o servicio— ha sido tratada con especial precisión. En los casos en que el español carece de un equivalente exacto, se han buscado soluciones que mantengan la densidad conceptual del pensamiento japonés sin sacrificar la fluidez expresiva. Las notas aclaratorias solo se emplean cuando resultan indispensables para evitar interpretaciones erróneas.

Esta edición mantiene una neutralidad interpretativa. Aunque el *Hagakure* ha sido ampliamente asociado con tradiciones como el budismo zen, el confucianismo o determinadas lecturas militares del Japón premoderno, se ha evitado proyectar sobre el texto doctrinas externas que no estén explícitamente presentes en las palabras de Tsunetomo. Cualquier análisis de esas posibles influencias se aborda exclusivamente en el estudio preliminar.

Finalmente, las convenciones editoriales se ajustan a los estándares académicos actuales. La transliteración japonesa sigue el sistema Hepburn modificado; la ortotipografía española se rige por las normas de la Real Academia Española; y la presentación está cuidada para ofrecer

claridad estructural y coherencia formal. El conjunto busca preservar la fuerza ética del *Hagakure*, respetar su origen histórico y, al mismo tiempo, ofrecer una edición crítica útil para estudiosos, lectores contemporáneos y amantes de la filosofía samurái.

Referencias

- Feliu Bernárdez, L. (2021). *A la sombra de las hojas*. Academia de las Ciencias y las Artes Militares, Sección de Pensamiento y Moral Militar. <https://www.acami.es/wp-content/uploads/2022/05/A-la-sombra-de-las-hojas-web.pdf>
- Mengual Garcerán, D. (2023). *La ideología samurái en la sociedad japonesa* (Trabajo de fin de máster, Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla). IdUS. <https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/151999/TFM.%20DAVID%20MENGUAL%20GARCIER%C3%81N%20%281%29.pdf?isAllowed=y&sequence=1>
- Navarro, T. R. (2021). Bushido. *El código del Samurái*, de Inazō Nitobe (2020), traducida por Sigrid Guitart, con introducción y notas de Alexander Bennett. Barcelona: Alienta, Editorial Planeta [Reseña de libro]. *Mirai. Estudios Japoneses*, 5, 271–276. <https://revistas.ucm.es/index.php/MIRA/article/view/76529>
- Nitobe, I. (2005). *Bushido. El código ético del samurái y el alma de Japón* (J. J. Fuente del Pilar, trad.; 1.ª ed., 2.ª imp.). Miraguano Ediciones. <https://www.miraguano-sa.es/libros/bushido-el-codigo-etico-del-samurai-y-el-alma-de-japon/9788478132935/>
- Nitobe, I. (2017). *El Bushido. El alma de Japón* (G. Jiménez de la Espada, trad.; D. Almazán Tomás, prol.; J. Pazó Espinosa, notas y epílogo). Satori Ediciones. <https://akimonogatari.es/bushido-un-libro-imprescindible-para-entender-japon>
- Rodríguez Navarro, M. T. (2007). *Bushido. The Soul of Japan de Inazō Nitobe y su recepción en España* (Trabajo de investigación de li-

- cenciatura, Universidad de Granada). Digibug. <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/1631/16827442.pdf?isAllowed=y&sequence=1>
- Vidal Mir, C. (2020). *El honor en la cultura japonesa* (Trabajo de final de grado, Grau d’Història, Universitat de Lleida). Repositori Udl. <https://repositori.udl.cat/server/api/core/bitstreams/04367787-5e47-4be6-b5c6-7f4a9c1e4f0c/content>
- Yamamoto, T. (s. f.). *Hagakure. El camino del samurái*. Penguin Random House Grupo Editorial. <https://www.penguinlibros.com/es/filosofia/35003-libro-hagakure-el-camino-del-samurai-9788490629154>
- Yamamoto, T. (s. f.). *Hagakure. El código del samurái*. Editorial Verbum. <https://editorialverbum.es/libro/hagakure-el-codigo-del-samurai/>
- Yamamoto, T. (2004). *Hagakure. El libro del samurái* (J. Sahagún, trad.). José J. de Olañeta Editor. <https://www.lacentral.com/tsunetomo-yamamoto/hagakure-el-libro-del-samurai/9788497163576>
- Yamamoto, T., & Tashiro, T. (2024). *Hagakure. Oculto bajo las hojas*. Satori Ediciones. <https://www.libreriale.es/libro/hagakure-oculto-bajo-las-hojas/9788419035981/1522274/>
- Zayas Cantos, E. (2007). Bushido: el código ético del samurái y el alma de Japón. Inazo Nitobe. Madrid: Miraguano, 2005, 328 páginas [Reseña de libro]. *Revista de Artes Marciales Asiáticas*, 2(4), 103–105. <https://buleria.unileon.es/handle/10612/16265>

Epílogo

El legado interior del guerrero

Al concluir la lectura de esta antología, el lector puede reconocer un hilo silencioso que conecta obras muy distintas entre sí. Desde la choza humilde de Kamo no Chōmei hasta las máximas rigurosas de Yamamoto Tsunetomo, pasando por la austeridad radical de Miyamoto Musashi, la lucidez estratégica de Yagyū Munenori y la disciplina doméstica de Daidōji Yūzan, emerge algo más que una tradición ética: una visión del ser humano que se construye desde el interior hacia el exterior.

El samurái, en estas páginas, no aparece como un héroe épico ni como un símbolo romántico de valentía, sino como una figura en permanente lucha consigo mismo. Su batalla más importante no está en el campo de combate, sino en la mente que duda, en el deseo que confunde, en la comodidad que adormece, en la ira que oscurece y en el miedo que paraliza. Las obras reunidas aquí son, en el fondo, testimonios de esa lucha interior; intentos de comprender cómo vive un hombre cuando es llamado a sostener una vida recta en un mundo impermanente.

Cada texto se sitúa en un momento histórico distinto, pero todos insisten en una misma idea: la vida humana es frágil, y precisamente por esa fragilidad debemos vivir con intención. Chōmei contempla el desmoronamiento de la capital y descubre que la única casa segura es la que uno construye en su propio corazón. Musashi, después de una vida de duelos y peregrinaciones, afirma que la libertad verdadera consiste en no depender de nada externo. Munenori demuestra que la claridad interior permite evitar la violencia antes de que se manifieste. Yūzan enseña que la rectitud se demuestra en los hábitos más sencillos, no en gestos extraordinarios. Tsunetomo, finalmente, nos recuerda que la resolución

ante la muerte es condición para la pureza del servicio y la acción honesta.

Si se observa con atención, estos cinco autores no están describiendo a un “guerrero” en sentido literal. Lo que describen es a un ser humano que busca vivir sin engaños, sin autoindulgencia y sin confusiones: un hombre que se pertenece a sí mismo. En este sentido, la filosofía del samurái trasciende los límites de su época y de su función militar. La palabra *samurái*, etimológicamente vinculada al verbo *saburau* (“servir”), encuentra aquí un significado más amplio: servir al deber, a la claridad, a la verdad interior.

Esta antología no pretende idealizar un pasado ni convertir estas obras en dogmas. Su propósito es más sencillo y más exigente: invitar al lector a mirar su propia vida a través del espejo que ofrecen estos textos. ¿Qué deseos generan inquietud? ¿Qué hábitos oscurecen la conciencia? ¿Qué espacios de la vida cotidiana requieren disciplina, humildad o resolución? ¿Dónde nace el conflicto, y qué parte de él proviene de nuestra propia mente?

En un mundo moderno que privilegia la velocidad, la distracción y la acumulación, las enseñanzas aquí reunidas funcionan como un contrapeso necesario. Chōmei nos enseña a desprendernos de lo que no permanece. Musashi nos exhorta a vivir sin arrepentimiento. Munenori nos entrena para ver antes de reaccionar. Yūzan nos recuerda que el carácter se forma en la vida diaria. Tsunetomo nos incita a actuar sin vacilación cuando el deber llama.

No son lecciones para otro tiempo: son desafíos para el presente.

La vigencia de estos textos no reside en reproducir literalmente sus preceptos, sino en reconocer la verdad universal que late en ellos: que la claridad interior es fruto de la disciplina, que la serenidad se alcanza tras un examen honesto del corazón y que la vida adquiere sentido cuando se vive con autenticidad, responsabilidad y valor.

Cada lector encontrará algo distinto en estas páginas: inspiración, incomodidad, consuelo o un llamado a examinarse a sí mismo. El verdadero propósito de esta antología no es transmitir un “código” cerrado,

sino abrir una senda. Una senda que comienza, como en Chōmei, en la comprensión de la impermanencia; que se afila, como en Musashi, en el desapego; que se aclara, como en Munenori, en la percepción; que se ordena, como en Yūzan, en la ética cotidiana; y que se decide, como en Tsunetomo, en la resolución final.

Al cerrar este volumen, queda la sensación de haber recorrido un camino. Un camino antiguo y, al mismo tiempo, sorprendentemente actual. Un camino que no promete perfección, pero sí claridad. Que no garantiza seguridad, pero sí sentido. Que no asegura victoria, pero sí dignidad.

Quizá esa sea la enseñanza más profunda de esta antología: que el espíritu del samurái no nació en el campo de batalla, sino en la firmeza interior de quienes aprendieron a vivir sin engañarse.

Nota sobre los criterios de traducción y edición

La presente antología reúne cinco obras de épocas y estilos distintos, pero unidas por un mismo eje: la formación ética y espiritual del ser humano en la tradición japonesa. Para ofrecer al lector un volumen riguroso y accesible se han aplicado criterios de traducción y edición homogéneos que buscan respetar la identidad de cada texto y, al mismo tiempo, permitir una lectura comparada del conjunto. Dado que las fuentes pertenecen al japonés clásico, de sintaxis concisa y abundantes elipsis, se ha privilegiado una fidelidad al sentido esencial antes que a la literalidad palabra por palabra: se ha evitado tanto la rigidez que oscurece el significado como la paráfrasis expansiva que diluye la voz del autor, procurando conservar la sobriedad y el tono moral reflexivo que caracteriza a estos escritos.

Al tratarse de obras muy diferentes —el ensayo espiritual y autobiográfico del *Hōjōki*, los aforismos radicales del *Dokkōdō*, el tratado de estrategia del *Heihō Kadensho*, el manual de conducta del *Budō shoshinshū* y la miscelánea de máximas y anécdotas del *Hagakure*— se ha respetado cuidadosamente la naturaleza genérica de cada una: su ritmo propio, su grado de formalidad y su cadencia meditativa o exhortativa según el caso. Las divergencias estilísticas que el lector perciba son, por tanto, deliberadas y corresponden al perfil original de cada obra. Los términos japoneses se han romanizado conforme al sistema Hepburn modificado, preservando longitud vocalica cuando es relevante y ofreciendo, en su primera aparición, equivalentes castellanos cuando existen de manera estable. Asimismo, se han conservado los títulos originales en japonés, acompañados de su transliteración y traducción, para situar con precisión cada texto en su contexto filológico e histórico.

En el plano formal, toda la antología sigue las normas ortográficas y de puntuación de la Real Academia Española, con ligeras adaptaciones cuando ha sido necesario para mantener giros cercanos al original. Se han unificado criterios de uso de cursivas, comillas y rayas, y se han corregido pequeñas inconsistencias detectadas en versiones previas de los textos. Las intervenciones sobre el contenido filosófico se han reducido al mínimo indispensable: cuando un pasaje admite interpretaciones diversas, las aclaraciones se han dispuesto en prólogos, epílogos o notas discretas, evitando imponer una lectura doctrinal o ideológica. Cada traducción se ha establecido tras el cotejo de ediciones críticas modernas, reproducciones facsimilares y estudios especializados, especialmente en los casos de Musashi, Munenori y Tsunetomo, con el fin de ofrecer textos filológicamente fiables y acordes con la investigación actual.

Para que los cinco libros puedan leerse como un corpus coherente se ha trabajado en una terminología ética uniforme —rectitud, resolución, frugalidad, deber, desapego, entre otros conceptos— y en la traducción consistente de nociones recurrentes como *kokoro*, *gi*, *makoto*, *mujo* o *heihō*. Del mismo modo, el diseño tipográfico y la estructura capitular se han armonizado de manera que el lector pueda desplazarse por la antología con continuidad, sin perder de vista las diferencias de época y autor. Las notas al pie se han mantenido sobrias y transparentes: su función es aclarar referencias históricas, términos potencialmente equívocos o matices culturales imprescindibles para la comprensión, sin interrumpir la lectura ni convertir el texto en un aparato erudito excesivo.

En conjunto, estas decisiones configuran una obra que aspira a combinar rigor filológico, claridad estilística y profundidad filosófica. La traducción y la edición han sido concebidas como un ejercicio de hospitalidad intelectual: abrir la puerta de estos textos a un lector hispanohablante contemporáneo sin desfigurar su textura original. El propósito último es que las palabras de Chōmei, Musashi, Munenori, Yūzan y Tsunetomo —antiguas en su forma, pero intensamente actuales en su verdad humana— puedan acompañar al lector en su propia búsqueda de disciplina interior, lucidez moral y serenidad ante la impermanencia

Glosario de términos

Amida (阿弥陀)

Buda central del budismo de la Tierra Pura. Su figura y su voto salvífico influyeron profundamente en la espiritualidad japonesa del periodo Kamakura. Para muchos monjes y ermitas, recordar el nombre de Amida era un modo de aceptar la fragilidad de la vida y encontrar consuelo ante la impermanencia.

Basho (場所)

“Término filosófico japonés que significa ‘lugar’ o ‘campo’. En Nishida Kitarō, se refiere al ámbito originario donde el yo y el mundo coexisten sin separación. En el contexto del *Hōjōki*, la choza de diez pies puede comprenderse como un *basho*: un lugar físico y espiritual donde la experiencia se purifica.”

Biwa (琵琶)

Instrumento tradicional japonés similar a un laúd, asociado con músicos eruditos y relatos épicos. Chōmei fue intérprete de biwa, y este arte influyó en el ritmo contemplativo de su prosa.

Bodhisattva (菩薩)

Ser iluminado que pospone la plena liberación para ayudar a otros a alcanzar la iluminación. La figura del bodhisattva es central en la tradición Mahāyāna que impregnó la cultura japonesa medieval.

Buddhadharma / Dharma (仏法 / 法)

Enseñanza del Buda. Para Chōmei, más que un conjunto doctrinal, era un modo de ver la realidad marcada por la impermanencia y la interdependencia. Su escritura refleja un Dharma vivido y observado en el flujo de los fenómenos.

Choza de diez pies (方丈, hōjō)

Pequeña vivienda donde Chōmei pasó sus últimos años. Más que una estructura física, funciona como un símbolo del desapego y la claridad espiritual. Representa la posibilidad de vivir con lo mínimo y, a la vez, con plenitud interior.

Emon (衣文)

Vestidura formal de la corte imperial. Su presencia simboliza el mundo aristocrático que Chōmei abandona para iniciar su vida retirada.

Fūdo (風土)

Concepto japonés que significa “clima” o “medio”, no solo atmosférico sino espiritual. Sugiere que la sensibilidad surge del entorno cultural y natural. La cabaña de Chōmei es también una forma de *fūdo*: un clima interior donde nace una visión del mundo.

Heihō (兵法)

No se refiere únicamente a técnica militar, sino a la integración entre percepción, claridad interior y acción correcta. Es el fundamento del pensamiento de Yagyū Munenori: un camino de gobierno interior.

Hijiri (聖)

Eremitas o “hombres santos” del Japón medieval. Vivían apartados de la sociedad buscando claridad espiritual. Chōmei siguió esta tradición, combinando retiro físico y comprensión filosófica.

Impermanencia — Mujō (無常)

Uno de los conceptos fundamentales del budismo y del *Hōjōki*. Significa la naturaleza transitoria de todas las cosas. Chōmei la observa en los desastres, el paso del tiempo y la fragilidad humana, transformándola en su clave interpretativa de la vida.

Katsujin-ken (活人剣)

Segundo nivel del *heihō*. No busca destruir, sino corregir, prevenir el conflicto y preservar la armonía. Es la espada que actúa desde la responsabilidad, no desde la violencia.

Kamakura (鎌倉)

Periodo histórico (1185–1333) marcado por el declive de la aristocracia de la corte y el ascenso del gobierno samurái. Chōmei escribe en los inicios de esta transición, cuando la inestabilidad social y política era intensa.

Kannon (觀音)

Bodhisattva de la compasión, figura venerada en distintos linajes budistas. Su presencia era común en las prácticas espirituales del retiro.

Kū (空) – Vacuidad

Concepto budista que indica que los fenómenos carecen de esencia fija. No es negación del mundo, sino reconocimiento de que las cosas surgen, cambian y se desvanecen en relación con otras. La obra de Chōmei expresa la vacuidad desde la experiencia directa.

Maai (間合い)

Traducción: distancia y oportunidad; intervalo adecuado.
Definición: Relación entre espacio, tiempo y ritmo entre dos adversarios. En Munenori, también es una metáfora para la distancia correcta ante los problemas y las circunstancias de la vida.

Mappō (末法)

Periodo de “decadencia de la Ley budista”, ampliamente creído en la época de Chōmei. Se pensaba que el mundo entraba en una era oscura donde la práctica espiritual se hacía más difícil. Este clima doctrinal influyó en el tono meditativo y resignado del *Hōjōki*.

Mono no aware (物の哀れ)

Sensibilidad estética japonesa que describe la emoción suave que surge al contemplar la belleza efímera. No es tristeza, sino una forma de apreciación melancólica. Chōmei lo expresa en su atención a lo que desaparece.

Mushin (無心) – No-mente

Estado de pureza perceptiva donde la mente no se fija en un objeto ni es atrapada por el deseo. Aunque Chōmei no lo menciona

explícitamente, su descripción de la serenidad en la choza refleja este ideal zen.

Mutō (無刀)

Traducción: sin espada.

Definición: Culminación del Camino. No significa ausencia de acción, sino acción sin rigidez. Estado en el que la percepción es tan clara que el conflicto se disuelve antes de manifestarse. Representa la libertad interior absoluta.

Nembutsu (念佛)

Práctica del budismo de la Tierra Pura consistente en recitar el nombre de Amida Buda como forma de recordación y refugio espiritual. Era habitual en el tiempo de Chōmei.

Nirvana (涅槃)

Estado de liberación espiritual en el budismo. No es un lugar, sino el cese del deseo y de la ignorancia. En el *Hōjōki* se sugiere más como comprensión intuitiva que como doctrina formal.

Retiro — Shukke (出家)

Literalmente “salir de la casa”. Designa la renuncia a la vida munda- na para dedicarse a la práctica espiritual. Aunque Chōmei no se ordena monje de forma estricta, su vida encarna el espíritu del *shukke*.

Sabi (寂び)

Dimensión estética del silencio, la soledad y la edad. Asociado a objetos que muestran el paso del tiempo. En el *Hōjōki*, la choza temblorosa, la luz tenue y la aceptación de la vejez expresan esta sensibilidad.

Satori (悟り)

Despertar o comprensión súbita en el Zen. Chōmei no describe un satori dramático, pero su retiro revela una forma gradual y profunda de despertar interior.

Satsujin no Tachi (殺人刀)

Primer nivel del *heihō*. Describe el combate directo, donde el peligro es real y la vida está en juego. Representa la reacción impulsiva y el enfrentamiento inevitable, pero también el primer paso hacia la comprensión del conflicto.

Seishin (精神)

En el *Kadensho*, se refiere al núcleo perceptivo del guerrero. Cuando el *seishin* está nublado, la espada pierde claridad. Cuando está sereno, la acción se vuelve precisa y sin esfuerzo.

Shin (心)

Concepto clave para entender la acción correcta. El *shin* determina la percepción; la percepción determina la acción. Munenori insiste en que el corazón es el verdadero campo de batalla.

Tachi (無刀 / たち)

En el contexto del *Kadensho*, se refiere no tanto al arma física como al **estado mental** asociado a su uso. La espada es símbolo, metáfora y espejo.

Tierra Pura — Jōdo (淨土)

Reino espiritual prometido por Amida Buda donde los seres pueden renacer para alcanzar la iluminación. La desolación del mundo físico hacía que esta idea fuera extremadamente popular en el periodo de Chōmei.

Wabi-sabi (侘寂)

Estética japonesa que valora lo humilde, lo imperfecto y lo efímero. La vida de Chōmei —una choza mínima, un modo de vivir ligero, la aceptación del deterioro— encarna este principio de manera ejemplar.

Zanshin (残心)

Estado de alerta serena después de la acción. No tensión, sino disposición perceptiva. Es la continuidad del espíritu más allá del movimiento.

Zuihitsu (隨筆)

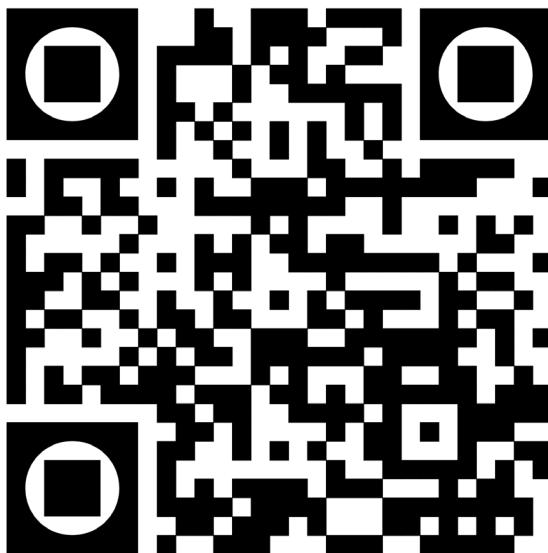
Género literario japonés caracterizado por apuntes misceláneos, reflexiones y observaciones personales. El *Hōjōki* es uno de sus ejemplos fundacionales.



**Ediciones
Clío**

Publicación digital de Fundación Ediciones
Clío.

Maracaibo, Venezuela,
Diciembre de 2025



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

Bushidō. Notas del Samurái reúne cinco obras esenciales del pensamiento japonés —Hōjōki, Dokkōdō, Heihō Kadensho, Budō shoshinshū y Hagakure— que exploran la formación ética y espiritual del ser humano a través de la figura del samurái. Lejos de exaltar la violencia, estos textos revelan una disciplina interior basada en la serenidad ante la impermanencia, el desapego, la claridad mental, la rectitud cotidiana y la resolución del deber. A lo largo de siete siglos, sus autores muestran que la verdadera batalla del guerrero ocurre dentro de sí mismo y que sus principios ofrecen una guía vigente para vivir con autenticidad y propósito.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>



Ediciones
Clío